

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 23.

NUM. 274.

LA



ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

OCTUBRE 1911

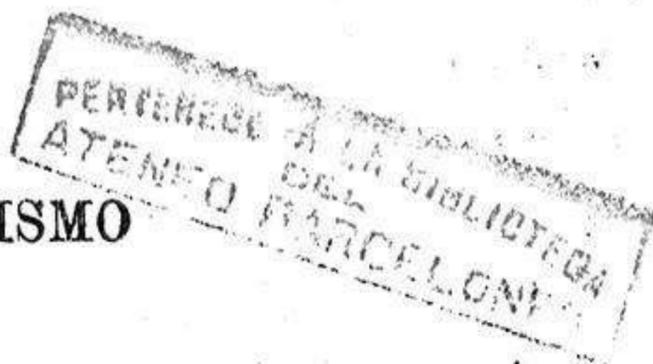
CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y enead. de V. Tordesillas, Tator 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

EN LA ARGENTINA

ANTE EL SOCIALISMO



Cuenta el Dr. Justo, distinguido jefe del movimiento socialista argentino, que «cinco horas después de desembarcar en Buenos Aires el profesor Ferri, espontáneamente, sin que le planteáramos la cuestión, nos dice que el socialismo en este país, en la Argentina, es una «flor artificial» (1). El profesor y gran propagandista italiano, el antiguo compañero de Lombroso, cuando se formaba la famosa escuela criminalista, positiva, italiana, fué, como es sabido, en viaje de *conferencista* á la Argentina el año 1908. No se trataba de un viaje de propaganda, y mucho menos de propaganda socialista. El propio Ferri lo advirtió repetidamente á los que le tomaron allí como un correligionario, y acaso esperaban recibir de su autoridad europea una apetecible consagración, en aquel medio burgués, tan fuertemente burgués. Según un extracto de su conferencia en el teatro Victoria (27 de Octubre de 1908), publicado por el diario *La Argentina*, «manifestó Ferri que no había venido á la República Argentina para hacer propagan-

(1) Justo. *El profesor Ferri y el Partido Socialista Argentino*. (En un folleto, *El Partido Socialista en la República Argentina*, por E. Ferri y J. B. Justo.—Buenos Aires, 1909.)

da socialista, á la cual había dedicado treinta años consecutivos de su vida el resultado de sus estudios científicos y el fruto pecuniario de su labor personal. Esta consagración quebrantó su situación económica, y á fin de reponerla en parte, ha tenido que efectuar este viaje» (1). «Llegado á Buenos Aires, escribe el mismo, viniéronme á saludar varios socialistas, á quienes había ya escrito que no venía aquí para dar conferencias socialistas, porque me parecía, que después de quince años de sacrificios dados al partido y al proletariado en Italia y Europa, tenía el derecho de proveer á las necesidades de mi familia» (2).

Pero aunque Ferri fuese á la Argentina con el propósito por él indicado, y queriendo dejar en aguas europeas, su saliente y fuerte personalidad política, no era fácil que se sustrajese á las sollicitaciones del ambiente, que tenían que acosarle de distintos lados, y menos, que su curiosidad de hombre de ciencia y de acción rodase indiferente ante el apremio con que en Buenos Aires viene formulada la gran cuestión, de si allí es legítima una actitud política de protesta, de agitación, de inquietud por parte del elemento obrero, y, más concretamente, si allí tiene razón de ser un *partido socialista*.

Las gentes de uno y otro lado, burgueses y asalariados, intelectuales de cepa conservadora é intelectuales de espíritu avanzado, interrogan con fuerza sobre el problema formulado, que es lo mismo que interrogar sobre una porción de cuestiones que encubren preocupaciones hondas del alma nacional argentina, de los patriotas, de las clases poseedoras y de las que viven en medio de la lucha dura, y que, por el momento, no poseen cosa alguna de provecho.

Las gentes conservadoras—en el sentido más bien social que político de la palabra—que forman el gran núcleo imperante y

(1) Véase en la obra del Dr. Carbonell, *Orden y Trabajo*, I, pág. 408. (Buenos Aires, 1910.)

(2) Folleto antes citado, de Ferri y J. B. Justo, pág. 3.

gobernante de la República, ansían ver confirmado por el juicio europeo—del europeo de altura — esta tesis fundamental: en América, mejor, en la Argentina, no hay condiciones reales que legitimen las inquietudes é intranquilidades de las viejas naciones europeas: el socialismo, el anarquismo, el obrerismo, son importaciones nocivas de la emigración *mala*, y pretextos para propagandas insanas y explotaciones más ó menos censurables. Pero, frente á esta actitud conservadora, hay allí un sentimiento político, económico, social, que pretende lo contrario, sin negar ni desconocer que, en efecto, la situación de la Argentina es muy distinta de la de las viejas naciones europeas.

Yo me imagino cómo esperarían las gentes de una y otra tendencia el juicio de Ferri. Los socialistas argentinos—y en general el proletariado—contarían con una confirmación gloriosa; los conservadores no es fácil que esperasen una opinión tan singular, como la que espontáneamente parecía brindarles el político italiano.

Porque ya se ha visto: en cuanto aquél llegó á Buenos Aires, estimó lo que queda dicho, razonándolo como luego ha de verse. «El socialismo en este país es una flor artificial»—decía.—«Asombrados escribe el Dr. Justo—de un juicio semejante, lanzado de improviso, entre una consulta al empresario de su jira, y una entrevista con el director de un diario oficial, dijimos al profesor Ferri que tal era la opinión de la burguesía criolla; pero que en él sentaba mejor reservarle para cuando hubiera conocido algo el país y nuestro partido.» Ferri se puso entonces de pie, y nos dijo solemnemente: «Hablo como sociólogo, como hombre de ciencia.» Pasaron tres meses... y después de su vertiginosa jira... Ferri ha confirmado su sentencia de la primera hora: el socialismo argentino no tiene razón de ser.» (1)

(1) Justo, l. cit., pág. 7.

En efecto; cuando el orador hizo oír su elocuente voz ante el público de Buenos Aires, en el teatro Victoria, formuló estas declaraciones, según *La Argentina*: «Antes de terminar (se lee en el extracto de este periódico), analizó la actuación del partido socialista argentino, y manifestó que éste no tiene razón de existir, pues la República no se encuentra en las condiciones de otros países, donde el industrialismo, engendrador del socialismo, ha llegado á su máximum de desarrollo. Aquí se explica la existencia de partidos obreros: no socialistas en el sentido amplio que la palabra tiene. Terminó manifestando que el socialismo aquí es un trasplante ó el producto de una imitación anticipada.» El extracto del periódico *La Nación* coincide, en lo esencial, con el de *La Argentina* en la interpretación de los conceptos—muy singulares á mi juicio—del diputado italiano. «El socialismo—dijo—es un resultado del industrialismo capitalista. En la República Argentina la industria está en pañales... Tiene entonces sus dudas sobre la razón de ser del socialismo en este país. Refiérese al partido de Buenos Aires, pues en cuanto al del interior, ha visto agrupaciones de igual denominación compuestas por treinta personas, de las cuales quince mueven guerra sin cuartel á las restantes. Una clase obrera hay aquí con derecho para hacerse oír y respetar y para progresar, por ende, en la mayor extensión posible, pero eso no es causa suficiente para la existencia de un partido socialista.»

Naturalmente, tales declaraciones suscitaron la protesta calurosa de los socialistas argentinos, ó de los que se tienen por tales. En rigor, aquéllas produjeron dos enormes efectos: uno de protesta, y otro, en la «burguesía criolla», de satisfacción, de tranquilidad, como de quien se quita un peso de encima.

El episodio es interesantísimo y lleno de enseñanzas sugestivas, incluso para interpretar la psicología de la sociedad argentina.

La protesta de los socialistas fué inmediata, en el mismo

teatro Victoria. He aquí cómo da cuenta de ella *La Nación*, de Buenos Aires:

«Entre aplausos á Ferri, muchos pidieron que hablara el doctor Justo. Éste, en un palco, se puso de pie y rebatió alguna de las conclusiones formuladas por el conferenciante, á quien reprochó su apego extraordinario á la doctrina, tendencia contraria á la ciencia moderna, que se basa en el método. Entre otras cosas, dijo el Dr. Justo: «Nosotros creemos en la necesidad histórica de la socialización de los medios de producción, como en una hipótesis que no sabemos aquí, ni saben en otra parte, en qué grado y por qué vías se va á realizar: si por la extensión de las funciones del Estado, á medida que aumente el contralor del Estado por la clase trabajadora organizada, si por la aglomeración de los pequeños haberes individuales en organismos cooperativos, cuyo desarrollo también aquí fomentamos, si por la extensión de la propiedad de los sindicatos obreros ó secciones enteras del aparato productor.

»Pero de esa hipótesis no hacemos un mito que paralice nuestro esfuerzo para la acción actual. Y aplicamos en toda su extensión lo esencial del socialismo, su método, que es la lucha por la elevación material, intelectual y moral de la clase trabajadora; una elevación moral, bien entendido, que no consista en un sistema de simples restricciones, sino que sea fuente para el proletariado de nuevos motivos de acción propios. Y este método es tan aplicable aquí como en cualquier otra parte donde haya un explotado que reaccione contra la explotación ó un alma generosa que le defienda. El profesor Ferri dice que el socialismo es inconcebible en la Tierra del Fuego, y acabamos de oír elevarse del Alto Paraná una voz elocuente que ha denunciado la vil explotación de que son víctimas los trabajadores de los yerbales.»

Y Justo, ante el hecho real, evidente, de la contraposición positiva de los elementos que en todas partes engendra la lucha de clases moderna—el fondo justificante del socialismo para el propio Marx;—ante el hecho efectivo de una gran masa

obrera en Buenos Aires y en la República Argentina frente á una burguesía rica y acaparadora; ante el fenómeno del asalariado, es decir, en concepto de Marx, del explotado, del creador de valor por el trabajo, frente al fenómeno no menos positivo del capitalista, dueño de los instrumentos de producción, que aprovecha en su beneficio exclusivo el exceso de valor que pone en el producto el trabajo, el Dr. Justo, ante todas estas justificantes históricas del socialismo más doctrinal y dogmático, decía: «No puedo menos de pedir al político Ferri, si mira el socialismo argentino como un movimiento artificial, que nos diga qué debe hacer la clase trabajadora argentina con sus derechos políticos, y qué nombre debe dar al partido que forme, si le considera en el caso de formar alguno.»

Ferri contestó entonces brevemente, y luego amplió en un escrito sus puntos de vista: «El partido socialista—decía—hace en la Argentina las funciones de los partidos ausentes, el radicalismo en primer término...; ya veremos, con el andar del tiempo, cómo la formación de otros núcleos indispensables de opinión, en la metamorfosis de la política argentina, limitará la acción socialista de estas horas, hasta que el total proceso de la propiedad individual venga á poner aquí, en manos del socialismo, la bandera de su verdadero ideal: la propiedad colectiva.»

Nunca un extracto periodístico de una conferencia ó discurso, por bueno que sea, da idea fiel y exacta del pensamiento del orador. Del de *La Nación*, de Buenos Aires, corroborado por otro de *La Argentina*, parece desprenderse que el político italiano no cree *natural*, fruto espontáneo de las condiciones del medio argentino, el socialismo organizado que allí se agita: con ese nombre se mueve un partido radical; suple el socialismo este otro partido necesario; para que el socialismo surja, será preciso que la Argentina se industrialice, que no sea posible la apropiación de tierras, hoy libres. Sólo entonces será lógico un partido que pida la transformación de la propiedad individual de los instrumentos de producción en propie-

dad colectiva. Va para largo. La Argentina tardará un rato en crear grandes industrias mineras, manufactureras, y más aún en explotar toda su tierra, que hoy sostiene ocho millones escasos de habitantes, y puede sostener—¡quién sabe!—ochenta.

Por si cupiera duda respecto del pensamiento de Ferri, tenemos una interpretación auténtica del mismo en su artículo ya citado, sobre *El Partido socialista argentino*. Veámoslo.

* * *

He aquí un extracto del artículo indicado:

«Antes de venir á la Argentina, yo conocía, á grandes rasgos, al partido socialista de aquí, por haberme hablado de él el amigo Ugarte en París, durante el Congreso Socialista Internacional, y porque el Dr. Palacios me había mandado á Italia cartas, y después discursos parlamentarios.

»Llegado á Buenos Aires, viniéronme á saludar varios socialistas.

.....

»Yo los acogí fraternalmente, y al Dr. Justo y al Dr. Palacios dije abiertamente mi pensamiento sobre el partido socialista argentino—que está conforme con el de otros socialistas de Europa, miembros del «Bureau Socialiste International»,—el cual se ha ocupado de este punto, modificando el criterio de votación en los Congresos internacionales, siendo absurdo que el partido socialista de la Argentina tuviera igualdad de votos con el partido, por ejemplo, de Alemania.

»Y por eso se introdujo el criterio del voto proporcional. El Dr. Justo me dijo que mi opinión le parecía equivocada. Yo le contesté que observaría bien los hechos, en estos tres meses, y después confirmaría ó modificaría mi opinión.

.....

»Los socialistas me pidieron una conferencia á total beneficio de *La Vanguardia*, á lo que accedí de todo corazón. Y

así di la conferencia en el teatro Victoria, en la cual yo terminé con mis observaciones sobre el partido socialista en la Argentina, porque los hechos me habían confirmado en mi convicción.

»Yo pienso que los socialistas en la Argentina cumplen obra no sólo simpática y admirable, por su coraje y su honradez política, sino también útil al país, porque constituyen el único partido que tenga un programa de cosas y de ideas y no de personas.

.....

»Pero pienso (y esto es el *abecé* de la sociología y del socialismo científico), que el partido socialista es, ó debe ser, el producto natural del país en donde se forma.

»Aquí, en cambio, me parece que el partido socialista es importado por los socialistas de Europa que inmigran á la Argentina, é imitado por los argentinos al traducir los libros y folletos socialistas de Europa.

»Pero las condiciones económicas-sociales de la Argentina, que se encuentra en la fase agro-pecuaria (aunque técnica), son tales, que hubieran evidentemente impedido á Carlos Marx escribir *aquí El Capital*, que él ha destilado con su genio del industrialismo inglés.

»El «proletariado» es un producto de la máquina á vapor. Y sólo con el proletariado nace el partido *socialista*, que es la fase evolutiva del primitivo partido obrero.

»Así en Italia, las provincias meridionales, que están en la fase agro-pecuaria, tienen un partido socialista debilísimo, mientras que las provincias septentrionales, que están en la fase industrial, han pasado del «proletariado obrero», al «partido socialista», que es allí muy fuerte. Así podría decir, en Europa, de la Suíza, etc.

»Y el ejemplo de la Nueva Zelanda, que el Dr. Justo recordó en el teatro Victoria, confirma esta observación elemental. Allí no existe industrialismo mecánico, en el sentido real

de la palabra, y allí existe un partido *obrero*, que hasta ha llegado al gobierno, pero no existe un partido *socialista*.

»Pero, se dirá, en la Argentina existe un partido socialista. ¿Cómo, entonces negar su razón de ser?

»He respondido ya en el teatro Victoria al Dr. Justo con la doctrina de la «suplencia cerebral», según la cual algunas circunvoluciones cerebrales substituyen en el trabajo psíquico las específicas circunvoluciones enfermas ó desaparecidas, como para el lenguaje, la circunvolución de Broca—y puedo añadir ahora otra comparación, menos científica, pero más popular.

»Alguna vez suelo pedir en el restaurant un guiso de *liebre*. Y como en Europa las liebres son raras y caras, los mozos traen, en lugar del guiso de liebre, uno de conejo. Ahora bien; á mí no me desagrada el conejo, pero me desagrada que el mozo crea que soy tan «tonto» como para pasarlo por *liebre*. Y entonces llamo al mozo y le digo:—Usted dice que esto es guiso de liebre, pero le advierto que yo sé bien que esto no es sino guiso de conejo; lo cómo lo mismo con gusto, solamente deseo que sepa usted que yo sé lo que cómo.

»Y bien, lo mismo sucede con el partido socialista argentino. Se llama «partido socialista», pero no es sino un «partido obrero»—en su programa *económico* (ocho horas, salarios altos, huelgas, trabajo de las mujeres y de los niños),—y es un «partido radical» (en el sentido europeo de la palabra) en su programa *político*.

»Los radicales argentinos forman un partido del... mundo de la luna. Tienen un programa *negativo* (la abstención de la lucha política), y uno *positivo* (la revolución... con relativo militarismo), y por eso falta aquí un partido *radical positivo* como existe en Francia (Clemenceau) y en Italia (Sacchi).

»Los socialistas argentinos cumplen la función específica de este partido radical que falta.

»Hacen obra simpática y útil, y por eso, como dije en el Victoria, han merecido justamente las simpatías públicas.

»Pero esto, si es bello y meritorio, ¿no es socialismo!

» Partido y doctrina socialista sin propiedad colectiva es un absurdo. Y me maravilló muchísimo oír en el Victoria, de labios del Dr. Justo, que esto de la propiedad colectiva es un dogma no inseparable de la doctrina socialista.

» Ahora bien: yo pienso—y esto es la parte siempre viva del marxismo—que sin propiedad colectiva no hay doctrina socialista.

» ¡Sin propiedad colectiva habrá... un guiso de conejo, ó también de *gato*, pero no ciertamente un guiso de *liebre*!

» Cuando un país tiene todavía «tierras públicas» por individualizar, y por eso no está todavía en la fase *industrial*, es absurdo decir que aquí pueda existir un partido socialista, que debe estar compuesto de *proletariado* (industrial y agrícola):

» Aquí existe la agricultura técnica. Pero los medianeros ó pequeños propietarios no son socialistas. Pueden serlo los braceros («peones»); pero éstos son en gran parte inconscientes ó «golondrinas», que es imposible moral y materialmente organizar en un partido socialista.

» Y los muchos obreros industriales que viven en Buenos Aires, no bastan para cambiar el carácter de la condición económica de la República Argentina, que está en la fase agropecuaria. Ellos son en realidad *trade-unionistas*... que son bien distintos de los socialistas...»

Nadie podría poner en duda la seriedad del gran orador italiano. ¿Cómo suponer que un hombre de su altura científica y política, y tan de mundo, se dejase influir por la acción solicitante del medio burgués, en que natural y necesariamente tenía que vivir para realizar su misión de conferencista, hasta el punto de perder la noción clara de la *realidad social* que, en efecto, es la República del Plata? Es evidente que va uno á la Argentina, y llega al puerto de Buenos Aires con unas ideas algo exageradas en el sentido del optimismo ambiente: aquél, se dice, es un mundo distinto, absolutamente distinto del mundo europeo, viejo, repleto de gente, todo ocupado, y donde á diario parece realizarse el triste fenómeno del convidado al

festín de la vida, que no tiene su plato en la mesa, ni asiento cómodo en parte alguna. Nunca falta, en el vapor, en el hermoso y lujoso trasatlántico, el argentino *rico* que os canta las delicias de aquellas tierras... Y luego, al llegar, el que no va de emigrante, en las bodegas ó en los departamentos de tercera, con el hotel de emigrantes por primer refugio y con el destino del tablón desprendido del buque náufrago; el que va bien recomendado ó es muy esperado allá por cualquier motivo de alta notoriedad, presto experimenta los goces y satisfacciones que, con derroche, proporciona la espléndida hospitalidad de las gentes ricas argentinas. Hay, pues, cierto peligro de no ver el fondo obscuro de la vida de aquel enorme remanso de Buenos Aires.

Pero nada de esto podría rezar con espíritus tan avisados como el de un Ferri, sociólogo de doctrina y de acción; no sería justo pensar que dejase de ver—usando el símil mismo que él graciosamente emplea—en el *pastel* de la adinerada burguesía argentina la *liebre* que hay: *liebre* y no *conejo*, una liebre legítima, en forma de miseria, de inquietudes, de fracasados, de gentes, en suma, más ó menos explotadas: elementos éstos que pueden creerse más que suficientes para explicar, no ya un socialismo tan comedido, reflexivo, templado y discreto como aquel que Ferri estima allí planta artificial, sino un sindicalismo fuerte, un obrerismo pujante, y hasta un acratismo, síntesis de todas las agresividades revolucionarias y expresión peligrosa de todas las protestas, angustias y rebeldías, con dejos espantables de las más agudas dolencias ó enfermedades morales y hasta de los desequilibrios criminosos más terribles.

Pero, sea ello como fuera, es lo cierto que el juicio de Ferri fué contrario al deseo, y supongo que á las esperanzas de los socialistas de Buenos Aires, y que lo estimaron favorable por completo á *su idea* las gentes de la burguesía imperante, y que, naturalmente, vería con gusto que no se perturbe su acción de enriquecimiento y de bienestar, por la dichosa y molesta agitación de obreros y socialistas, con sus huelgas, sus

reclamaciones, sus amenazas y hasta sus pretensiones—la de los socialistas especialmente,—de ser un factor gobernante.

Cuando yo llegué á Buenos Aires, aún no se había olvidado la interpretación apuntada, y el problema que se había propuesto al conferencista italiano flotaba con más determinación todavía, probablemente; no había estado en la capital del Plata veinticuatro horas, y ya le tenía yo delante.

A mi juicio, el problema estaba entonces muy fuera de quicio, merced á una versión vulgarizada de las opiniones de Ferri, completamente errónea. Por otra parte, en aquellos momentos—Junio de 1910,—la atmósfera envenenada resultaba punto menos que irrespirable; nada tenía de particular que las gentes no atinasen á ver claro, y menos á fijar claros los términos de la cuestión que, en sus primeros momentos, se reducía á razonar la legitimidad ó ilegimidad histórica y local de un socialismo argentino. Seguían las fiestas del Centenario de la Independencia, con los ecos algo trágicos de la amenaza de la huelga general, y de graves desórdenes en los momentos culminantes de la alegría nacional, al llegar la Infanta Isabel. Y además, flotaban en el recuerdo las sombras de las sangrientas represiones de un 1.º de Mayo, de la bomba que mató al Jefe de policía Falcó, y más cercanas aún, sentíanse las iras despertadas y desbordadas sin freno, no muchos días antes, al realizarse por las gentes burguesas, la juventud patriótica, los asaltos de las redacciones de los periódicos obreros y de los círculos también obreros.

Ya hablaremos de esto por separado. Para el caso, basta recordarlo y añadir que todo el movimiento societario parecía en aquellos instantes detenido ó contenido, y como acorralado, bajo la acción de la ley de estado de sitio, agravándose la situación de las cosas con el atentado del teatro de Colón, y la famosa ley de Defensa ó Seguridad social, dictada con una precipitación impulsiva, bajo el influjo de las circunstancias y en un instante de aturdimiento político.

El caso es que hasta se preguntaba alguna vez—¡pregunta

extraña!—¿hay aquí lo que llaman el problema social?—Porque de una en otra, y por la pendiente vertiginosa de las exageraciones, en cierto modo lógicas, la sinrazón del Socialismo llegara á la *sinrazón* de todo el problema social.—¡Ferri, decía alguno, ya ve usted, nada menos que Ferri, ha afirmado que aquí no tiene fundamento ni explicación legítima el problema social!

Y yo me quedaba haciendo cruces y, naturalmente, reservando todo juicio.

Aunque desde luego, conceptuaba una situación bastante absurda y preñada de peligros, la que comenzara á presumir ya desde el vapor, oyendo á unos orientales, que embarcaran en Río Janeiro, referir la represión obrera y la actitud de los patriotas ante el proletariado, y que consistía en oponer el sentimiento y el interés nacional argentinos—¡la patria!—á las aspiraciones y reivindicaciones del elemento obrero, constituido en su más importante núcleo por las fuerzas de inmigrantes. Y cuenta que no se trataba en la hipótesis de que hablo—algo más que hipótesis,—de una oposición—bien universal—entre el sentido *internacionalista y cosmopolita* del sindicalismo ácrata, y de ciertas manifestaciones socialistas y proletarias, y el *nacionalismo*, sino de una oposición del argentinismo-burgués, y el obrerismo y el socialismo, y todo lo que signifique aspiración emancipadora y política del asalariado. Nada, sin duda, más extraño que sentir la nacionalidad argentina con instintos ó prejuicios de antipatía respecto del factor obrero, porque éste lleva y plantea en los muelles de Buenos Aires las preocupaciones dominantes en los muelles de Londres, de Génova, de Barcelona...

Pero, repito, que las cosas estaban bastante fuera de quicio, en buena parte, por causas extraordinarias y circunstanciales. Ya veremos cómo hay en la República Argentina quienes piensan que existe allí, todo lo *argentinizado* que se quiera, el problema social del mundo contemporáneo.

Sin embargo, aun cuando sea absurda la interpretación de

los que nos planteaban el tema de la *cuestión social* en la Argentina, confundiendo tantas cosas diferentes en una sola negativa y condenación, es evidente que la opinión formulada por Ferri, al criticar el socialismo argentino, estimándolo *sinrazón* de ser, tuvo allí gran acogida, y ella venía demasiado bien para dar aire de autoridad científica extrema á toda la corriente burguesa imperante.

Bastará este dato.

En el libro del Dr. Carbonell, *Orden y trabajo*—todo el argumento admirable en contra de la tesis burguesa,—se leen estas significativas líneas, al dar cuenta de la conferencia de Enrique Ferri, y hablando de *La sinrazón de ser del Socialismo Argentino*: «Sin pretensiones ni jactancias—dice,—nos limitaremos á reproducir su interesante conferencia—la de Ferri—del teatro Victoria, asociando modestamente nuestro más perfecto acuerdo é inteligencia por lo que se refiere á la tesis y conclusiones demostradas, como tan elocuentemente sostenidas, por el egregio y talentoso maestro. Pensamos, sí, que las exageraciones radicales de la doctrina socialista en la forma demolidora y revolucionaria como en Europa se la interpreta y ejecuta, no es procedente entre nosotros bajo ningún concepto, pretextos ó distingos invocados para sostenerla. Ella se sustrae á todo derecho razonado, y carece, naturalmente, de personería legal en la República Argentina, por múltiples motivos que impone su rechazo, y excusan por innecesaria toda lucha y controversia al respecto. A nuestro entender, y estudiando las respectivas situaciones de ambos continentes, no existe el paralelismo industrial, obrero ó económico, de medios que justifiquen su aplicación común, alternativa, y admitan su viabilidad como elemento indispensable de gobierno progresista. Los teatros son diametralmente opuestos, y nuestros recursos en sus afinidades para con el proletario, inexplotados y muy superiores á los del viejo mundo, facilitan el ahorro y la fortuna distributiva como por la compensación del trabajo y la moral acumulada de los años en actividad. Aquí no hay miseria—

«nadamos en la abundancia,—hambre ni obreros sin trabajo, y desde luego, es permitido al hombre de labor labrarse un porvenir más ó menos permanente y aceptable, como saldo de sus energías gastadas ó término fatal de su impotente y física vejez. Si se acepta, pues, la exactitud desapasionada é incontrovertible de nuestras observaciones, el ideal socialista en el Río de la Plata, y, especialmente entre nosotros, ejerce funciones perturbadoras dentro del orden indefinido, y acaso negativas de la fuerza, el crédito é interés de clase que con su imperio buscara garantir, proteger ó fundar como programa político de obrera constitución. En nuestro país exuberante, fecundo, desierto é inculto por excelencia, donde la demanda del trabajo desahogado y remunerativo supera á su oferta limitada, está de antemano solucionado el problema de la existencia presente y futura del proletariado en condiciones favorables, generosas y humanitarias para la colectividad en general.

»Pretender ir más lejos en este sentido, implicaría un acto de despojo arbitrariamente impuesto al capital privado, con visible menoscabo de la ecuanimidad y el equilibrio requerido como garantía de su conservación y permanencia, que habremos de prevenir y defender con tesón, denuedo y esfuerzo más que justificados. Así, pues, y mientras en el fondo no se modifique sustancialmente nuestro estado orgánico á este respecto, consideraremos á la tendencia socialista en la República como un peligro y una amenaza extemporánea é improcedente, á la vez que chocante y perjudicial, en sus derivaciones generales y ulteriores como dañosos y perturbadores efectos.

»O más bien dicho, como la implantación exótica y violenta de otras tantas reformas evolutivas, que á justo título florecen y germinan en la Europa decadente y agotada» (1).

He copiado toda esta larga cita porque estimo lo que en ella se manifiesta, como expresión muy exacta del pensamiento burgués argentino más templado, tal cual se llegó éste á

(1) Ob. cit. I, págs. 397-399.

formar probablemente en buena parte bajo la sugestión de las declaraciones de Ferri. Porque, como se habrá visto, tiene aquel pensamiento sus grados diversos de intensidad negativa, y va desde la simple reprobación del socialismo, por no ser planta de la tierra, sino mera importación artificiosa de los imitadores de Europa ó de los agitadores peligrosos, hasta la negación de todo fundamento á la cuestión social característica de los tiempos modernos—cuestión social del proletariado, de la clase asalariada—llegando la negación hasta el extremo de estimar legítima la represión dura, sin contemplaciones, del movimiento obrero, socialista, sindicalista, ácrata, etc., etc.

El razonamiento es bien sencillo. Si en la Argentina no tiene razón de ser el socialismo—y confundimos en esta palabra «cautchou», como dicen la calificó Ferri (1), todos los movimientos del proletariado, las aspiraciones todas del «obrerismo»; si en la República Argentina no hay atmósfera que justifique un proletariado constituido como factor político y de pretensiones sociales; si todo eso que preocupa y conmueve á Europa es en el Plata afán de perturbación estéril: peor, dañosa, ruido incómodo, cuando menos, ó bien motivo estúpido de intranquilidad que mata, la conclusión lógica en un espíritu burgués, de burgués satisfecho, lleno, divertido, es bien clara: guerra sin cuartel al «obrerismo», y aquella famosa, tristemente famosa teoría *del Mauser*, formulada entre nosotros, debía surgir en Buenos Aires, remozada y pujante hasta tener dolorosa y triste aplicación (que el proletariado de allá recuerda con horror) en aquel 1.º de Mayo, crítico en las relaciones de obreros y burgueses de Buenos Aires. Desde entonces, en efecto, la violencia parece ser el estado normal en la inevitable lucha de clases, con el cortejo de atentados brutales é insensatos.

Pero, y aquí se imponen varias reflexiones: en primer lugar, nada tiene que ver lo que afirmaba Ferri en la conferen-

(1) Crónica del diario *La Nación*, ya citada. (Véase Carbonell, ob. cit., I, pág. 401.)

cia del teatro Victoria con esa actitud negativa, intransigente, de las gentes que, al cantar las reales grandezas y abundancias de la Argentina, no quieren reconocer la fatalidad del hecho de la *lucha de clases* en la República. Es ir demasiado de prisa, inferir de una pura apreciación de sociólogo, respecto nada más que de la propiedad con que un partido social y político se llame «socialista», el que allí ni hay razón para que el socialismo se manifieste, ni para que el obrerismo inquiete y perturbe el proceso que se estima natural de una evolución económica capitalista ó de base, espíritu y tendencia y resultados «capitalísticos».

Porque, aunque no es fácil interpretar el alcance político de las apreciaciones que supone el negar razón objetiva de ser al socialismo argentino, parece evidente que este juicio no pasaba de ahí, afirmándose, en cambio, por Ferri la legitimidad y oportunidad de un partido obrero y radical. Recuérdese lo copiado más arriba: el partido socialista argentino «no es sino un «partido obrero» en su programa *económico*, y es un partido radical (en el sentido europeo de la palabra) en su programa *político*».

Sin duda, la apreciación de Ferri no podía tener más que un valor *doctrinal*: sólo una falsa, inexacta ó interesada interpretación podía darle un alcance *práctico*. Lo cual, sin embargo, se explica: de una parte, por el efecto de desilusión que producía en los que se creían con derecho á considerarse como sus correligionarios, y de otra, por la satisfacción que en los adversarios ó enemigos del socialismo, en general, había de producir, como se produjo, la desilusión de los socialistas argentinos.

Los cuales, como hemos visto, no dejaron sin respuesta los juicios del socialista italiano. Comenzó la polémica, según queda indicado, en el mismo teatro Victoria, con la intervención del Dr. Justo; pero luego continuó este prestigioso jefe del socialismo de allá, en un artículo, respondiendo al de Ferri ya extractado.

Decía el Dr. Justo, razonando la existencia del partido socialista argentino:

«Para un observador imparcial y sobrio de juicio (1), este país ofrece el cuadro singular de una sociedad moderna, íntimamente vinculada al mercado universal, y cuya vida política está en manos de partidos políticos sin equivalentes ni afines en la política de ningún otro país moderno. Agrupaciones efímeras, sin programa ni principios, ni más objetivo que el triunfo personal del momento, los partidos de la política criolla, pasada la frontera, carecen de todo sentido. Pregúntese en la Asunción qué es un «autonomista» argentino, y será tan difícil obtener una respuesta como nos sería darla si nos preguntaran qué es un «colorado» paraguayo. Basta, á veces, pasar de una provincia á otra para que esas denominaciones ficticias pierdan todo su significado. ¿Qué es, en Corrientes, un «conservador» de Buenos Aires? ¿Qué es en Buenos Aires un «liberal» correntino? Frente á ese caos de facciones y camarillas, cuya única palabra de orden y único vínculo interno es el nombre del *condottiere* que las guía al asalto de los puestos públicos, ha aparecido y se desarrolla el partido socialista, que, sin excluir á nadie de su seno, se presenta ante todo como la organización política de la clase más numerosa de la población: la de los trabajadores asalariados. Representa una corriente de opinión extendida por el mundo entero civilizado; está en relación regular con los partidos afines extranjeros; sus costumbres son las de la democracia moderna; tiene centros organizados en los principales puntos del país; es la única agrupación política de vida progresiva y permanente, que sostiene un programa, celebra grandes asambleas y vota, despreciando por igual la inercia de la mayoría de los electores y las malas artes del Gobierno. Es, en una palabra, para el observador sobrio é imparcial, el único partido que existe. Pues para el pro-

(1) V. Justo: *El profesor Ferri y el partido socialista argentino*, folleto citado.

fesor Ferri, incommovible en su preconcepto, es el único que no tiene razón de ser. Así, aquel famoso profesor de medicina, al encontrar sano y bueno á un paciente cuya muerte próxima había pronosticado, le dijo con aplomo académico: «¡Usted está muerto para la ciencia!»

Y luego, argumentando contra la tesis de que allí «no hay gran proletariado industrial, luego no puede haber socialismo», añadía el Dr. Justo: «Efectivamente, no tenemos una industria como la de Inglaterra, donde escribió Marx *El Capital*; pero el último capítulo de este libro, titulado «La teoría moderna de la colonización», expone y prevé con exactitud admirable lo que hace la clase gobernante para crear rápidamente un proletariado en países como éste.

»No traen para eso los gobiernos de los países coloniales máquinas á vapor. Aunque lo diga el profesor Ferri, el proletariado no es un producto de ésta. Apareció y se desarrolló en Europa varios siglos antes que se generalizara el motor inventado por Watt, y alimentó de brazos en el siglo xvii la manufactura capitalista, y después las fábricas movidas por la fuerza hidráulica. El proletariado resultó de la disolución de la sociedad feudal, de la clausura de los conventos por la reforma religiosa, del desalojo de los campesinos por la transformación del dominio feudal de la tierra en propiedad privada estricta de los señores, por la usurpación de las tierras comunales, por la venta de los bienes de la Iglesia. Como relación política y jurídica de coerción, la de proletario y burgués fué en su principio obra del despojo violento, de leyes inicuas, no del progreso técnico. La máquina á vapor ha venido después á acelerar, en el siglo xix, la mecanización de la industria toda y la desaparición del antiguo artesanado, á acercar y confundir á los pueblos revolucionando los transportes, á impulsar el aumento de la productividad del trabajo.

»Y al expandirse el capital en el siglo pasado, junto con la población europea, á vastas tierras vírgenes despobladas, se planteó para la clase gobernante un problema nuevo: ¿cómo

crear en las colonias la clase de trabajadores asalariados, necesaria para la explotación capitalista? ¿Cómo improvisar un proletariado donde la abundancia de tierras libres y abiertas al cultivo permite á cada recién llegado convertirse en un productor autónomo? Se había visto á un capitalista desembarcar en Australia con un cargamento de proletarios europeos y un capital en provisiones y útiles de trabajo, inclusive varias máquinas á vapor, y quedarse al día siguiente sólo con su «capital», sin la ayuda siquiera de un sirviente.

»El problema se resolvió teórica y prácticamente con lo que sus autores llamaron la «colonización sistemática», y que ha sido realmente la implantación sistemática en estos países de la sociedad capitalista, la colonización capitalista sistemática. Consiste en impedir á los trabajadores el acceso inmediato á las tierras libres, declarándolas de propiedad del Estado, y asignándoles un precio bastante alto para que los trabajadores no puedan desde luego pagarlo. Necesita entonces el productor manual trabajar como asalariado, por lo menos el tiempo preciso para ahorrar el precio arbitrariamente fijado á la tierra, especie de rescate que paga para redimirse de su situación de proletario. Y con el dinero así obtenido, el Estado se encarga de buscarle reemplazante, fomentando la inmigración, el arribo de nuevos brazos serviles. En las colonias latinoamericanas, la clase trabajadora, formada en gran parte por mestizos é indígenas, fué desde un principio excluída de la propiedad del suelo, adjudicado á los señores en grandes mercedes reales. Y desde que el progreso técnico-económico del mundo ha empezado á repercutir también aquí, la clase gobernante practica instintivamente, sin teoría alguna, sin más guía que sus apetitos de lucro inmediato y fácil, la colonización capitalista sistemática. Con circunstancias agravantes, porque no sólo acapara la propiedad del suelo todavía sin cultivo, y, por cuenta del Estado, provee de brazos á los empresarios, sino que, para intensificar la explotación del trabajador, recurre á procedimientos medioevales, como el envileci-

miento de la moneda, y á un sistema de impuestos sólo comparable con la gabela y la capitalización de la antigua Francia.

»De esta manera se ha formado en este país una clase proletaria, numerosa relativamente á la población, que trabaja en la producción agro-pecuaria, en gran parte mecanizada; en los veintitantos mil kilómetros de vías férreas; en el movimiento de carga de los puertos, de los más activos del mundo; en la construcción de las nacientes ciudades; en los frigoríficos, en las bodegas, en los talleres, en las fábricas. Y á esa masa proletaria se agrega cada año de un 1/5 á 1/4 de millón de inmigrantes.»

»Nos habla el profesor Ferri de los peones «golondrinas». Y ese mismo ejército proletario de reserva, que cada año cruza los mares para trabajar en los miles de trilladoras á vapor que funcionan cada verano en este país, ¿no es la mejor prueba de que la agricultura argentina es á tal punto capitalista y está en tal grado vinculada á la economía mundial, que ya no puede engendrar las ideas políticas de los viejos pueblos de campesinos propietarios? Nos habla el profesor Ferri de que hay todavía aquí «tierras públicas á individualizar». ¿Se ha preguntado cómo se hace esa individualización? ¿Ha encontrado aquí algún *pioneer*, como los que, armados de un hacha y un arado, se han posesionado del suelo norteamericano, para hacer cada uno su hogar y su chacra, no sólo reconocidos, sino favorecidos por la ley en su propiedad?

»Nos asegura que los medieros y los pequeños propietarios, tan escasos estos últimos entre nosotros, no son socialistas. ¿Lo serán más los millones de pequeños propietarios europeos, partidarios desde luego de los derechos de aduana sobre los granos y las carnes de América, derechos que el partido obrero quiere abolir? Si la situación agraria ofrece dificultades á la doctrina socialista, ellas son indudablemente mayores en Europa que aquí.

»¿Qué quiere decir el profesor Ferri cuando objeta al socialismo argentino que estamos aún en «la fase agropecuaria»?

¿Acaso que la agricultura va á desaparecer para que advenga lo que él llama socialismo? ¿O que la sociedad comunista europea, ya próxima á establecerse, tratará, mano á mano, con el presidente Figueroa Alcorta, como jefe de esta oligarquía de terratenientes, el cambio de los granos, las carnes, las lanas y los cueros argentinos por los productos de la industria de aquella cooperativa continental?»

El Dr. Justo censura á Ferri por el dogmatismo estrecho en que su argumentación se inspira, y añade:

«Yo también pienso que sin la propiedad colectiva—es decir, sin la hipótesis de la futura propiedad colectiva—no hay doctrina socialista. Pero esa hipótesis, tan fundada y tan simpática, no es fecunda sino en cuanto nos conduce á prepararnos para la propiedad colectiva, á realizar desde ya el colectivismo posible, capacitando á la clase trabajadora para la cooperación libre y la acción política. Y este es el método socialista, tan separable de la doctrina y tan superior á ella en trascendencia histórica como la técnica y la experimentación modernas respecto de la teoría del éter.

»Por eso la parte más viva del marxismo no es la hipótesis de la futura propiedad colectiva, sino la práctica de la lucha de clases, moderna y actual. Ferri cree lo contrario, y de ahí su distinción trivial entre partido obrero y partido socialista, cuando hace sesenta años, en su inmortal manifiesto comunista, Marx y Engels decían ya lo siguiente: «¿En qué relación están los comunistas para con los proletarios en general? Los comunistas no son un partido especial frente á los otros partidos obreros. No tienen interés alguno distinto de los intereses del proletariado en general. No establecen ningún principio especial según el cual quieran modelar el movimiento proletario. Los comunistas se distinguen de los otros partidos proletarios sólo en que, por una parte, en las distintas luchas nacionales de los proletarios proclaman y hacen valer los intereses del proletariado entero independientes de la nacionalidad, y por otra, en que representan siempre el interés del movi-

miento entero en las diferentes etapas de la lucha entre proletariado y burguesía. Los comunistas son, pues, prácticamente la parte más decidida y propulsiva de los partidos obreros de todos los países; antes que la restante masa del proletariado, tienen la visión teórica de las condiciones, la marcha y los resultados generales del movimiento proletario.»

*
* *

Hay en el caso, á mi juicio, dos cuestiones: una de ellas general, y que podría formularse preguntando cuándo un partido político puede llamarse *socialista*, y otra histórica, local y práctica, que entraña la apreciación de las condiciones sociales de la Argentina actual, para que en ella sea un producto natural, en sazón, el partido socialista.

Ante la primera cuestión, Ferri mantenía, como con razón, en mi sentir, afirma el Dr. Justo, una actitud dogmática, doctrinal, y muy estrecha, algo en contradicción con un fenómeno que él mismo señalaba cuando (según *La Nación*) decía en su conferencia: «Socialismo. Palabra «cautchouc». Se le entiende de mil modos. Se le amplía y se deprime su definición en muchos y muy contradictorios sentidos. Ferri cuenta las infinitas formas en que ha podido ver y oír la manera diversa de comprender la significación de esa palabra.» Y así es, en efecto. El socialismo no puede ser hoy una dogmática cristalizada y estrecha, ni aun queriendo constreñirlo á la forma colectivista pura. Aun cuando diéramos como bueno aquello de que «el socialismo es el resultado del capitalismo industrial ... Viene como contragolpe de la máquina á vapor y de la enorme impulsión nueva que da éste en la marcha de la civilización...» no es fatal la consecuencia de que «donde no existe la máquina, el socialismo no puede existir lógicamente». Sin duda, se debe rechazar «la idea de la posibilidad de una formación socialista en el semi-salvajismo del Congo, ó en el semidesierto de la Tierra del Fuego»; pero, ¿no hay máquinas en

Buenos Aires? ¿Y Rosario está en el Congo? Y ¿está por ventura Bahía Blanca en la Tierra del Fuego?

Por otra parte, si el socialismo colectivista, el llamado científico, ó más históricamente el *marxismo*, surge después de mucha labor preparatoria y de multitud de antecedentes, según muestra Menger (1), como una síntesis definida de doctrinas (2), y en cuanto factor político-social, como una consecuencia fatal, quizá, desde luego lógica, de la concentración industrial, y de la máquina que crea é impone por de pronto, el «asalariado» moderno, por virtud de una porción de causas, entre las cuales figura la misma fuerza expansiva de las ideas á que el socialismo responde, la síntesis marxista se descompone bajo la acción de la crítica: y al tener que aplicarse á modalidades capitalistas, no previstas en *El capital* ni en el *Manifiesto comunista*, la doctrina y su ideal se han debido difundir con una fecundidad tan eficaz y extraordinaria, y con tales modificaciones y adaptaciones, que hoy ya no es una doctrina concreta, sino más bien es una *idea fuerza*, un sentimiento avasallador, que tiene mucho siempre de reivindicación económica, pero mucho más de movimiento *ético*.

Pasa con el socialismo lo que con todas las *ideas*, que vienen á su tiempo y surgen de un estado de hecho, como impulsos ó reacciones naturales de la conciencia, y como necesidades impuestas á la reflexión por la fuerza misma que domina el proceso histórico; podría decirse, cuando *lo real es racional* y viceversa: las promueve una determinada posición de las cosas, un contraste fuerte; aquí, la concentración industrialista, del capital y la de los obreros; luego la idea fecunda se aplica á otra porción de manifestaciones donde el contraste se ha difuminado ó no se ha advertido. Podrían citarse muchos ejemplos, pero ninguno quizá más típico que la doctrina del

(1) *El Derecho al producto íntegro del trabajo*, trad. esp.

(2) «Si Marx, escribe Richard, ha hecho la síntesis, los elementos habían sido preparados por sus predecesores.» V. *Le Socialisme et le Science sociale*, pág 78. París, 1897.

Riesgo profesional, á virtud de la cual se indemnizan los accidentes del trabajo, sin que intervenga culpa del patrono. Empieza, surge, movida por mil causas, primero, con respecto á la gran industria de máquinas peligrosas; quizá la sugiere el dramatismo de la catástrofe minera, de fábricas, de grandes talleres, y poco á poco se difunde, con fuerza expansiva, hasta aplicarse á todo trabajo manual, á accidentes y enfermedades, á la grande y á la pequeña industria, al comercio, á la agricultura... No hay quien la detenga.

Como no hay quien detenga la expansión, más que de la doctrina, de la idea y del sentimiento socialistas.

Sin duda, es característica del socialismo estricto la aspiración hacia un régimen social en el cual la propiedad de los medios ó instrumentos de producción sea colectiva: en rigor, esta es todavía la hipótesis final del socialismo... colectivista, y podría demostrarse que la mayor parte del programa obrero entraña ese Oriente, aunque los motivos de justificación inmediata sean otros, incluso los del socialismo utópico, sentimental. Pero ¿hay una fórmula de la sociedad futura socialista? El régimen colectivista tendrá ó no una futura realidad; entretanto el socialismo es, en el momento presente, sobre todo, una fuerza de agitación social, un factor inquietante, un fermento de crisis, constituido—como el sindicalismo, como el acratismo...—por núcleos de obreros y no obreros, no satisfechos ni con su condición actual, ni con la organización política y económica que la hace posible, ó la impone como necesario. Es el socialismo, más que nada, un *método* de transformación social, que surge espontáneo, fatal, si queréis, con aquel fatalismo que descubría Marx, en cuanto hay una masa asalariada que siente el espíritu de clase, ó una masa intelectual que siente la injusticia del régimen capitalista. En otros términos, el socialismo, la idea socialista, en crisis profunda respecto de lo que debe ser la sociedad futura, en crisis respecto de la táctica en la sociedad burguesa presente, frente á los gobiernos burgueses, y en la relación de la política, propende á

ser la aspiración generosa hacia una dignificación moral, económica, social del proletariado, y hay proletariado dondequiera que se produce una concentración capitalista, de industrias, casi casi de población, sobre base de propiedad privada, y se afirma la separación de las clases propietaria y trabajadora sometida ésta á la ruda ley del salario. La lucha de clases engendra el sentir y la aspiración socialista, que luego toma la forma, el tono y el temperamento que impone el medio local ó nacional circundante.

Y por eso, en unas partes y en unos núcleos impera con más fuerza la reivindicación económica pura, y el socialismo se disuelve en el obrerismo abstracto, mientras en otras, la aspiración económica se compone con la política, y el socialismo toma posiciones y funciones de fuerza ó partido radical.

No insistiré en este punto; realmente no es el que más importa para el caso del socialismo argentino. Pero el estudio de la razón de ser de este socialismo, como fuerza organizada que quiere ejercer un influjo en la evolución social de la gran República hispano-americana del Plata, exige artículo aparte, sobre todo, si hemos de reflejar en la argumentación, la impresión de ambiente recogida en la vida misma, especialmente en Buenos Aires. Porque fué ésta una de las cuestiones que con más fuerza interesaron nuestra curiosidad. No, claro es, para resolver el punto concreto de si allí hay ó no términos naturales para que exista ó no partido socialista, sino para ver con la intensidad posible cómo es allí este partido, y para interpretar, con la imparcialidad posible, el momento presente de las preocupaciones «sociales» de la gran capital argentina.

ADOLFO POSADA

LA CONSTRUCCIÓN DEL MATERIAL DE GUERRA EN ESPAÑA

En el anterior artículo nos hemos ocupado, principalmente, de la Fábrica de Trubia, por tratar en él de la construcción de cañones; pero importa, y mucho, exponer en qué medida responden los demás Establecimientos del Estado á la fabricación del restante material. Y para terminar con cuanto se refiere á las piezas, comenzaremos esta segunda parte del trabajo por la Fábrica de Artillería que en Sevilla radica. Ya en la segunda mitad del siglo xvi, en 1565, un maestro fundidor, llamado Juan Morel, edificó un pequeño taller y dos hornos de fundición en unos solares del barrio de San Fernando. Destinaba Juan Morel su pequeña fábrica á la construcción de cañones de bronce que le fueran encargados, por asiento con la Real Hacienda. Tal es el origen de la hoy floreciente y bien dotada de elementos mecánicos, Fábrica de Artillería. No fueron pocas sus vicisitudes: en 1604 ya figura como dueño de la fundición Pedro Gil Nambel, por compra á los herederos de Juan Morel, y más tarde el Estado, en 1634, la adquirió del hijo de Nambel, quedando éste al frente hasta 1647, año en que el Estado se incauta de todo. En cuanto á su dirección, importa decir que estuvo á cargo de fundidores y constructores hasta el año 1717, en el que fué nombrado director el Comandante de Artillería de Sevilla. Dedicaba el Gobierno la mayor parte de los productos de esta fundición á dotar de piezas los galeones, flotas y otras ar-

madas destinadas á las Indias; el importe de los cañones era abonado por la Casa de Contratación de Sevilla, y todo dispuesto y ordenado por el Teniente general de Artillería y Oficiales del Cuerpo á sus órdenes. Hasta 1754 no se realizó reforma alguna de importancia, pero en este año comenzó una trascendental que, más que reforma, fué construcción de una nueva Fábrica, varios de cuyos edificios se han conservado hasta ahora. Mas al mismo tiempo que se edificaban nuevos talleres, se contrataban cuatro fundidores franceses y un barrenador de la misma nación, que se comprometieron á implantar el procedimiento de fundir en sólido y barrenar horizontal. La obra de Monge nos da una idea de lo que eran las primitivas máquinas de barrenar cañones, que fueron las verticales, y corresponden al período en que las piezas se fundían en hueco, lo mismo las de hierro colado que las de bronce. Estas máquinas de barrenar, en el extranjero, por lo menos, hasta los últimos años del siglo XVIII, y en España, en la Fundición de Sevilla, hasta mediados del XIX, eran activadas por fuerza animal: uno ó dos caballos, girando en una pista, ponían en movimiento un árbol vertical, y en su prolongación y en el mismo eje vertical se colocaba la barrena. El avance de ésta se verificaba porque el cañón descansaba sobre la herramienta cuando no era muy pesado, ó tenía un contrapeso si sucedía lo contrario, de suerte que la fuerza de avance era debida á la diferencia de las dos masas. Maritz fué el primero que imaginó barrenar los cañones horizontalmente, y tal método, que es el más racional, no ha sido abandonado desde entonces. Este ilustre constructor de Artillería, que disfrutaba en Francia la categoría de Mariscal de Campo y el cargo de Inspector general de las fundiciones de bronce y hierro de aquel país, vino á España en 1767, llamado por Carlos III, para conferirle la misión de reformar los procedimientos hasta entonces seguidos en la Fundición de Sevilla. Dedicó sus trabajos á la construcción de tres máquinas de barrenar horizontal, establecidas para ser movidas por el río Guadaira, y dejó un estudio detallado para la

elaboración de ladrillos refractarios, destinados á los hornos de fundir bronce. No hay seguridad de que modificase en alguna manera el procedimiento de fundir en sólido, que ya se había establecido por los fundidores franceses venidos en 1754. No se sabe, á punto fijo, el tiempo de su permanencia en Sevilla, que debió ser de seis años cuando menos.

Con motivo de haberse convenido entre los Ministerios de Indias y Guerra que la Fundición de Sevilla se encargase de fabricar cuantas piezas y municiones fueran necesarias para Ultramar, se construyeron nuevos hornos y una máquina de barrenar, con recursos facilitados por el Ministerio de Indias. Naturalmente que también hubieron de levantarse nuevos edificios. Las obras se extendieron de 1789 á 1794, quedando terminado el frente Sur de la fundición y la portada principal en el frente Norte, y en los dos años siguientes todas las edificaciones que constituyen el actual perímetro de la Fábrica. Hasta 1854 no sufrió reforma alguna de importancia; se conservaban las barrenas activadas por los motores de sangre, y las mismas máquinas que á fines del siglo XVIII.

Enviada una Comisión al extranjero, como resultado de sus visitas á los establecimientos más renombrados de Francia, Alemania, Austria, Bélgica é Inglaterra, y de los proyectos formados, en su consecuencia, se instalaron en los años siguientes dos máquinas de vapor, tres de barrenar, algunas especiales para la fabricación total de los cañones, y otras varias, bastantes en número, para los trabajos de carácter general. Fueron montadas estas máquinas en dos hermosos talleres edificadas en el patio grande de la fundición, y con capacidad tal, que no sólo bastaban á contener las máquinas adquiridas, sino que aun dejaban amplio espacio á futuras instalaciones. Así ocurrió que al implantarse el rayado de las piezas, no hubo necesidad de ampliar talleres, montando únicamente las máquinas necesarias para efectuar aquella operación. De esta suerte prosiguió la Fábrica construyendo las admirables piezas de bronce para el material de campaña, sitio y plaza,

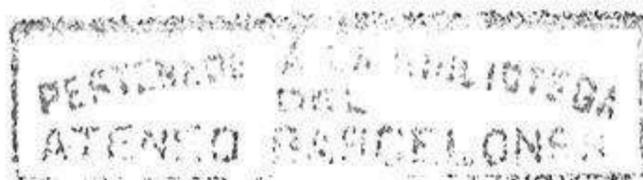
hasta que el empleo del metal comprimido trajo un cambio grande en la fabricación, sustituyendo los antiguos moldes de barro por los metálicos, en que se han fundido últimamente los cañones de bronce destinados á la compresión. Se debió esta idea al General Uchatius, del Ejército austriaco, y Director del Arsenal de Viena. Conociendo este artillero ilustre las mejoras que, en ciertas propiedades físicas de los metales, pueden derivarse de determinados tratamientos mecánicos, y sabiendo cuán poco apto para resistir las elevadas presiones de las modernas piezas era el bronce simplemente fundido, por efecto de su bajo límite elástico y de su también baja tenacidad, imaginó someter el ánima de las piezas fundidas á una compresión efectuada por una serie de mandriles introducidos en aquella á determinada presión.

Las deformaciones sufridas por efecto de estas compresiones eran permanentes, y determinaban en el metal una elevación de su límite elástico y de su tenacidad, con la consiguiente pérdida de la ductilidad. Por lo tanto, lo que se ganaba por un lado se perdía por otro; que en un determinado estado físico de un cuerpo no se puede exaltar una de las cualidades mecánicas que contribuyen á la capacidad de este cuerpo para efectuar un determinado trabajo, sin que la otra disminuya. Mas el bronce tenía, además, en contra suya, su bajo punto de fusión que le hacía inhábil para soportar las altas temperaturas de las pólvoras sin humo. Los trabajos sobre este metal para mejorar sus condiciones tenían un fin muy laudable. Casi todos los Estados poseían en cañones gran cantidad de bronce, con un valor intrínseco muy considerable, utilizándoles los Gobiernos mismos como primeras materias en nuevas fundiciones.

Con el acero no ocurre lo mismo; una vez inutilizado un cañón de este metal, su valor, como futura primera materia á utilizar en un horno Siemens, es bien escaso. La última reforma de la Fábrica de Artillería de Sevilla ha alcanzado grandes proporciones; con la base de efectuar en ella la construc-

ción mecánica de la artillería de campaña, en sus dos ramas de montaña y rodada, incluyendo sus montajes y proyectiles, y con materiales de acero recibidos de la Fábrica de Trubia, se construyeron de planta talleres para montajes, piezas de sitio, forja, embutición de chapas y herramientas, con más los pabellones, almacenes y dependencias que se han levantado en los terrenos de Monte-Rey, situados frente á la Fábrica. Como era natural en un Establecimiento que se modernizaba, se instalaban también el taller de herramientas y la central de energía, claves, hoy día, de todo centro industrial bien organizado. Con estos elementos, la Fábrica de Artillería de Sevilla tiene cuanto necesita para construir las clases de artillería que dejamos indicadas, salvo alguna que otra máquina, y por complicada que fuese la construcción.

*
* *



Las mismas causas que motivaron la fundación de la Fábrica de municiones en Trubia, convertida más tarde en fundición de cañones, dieron origen á la de fusiles, de Oviedo.

Establecidos los talleres de armas portátiles de fuego en Placencia de las Armas y villas limítrofes de Eibar, Elgóibar y Hermúa; invadida España por los dos extremos del Pirineo, durante la guerra que sostuvo con la República francesa, de 1793 á 1795, terminada por la paz de Basilea, llegaron los franceses hasta Bilbao, con lo que el Gobierno español se vió privado de todo recurso para la construcción de fusiles, y de este gravísimo contratiempo nació la idea de llevar las fábricas de armas á puntos del territorio nacional, lo más separados de las líneas naturales de invasión de nuestra Península. Y así se determinó, en 1794, trasladar la fabricación de fusiles á la provincia de Asturias que, por su situación geográfica y los recursos que ofrecía en primeras materias, tales como hierros, carbones y excelentes maderas, era el lugar más adecuado para la instalación. Y á Asturias fué la nueva

industria, con su característica organización gremial, transportándose desde Guipúzcoa al Principado los inteligentes operarios armeros. De esta suerte, siendo el sitio oficial de la nueva fábrica la ciudad de Oviedo, en ella residieron el Director y los oficiales encargados de la fabricación, y en el hermoso palacio del Duque del Parque, notabilísima joya arquitectónica del siglo xvii, debida á Reguera, se instalaron las oficinas, salas de reconocimiento, almacenes de primeras materias y de armas concluídas. No todos los gremios en que la industria armera estaba dividida se establecieron en Oviedo; sin duda que no habría por el momento capacidad para alojar, con carácter permanente, al numeroso personal obrero que emigraba, y quizá también porque Oviedo no ofrecía las comodidades que otras vecinas localidades para el establecimiento de máquinas de barrenar cañones, es lo cierto que los diversos gremios armeros se instalaron de la manera siguiente: en Trubia, Mieres y Grado, los de cañonistas, baqueteros y bayoneteros, y en Oviedo, los llaveros, aparejeros y cajeros.

Esta curiosa organización gremial, fundada en la división del trabajo, principio al que se acomodará una racional organización de las industrias, ha persistido durante mucho tiempo en la armera, en sus ramas de militar y civil, y aun persiste hoy, en cierto modo, en la misma provincia de Guipúzcoa, en las localidades antes indicadas, en cuantas se dedican á la construcción de armas de fuego. Y la extendida y facilísima y aun económica distribución de la energía eléctrica ha venido á favorecer esta organización del trabajo. Hasta hace pocos años se procuraba utilizar los molinos y saltos de aguas para el establecimiento de las barrenas de cañones; hoy la distribución de la energía eléctrica permite establecer dondequiera un pequeño motor y accionadas por él las máquinas que constituyen el taller familiar.

Dejando á un lado esta digresión, y continuando la ligerísima historia de la Fábrica de Armas de Oviedo, diremos

que algunos años después de la primera distribución de los gremios se creyó conveniente agruparlos, reconcentrando en Trubia cañonistas, bayoneteros y baqueteros, y en Oviedo los restantes. Aún recuerda el autor de este trabajo que todavía, y á pesar de haber sido trasladado á Oviedo, en 1855, se seguía llamando taller de fusiles al de reparación general de Trubia, en 1880. La Fábrica de Armas de Oviedo construyó, desde su fundación hasta el año 1849, el armamento llamado de chispa: fusil para la Infantería, carabina para la Caballería y cadetes, mosquetón para Artillería y pistolas para Caballería; el fusil de 19 mm. de calibre, y las restantes armas de 18 mm. El hierro empleado como primera materia en la fabricación de cañones, llaves y demás elementos del fusil, procedía de los mejores que se elaboraban en la fábrica de Orbaiceta, en la forja catalana, refinados por el método Wallon en un hogar bajo de afinería, y el lingote tratado en estos últimos era, naturalmente, el carbón vegetal y el aire frío. Las maderas eran del país, y se elegían los mejores nogales, con edades de setenta á cien años. Una vez derribados y serrados, habían de someterse á un secado de tres años de duración, en almacenes perfectamente ventilados. Cuando, por las necesidades de la guerra, la armería no podía surtirse de los hierros Orbaiceta, acudía á los suministrados por las herrerías ó forjas catalanas establecidas en Asturias ó en el Bierzo. En estas herrerías, instaladas al lado de un salto de agua que se utilizaba en activar la máquina soplante, que era una trompa, y á proximidad también de bosques y montes que suministraban carbón vegetal, trabajábase con mineral de Bilbao, la incomparable mena dulce agotada hace ya muchos años. Los constantes progresos del armamento; la precisión, cada vez mayor, requerida en la fabricación; la uniformidad de ésta, exigían el empleo de las máquinas útiles y en gran número, llegando al desiderátum de dejar sólo para el trabajo á mano, el ajuste final, reducido á lo menos posible. Teniendo estas aspiraciones, claro es que no se podía llegar á ellas con el trabajo del operario en casa. Ya se

requería el taller amplio, moderno, dotado de cuantas máquinas útiles fuesen precisas, de herramientas cuidadosamente hechas, de igualmente bien acabadas y ajustadas plantillas de reconocimiento, que fueran garantía de una fabricación lo más perfecta posible.

El Ayuntamiento de Oviedo que, como es natural, tenía un interés vivísimo en conservar en la ciudad la Fábrica de Armas, ofreció en 1855 al Gobierno el antiguo Convento de la Vega, en los arrabales de la ciudad. Aceptada por el Gobierno la oferta, se adquirieron cinco y media hectáreas de terrenos adyacentes, toda vez que entre el Convento y su huerta no bastaban á llenar las necesidades de la fabricación. Se instalaron en el Convento las oficinas, almacenes de hierros y otras primeras materias, excepto las maderas, el taller de máquinas de cajas, algo más tarde el de revólvers Lefauchaux, y, por último, en los pisos altos, los de ajuste y reconocimiento final. También se acomodaron en este edificio el museo de armas, la sala de dibujo, archivo de planos y algunas viviendas de empleados. Al exterior del Convento se hicieron notables obras. Viendo ya, desde luego, que la utilización de aquél había de tener sólo carácter accidental ó temporal, se levantaron un edificio destinado á oficinas y demás dependencias centrales, y los nuevos talleres de construcción y reparación general, de fraguas, el llamado de lima mecánica, donde había de concentrarse el trabajo mecánico de las piezas de armas, los almacenes y secaderos de maderas, el probadero de resistencia para cañones de fusil y la galería de tiro para comprobación de la situación de alzas y puntos de mira. Claro es que los talleres de reparación y lima mecánica fueron dotados de numerosas máquinas útiles, en gran mayoría americanas, que habían demostrado en esta clase de trabajos ser las más perfectas conocidas. Ya con esta maquinaria se construyen las carabinas rayadas, y por supuesto de pistón, modelo del 57, y el fusil del 59. Y pocos años más tarde, cuando la campaña de 1866, en la guerra entre Prusia y Austria demostró las ventajas del

arma de fuego portátil, á cargar por la recámara, los talleres de Oviedo se emplean en la transformación de los fusiles del 59 y carabinas del 57 en armas de retrocarga del sistema Berdan. Claro es que esta transformación no podía satisfacer las necesidades del Ejército en punto á armamento portátil; la reforma fué un compás de espera, mientras se elegía, por la Junta Superior Facultativa de Artillería, entre todos los sistemas de fusiles de retrocarga ensayados, el que mejor respondía á las condiciones de un arma de guerra de esta clase. Triunfó, al fin, en las pruebas, el Remington, y la Fábrica de Oviedo se preparó para la nueva construcción. Siempre que se trata de una fabricación nueva de esta naturaleza, se requiere un período no pequeño de preparación de las herramientas con que han de ser dotadas las máquinas, de construcción de plantillas para los operarios y de reconocimiento empleadas por los maestros, y una vez acabado este período comienza el verdadero experimental, en el que se corrigen y vencen cuantas dificultades se presentan al iniciar toda fabricación. Y así se practicó al empezar la del Remington, en el año 1870, que continuó por espacio de más de veinte años, con alternativas de períodos de gran fabricación, ó de regular y mediana, según los recursos del presupuesto y la existencia de fusiles en los almacenes de los Parques. A fines del pasado siglo sufrió la Fábrica una importantísima reforma, á fin de disponerla para la construcción de las nuevas armas de repetición y calibre reducido. El taller de lima mecánica fué aumentado en algunas naves, y en ellas se instalaron las nuevas máquinas adquiridas, de tipo americano, pero fabricadas por la casa Löewe, de Berlín; se construyó un nuevo taller de ajuste final y otro también nuevo para instalar en él las máquinas de cajas; se instaló una central eléctrica que, más tarde, fué substituída por energía contratada con una empresa particular. Ya desde 1896 comenzó á producir esta fábrica fusiles Mauser, tipo español, con perfección extraordinaria, que ha continuado hasta la fecha. Su capacidad de producción es de 30.000 fusiles al año, trabajando sólo las horas

del día. Recibe sus primeras materias metálicas, excepto el acero para muelles, de la fábrica de Trubia.

*
* *

Dos fábricas de pólvoras cuenta en la actualidad España: una dedicada á la elaboración de las negras y pardas, sita en Murcia, y la otra á las sin humo, en las inmediaciones de Granada. Nos ocuparemos en primer término de la de Murcia.

Poco tiempo antes de comenzar la guerra de la Independencia entregó la Hacienda al Cuerpo de Artillería la fábrica de pólvora que aquélla explotaba en Murcia y sus inmediaciones. Distribuíanse sus talleres de la siguiente manera: en la misma capital de aquel Reino estaban las oficinas principales, los pabellones, los almacenes y los talleres de refinación del salitre, y los de carbonización de madera. En las cercanías de la ciudad, en el lugar de la Nora, y aprovechando una escasa energía hidráulica derivada del río Segura, los talleres, propiamente dichos, de elaboración de las pólvoras. Poco era y representaba la fábrica de principios del siglo XIX, si se la compara con la actual: casi nulo había sido el progreso en la fabricación de la pólvora al comenzar el siglo XIX, y los métodos y máquinas que empleaba en su elaboración eran en extremo groseros y rudimentarios, y además, por lo que concierne á esta fábrica, quizá al ser entregada al Cuerpo de Artillería estuviera más descuidada de lo que á los intereses del Estado convenía. Poco más de hectárea y media sumaban los terrenos en que estaban situados los talleres de pólvora, cercados por una tapia que afectaba la forma de un cuadrilátero irregular.

El canal de toma de agua que poco antes de atravesar las tapias de la fábrica se dividía en dos ramales, conducía el agua del Segura á las toscas ruedas hidráulicas que activaban los aparatos de trituración, mezcla y empaste de las primeras materias. Eran éstos seis molinos, de los que, los de más reciente

construcción en aquella época, tenían una superficie de quince por diez metros, con suelo de ladrillo, circunstancia bien extraña si se tiene en cuenta los peligros de explosiones á que podía dar lugar. Las paredes de estos edificios que miraban al cauce tenían un pie de espesor, y las restantes de tabique, á fin de que suministraran salida á los gases cuando se produjesen explosiones. El techo lo formaban cañizos recubiertos. Los molinos más antiguos que los tan someramente descritos, se diferenciaban de éstos en ser de más reducidas dimensiones y menos sólidos también, siendo sus tabiques de cañizo en vez de ladrillo. Había un edificio llamado «pavón» que ocupaba el centro de la Fábrica, y que contenía el graneador situado frente á la puerta de entrada, y constituido por una pieza de diez y seis por ocho metros. A ambos lados de este edificio se situaban, al aire libre, los tendedores ó mesas, donde se secaba la pólvora, exponiéndola sencillamente á la acción de los rayos solares, en la misma forma que se ha venido efectuando por las plazas, los asoleos de las pólvoras negras. El único edificio importante de este antiguo establecimiento, era el almacén de pólvora, construcción abovedada, donde se empacaba y almacenaba la pólvora elaborada. Se fabricaba ésta, en los comienzos del siglo XIX, por el método de pilones, y aun en Murcia no se hallaba implantado este sistema con todos los perfeccionamientos que en algunos países extranjeros había recibido. La trituración é intimación de la mezcla ternaria, de azufre, salitre y carbón, que había de constituir la pólvora, se efectuaba en unos morteros de piedra caliza muy dura, y sobre los que obraban unos mazos ó pilones de madera. El movimiento vertical alternativo de que habían de estar dotados estos mazos, para golpear la materia contenida en los morteros, era comunicado por un árbol horizontal, dotado de aletas en su periferia, y cuyas aletas obraban sobre la que tenía el mazo vertical de madera. De esta suerte, cuando la del eje horizontal se ponía en contacto con la de la maza, elevaba ésta hasta una altura que dependía de la longitud de las aletas de l

árbol y mazo, cayendo éste sobre el mortero. El número de golpes, en un tiempo determinado, dependía, naturalmente, de la velocidad de que estaba animado el eje horizontal que, á su vez, era influida por la de la rueda hidráulica. Tanto esta operación como las subsiguientes de graneo, cernidos, pavón y secados se hacían de manera muy imperfecta en relación con las exigencias actuales. Ni el reconocimiento de las primeras materias, ni los en el curso de la fabricación, eran nada escrupulosos y aun las últimas pruebas de recepción merecían la confianza debida. En realidad, la elaboración de la pólvora había hecho bien poquísimos progresos desde su aparición. Se había tenido, sí, un primer atisbo de la importancia del tamaño del grano, asignando las pólvoras de grano grueso al servicio de los cañones, dejando los intermedios para las de fusil y las de grano más fino para las de caza. Semejante estado de cosas debe extrañar: nada se ha podido hacer en el estudio de las pólvoras con base racional, mientras las ciencias químicas no lo han permitido, mientras la termodinámica no ha venido con su ayuda poderosa á darnos una idea justa de la potencia de estas pólvoras, mientras los progresos mecánicos no han permitido medir las presiones efectivas, desarrolladas en el ánima de las piezas, y compararlas con las teóricas deducidas de los cálculos. Y así, á partir del segundo tercio del siglo XIX, los trabajos de hombres como Piobert, Dión, Bunsen y Kirsehoff, Rodman y Noble, Vicille, Sarrau y nuestro Mata, se dirigieron á investigar experimental y teóricamente los fenómenos de la combustión de la pólvora en vasos cerrados y en el ánima de los cañones, y originaron todos los admirables progresos realizados en la fabricación, empleo de las pólvoras negras y creación de las pardas durante el pasado siglo. Y si bien, apenas se ha tocado á la composición de la mezcla, por lo que respecta á la preparación de las primeras materias, por el reconocimiento de la influencia de la densidad y tamaño del grano en las presiones desarrolladas, según las piezas en que las pólvoras se empleasen, los trabajos ejecutados acusan un progreso grandí-

simo. Y merced á estos progresos, que fueron causa de otros paralelos en la elaboración de las pólvoras negras, la Fábrica de Murcia es muy distinta de lo que era en los principios del siglo XIX.

El espacio que hoy ocupan sus talleres, los dedicados exclusivamente á la fabricación, es seis veces mayor; los edificios que albergaban los pilones y el graneo, y los cernidos y el pavón y los secaderos han desaparecido, y en su reemplazo, y separados con la distancia que reclama el que no se propaguen las explosiones que pudieran ocurrir en un taller, y rodeados también, con este intento, de altos y fuertes espaldones, se han levantado los nuevos edificios, donde se contiene la moderna maquinaria, donde se verifican las diversas operaciones de la fabricación total, incluyendo la preparación de las primeras materias, que se pueden enumerar como sigue: carbonización de la madera, bien de sauce ó agraniza, según las pólvoras sean negras ó pardas; la sublimación del azufre; las mezclas binarias; las ternarias después; la intimación de éstas en las muelas Grusson; el graneo en el graneador Taylor; el empaste en las prensas Morane; la trituración de los núcleos; el moldeo en prismas en la prensa Taylor; el moldeo de los prismas en la prensa Taylor de 300 toneladas, y el secado y homogeneización. Y á aquel primitivo sistema de probar la pólvora elaborada, con los morteretes de bronce, han sustituido los ensayos en un cañón reglamentario, en el que las pólvoras, colocadas en determinadas condiciones de densidad de carga, den velocidades iniciales y presiones también determinadas, con pequeñas tolerancias. Y tanto estas presiones, como las velocidades iniciales, se miden con los aparatos más perfectos y modernos: los Crusher, inventados por el Capitán Noble para la medida de las presiones, y los cronógrafos Le Boulangé, Le Boulangé-Breger y Schmit, para la de velocidades. Y no contando la Fábrica, en la actualidad, con más elemento de fuerza motriz que el primitivo salto de agua de 150 caballos, se utiliza, ahora, de manera muy distinta que hace un siglo,

habiendo reemplazado á las antiguas ruedas hidráulicas, turbinas modernas de aspiración y reacción centrípeta que transfieren su energía á dos alternadores trifásicos, con excitatriz acoplada al eje, y de los cuales se transmite á los electro-motores de los diversos talleres.

De las máquinas operadoras montadas en los talleres de pólvora figuran cinco molinos de muelas suspendidas, de la casa Taylor; dos prensas hidráulicas, sistema Morane; dos granadores mecánicos, sistema Congrève, de la casa Taylor; una prensa de moldeo para las pólvoras de siete canales, sistema Bianchi; dos prensas de la casa Taylor And Challen, de Birmingham, para los prismáticos de una canal; dos molinos para la trituración del carbón y otras varias de menos importancia, como rompedores, clasificadores, cilindros, cernedores, pavoneadores y las de las mezclas binarias y ternarias. La Fábrica de Murcia tiene capacidad suficiente para elaborar todas las clases de pólvoras negras y pardas que requieran las piezas de plaza, sitio y costa que forman nuestro actual armamento, y en los últimos años ha vencido con singular acierto las dificultades que hasta entonces había encontrado en la elaboración de ciertos tipos de pólvora parda, librando así al Estado de la necesidad de dirigirse á las fábricas extranjeras ó á alguna nacional, como la de Santa Bárbara de Lugones. Emplea esta Fábrica en sus labores primeras materias españolas, con excepción del salitre, que, por subasta pública, adquiere y recibe de la América del Sur.

*
* *

La Fábrica de Pólvora de Granada, dedicada hoy exclusivamente á la elaboración de la sin humo y de los modernos explosivos, estuvo consagrada, hasta poco más de comenzar el último cuarto del pasado siglo, á la producción de las negras. Basándose en conjeturas y en ciertos documentos, se ha querido suponer que esta Fábrica de Pólvora había trabajado para los reyes moros granadinos, durante los siglos XIV

y xv. Pero la verdad es que, despojándose de todo apasionamiento, faltan los que dejen establecida plenamente aquella aserción. La Fábrica de Pólvora negra de Granada, á cargo, primero, de la Real Hacienda, del Cuerpo de Artillería más tarde, adquirió, desde que éste se hizo cargo de ella, y según lo permitían los recursos del presupuesto de guerra, todo aquel desarrollo de que era susceptible esta fabricación, y resulta que los productos del Establecimiento, por su calidad y su número, gozaban de excelente disposición.

Siempre hubo de parecer, en el Ministerio de la Guerra, la situación de esta Fábrica como poco conveniente, y hasta tal punto arraigó tal creencia, que, siendo Director general de Artillería el General Cassola, se ordenó la suspensión de todo trabajo en Granada y el establecimiento de una nueva Fábrica de Pólvora en la Vega de Toledo, á orillas del Tajo. La orden del cese y arriendo de la fábrica á la industria privada es de 7 de Agosto de 1886; pero, transcurridos poco más de dos años, por orden de 20 de Octubre de 1888, se ordenaba, por dificultades surgidas en la organización de la de Toledo, que se reinstalase la de Granada. Era aquella la época en que acababan de hacer su aparición las modernas pólvoras sin humo, debidas, principalmente, á trabajos de ingenieros de pólvoras franceses é ilustres químicos alemanes. España no quiso permanecer indiferente ante este nuevo progreso, y el Ministerio de la Guerra comisionó, algún tiempo después de la reinstalación de la fábrica, á un Capitán de ésta para que estudiase en el extranjero la substitución de las pólvoras negras y pardas por las sin humo. Este Oficial adquirió en Inglaterra datos acerca de la elaboración de la cordita, y sus trabajos fueron la base también para que la Junta Facultativa de la Fábrica redactase un proyecto de transformación del Establecimiento, proyecto que fué elevado al Ministerio de la Guerra en Mayo de 1894. Por varias causas se retrasó la implantación de la nueva industria ordenada en 10 de Enero de 1896. En 14 de Junio de 1897 se inauguraron los talleres de pólvora sin humo,

dedicados á la elaboración de la de fusil primeramente montada, á la que siguió la tubular de cañón, instalándose paralelamente un taller de fulmicotón capaz de producir de 70 á 80 kilogramos diarios. Desde aquella fecha el progreso no se ha interrumpido un solo momento, desarrollando y ampliando talleres, instalando nuevas máquinas y montando cuanto ha sido preciso para la fabricación de las pólvoras sin humo, aplicables á todos los calibres, desde el cañón de montaña de 7 cm., hasta el de costa de 24 cm., y además la de todos los modernos explosivos empleados en la guerra.

Como una muestra de la constante atención, de la no interrumpida actividad que se han consagrado á asunto tan importante, diremos que, apenas funcionando la modesta instalación de pólvora sin humo, se echó de ver que no bastaba á llenar las necesidades de España, y en Setiembre de 1899 se dispuso por el Ministerio de la Guerra que una Comisión de Oficiales de la Fábrica visitase, con todo detenimiento, las fábricas de pólvora sin humo de Europa, y que, como consecuencia de esta visita, propusiera cuantas reformas y ampliaciones estimase oportunas para lograr el adelanto y mejora de la de Granada. Ocho meses viajó la Comisión por Europa, visitando las fábricas de pólvora de Inglaterra, Bélgica, Alemania, Italia, Austria y Suíza, y no solamente las fábricas de pólvora, sino también las de máquinas y aparatos de todo género que intervienen en la elaboración de las pólvoras sin humo. Y como consecuencia de esta visita, por el Jefe de aquella Comisión se redactaron los proyectos de reforma y ampliación del taller de fulmicotón, el de ampliación de motores, el de instalación de un taller de explosivos y reforma de los de pólvoras, con cuyos proyectos, no sólo se aumentaba la capacidad de producción en pólvora de la Fábrica, sino que se montaba la elaboración de las cargas moldeadas para proyectiles y petardos.

Al mismo tiempo que estos proyectos, una vez aprobados por la Superioridad, se ponían en ejecución, se aten-

día preferentemente á mejorar la fabricación de estas pólvoras, atendiendo, sobre todo, á asegurar su estabilidad bajo ciertas condiciones de temperatura; y en este interesantísimo particular se han logrado tan excelentes resultados, que puede asegurárseles una vida de gran número de años, que podía convertirse en indefinida si se garantizara que la temperatura no excedía nunca de 15°. Claro es que esta vida se acorta á medida que la temperatura á que están sometidas crece, hasta llegar á la de combustión espontánea. Y se continuaba también con la elaboración de la pólvora tubular para los cañones de 7,5 cm. y con la número V de este tipo para los cañones de tiro rápido de 15 cm., iniciándose al mismo tiempo la fabricación del número VI, destinada á los cañones de costa, especialmente al del calibre de 24 cm., proyecto del General Ordóñez. En 1903 se terminó la obra de reforma, y se inauguran los nuevos talleres, y, desde esta fecha, ya no es sólo el fulmicotón, sino también los petardos de picrinita y las cargas explosivas para los proyectiles, las que se producen en las nuevas instalaciones.

Como quiera que los progresos en todos los órdenes del material de guerra son tan incesantes, pronto se hizo manifiesta la necesidad de una nueva ampliación de la Fábrica, adquiriendo los terrenos que le eran indispensables para probadero de pólvoras y talleres de nuevos explosivos, cuyos proyectos fueron redactados después que una Comisión de la Fábrica visitó de nuevo las de Alemania. Los productos elaborados en la actualidad por la de Granada pueden dividirse en cinco agrupaciones, que abarcan seguramente todas las necesidades actuales de España, á saber: I. Pólvoras laminares.—II. Pólvoras tubulares.—III. Pólvora en cintas.—IV. Fulmicotón.—V. Explosivos. En el primer grupo se comprende la pólvora de fusil, fabricación la más antigua de Granada y empezada en 1897 la de la primera serie y en 1900 la de la segunda, en que se consiguió la gran estabilidad de que antes se ha hecho mérito. En estas pólvoras de fusil se inclu-

ye también la nueva para los cartuchos de bala puntiaguda.

Con la modificación de la ojiva de las antiguas balas de fusil y el empleo de una pólvora más lenta se ha conseguido aumentar en gran manera la potencia ofensiva de los fusiles, imprimiendo á los proyectiles de éstos mucha mayor velocidad que la obtenida con las antiguas balas y pólvoras. Claro es que este aumento de la velocidad, por lo que respecta á la influencia de la pólvora, podía haberse conseguido, ó con un aumento de carga de la reglamentaria, ó con el empleo de una de combustión más lenta y en mayor cantidad que la usada en el cartucho reglamentario. El primer método tendría el inconveniente gravísimo de aumentar extraordinariamente la presión máxima, haciendo trabajar al metal fuera de sus condiciones naturales; el segundo sistema, sin aumentar la presión máxima (quizá disminuyéndola), la lleva á sitio algo más adelantado del ánima, y mantiene, por tanto, durante el resto del curso del proyectil en aquélla, presiones mayores que con la antigua pólvora, y, de consiguiente, la velocidad inicial del nuevo proyectil será mayor que la del antiguo. La elaboración de esa nueva pólvora densa dió motivo á no pequeñas dificultades, que han sido victoriosamente vencidas por la Fábrica. A este grupo pertenecen también las pólvoras de salvas para fusil y carabina Mauser, la pólvora para cebos, la destinada á las pistolas Bergmann, la de salvas para cañón y la de caza. En todas ellas no han sido escasas las dificultades que hubo de vencer el taller de pólvoras de fusil para obtener la fabricación corriente.

Pólvoras tubulares.—Puede decirse que este tipo, de forma tubular, fué ideado por la Comisión de Experiencias de Artillería, y de él se elaboraban, en el año 1908, seis clases, numeradas por el siguiente orden: 1.^a, para cañón de 7,5 cm. montaña; 2.^a, para cañón de campaña Sotomayor; 3.^a, para cañón de 7,5 cm. de tiro rápido campaña; 4.^a, para obús acero de 24 cm. Ordóñez; 5.^a, para cañón acero de 15 cm. Argüelles Munáiz; y 6.^a, para cañón acero de 24 cm. Ordóñez. A éstas

hay que agregar la del nuevo cañón de montaña, sistema Schneider, de 7,5 cm. Al hablar de este grupo, no se puede dejar de mencionar la pólvora sin llama para los cañones de campaña, cuya elaboración ha requerido detenidos estudios.

Pólvoras en cintas.—Este tipo es empleado para la Marina de guerra española, que se ha surtido de ella en la Fábrica de Santa Bárbara, sita en Lugones, provincia de Asturias. Puestos de acuerdo los comisionados de la Marina con la Fábrica de Granada, se elaboraron algunos lotes para someterlos á la prueba de fuego en las piezas empleadas por la Marina.

Fulmicotón.—El fulmicotón ó algodón pólvora es bien sabido que es, á la vez, un explosivo y materia primera para la elaboración de las pólvoras sin humo, lo mismo las que son exclusivamente de nitrocelulosa pura que las compuestas de nitrocelulosa y nitroglicerina en cantidades variables. El taller de fulmicotón produce fulmicotones con el grado de nitración que se desee; pero hasta la fecha se ha limitado á conseguir dos tipos principales de fulmicotón, uno menos nitrado y otro con más cantidad de nitrógeno, habiéndose logrado una gran homogeneización de los productos, ensanchado el año 1905, y uno, sin duda, de los mayores de Granada.

Explosivos.—En este concepto elabora la Fábrica los tipos que vamos á exponer: 1.º, petardos sonoros, para señales marítimas en tiempo de niebla; 2.º, petardos para las tropas de Caballería; 3.º, petardos para Ingenieros militares; 4.º, petardos para la Marina; 5.º, petardos para los servicios de Artillería; 6.º, cargas explosivas para proyectiles rompedores; 7.º, multiplicadores, cebos y mechas; 8.º, primeras materias empleadas en los petardos y cargas. Para la fabricación de estos explosivos, llamada, naturalmente, á tomar desarrollo cada día más creciente, se ha hecho preciso construir nuevos talleres, que han de elaborar las cargas de trilita para los proyectiles rompedores, de todos los calibres, desde el de 7 cm., para montaña hasta los de 24 y 30 cm. de la artillería de costa. Y en estos últimos calibres han de preponderar, quizá, los pro-

yectiles cargados con fuertes explosivos sobre los perforantes, que la experiencia de las últimas campañas marítimas ha demostrado la posibilidad de dejar fuera de combate los barcos sin necesidad de perforar sus corazas.

Como se ve por cuanto dejamos expuesto, cuenta España con una Fábrica de Pólvora de guerra sin humo y de fuertes explosivos, capaz de subvenir á todas las necesidades, pues en cuanto á pólvoras se refiere, su capacidad de producción es de una tonelada diaria. Y esta Fábrica es realmente la que cuenta, entre todas las dedicadas en España á la producción de material de guerra, con elementos más modernos. En realidad, es una Fábrica que tiene quince ó diez y seis años de existencia, y debe añadirse que por el Ministerio de la Guerra no se han escatimado los recursos que se han requerido para adquisición de terrenos, construcción de talleres, instalación de máquinas y uso de las patentes extranjeras; conducta del Ministerio más que justificada, por los muy excelentes productos logrados en fabricaciones tan delicadas. No se registra, en efecto, accidente ninguno desagradable con las pólvoras de Granada, lo cual demuestra el esmero y extraordinario cuidado puestos en su fabricación.

Bien sabido es de cuantos tienen algunas noticias de las pólvoras sin humo, exclusivamente de nitrocelulosa, que se las ha tachado de poca estabilidad, y de la creencia, todavía persistente entre muchos, de ser más peligrosas que las antiguas negras en su fabricación y conservación. Sobre esto del peligro en la fabricación, podemos citar un hecho bien reciente. Reclamaba, hace muy pocas semanas, en la Cámara de los Comunes, el diputado por Woolwich, que se aumentase el jornal de los obreros de la Fábrica de Waltham Abbey, dedicada á la elaboración de pólvora, fundándose en el peligro á que estaban expuestos aquellos operarios. Al contestarle el Ministro de Marina, dijo al diputado, que en Waltham Abbey la fabricación no era nada peligrosa, toda vez que el número de accidentes del trabajo no excedía de 5 por 100, mientras que la

gran industria metalúrgica y en la construcción de barcos, aquella cifra pasaba de 7 por 100. Es ciertamente positivo que los dos enemigos de la pólvora sin humo son la humedad y la excesiva temperatura, y que tanto más estable y mejor se conservará una pólvora, cuanto más baja sea la del depósito ó almacén en que se tenga, y las pólvoras de Granada, como ya se ha dicho, se conservan estables indefinidamente á una temperatura de quince grados centígrados. Requieren, sí, estas pólvoras reconocimientos periódicos y frecuentes para asegurarse de su estado. Se han imaginado pruebas á temperaturas elevadas, como la prueba alemana á 135 grados, y otras. Una recientemente adoptada que ofrece más seguras indicaciones de la estabilidad de las pólvoras sin humo, consiste en exponer la pólvora en unas botellas perfectamente cerradas, á una temperatura de 65,5 grados centígrados, hasta que aparezcan los humos rojos. El espacio de tiempo entre el principio de la prueba y la aparición de estos humos, da idea completa de la estabilidad de la pólvora. De que la nitrocelulosa no sea permanentemente estable, se ha derivado la necesidad de emplear un estabilizador. En los Estados Unidos se emplea diphenymina, que se usó por muchos años en Alemania y se ha adoptado hace poco en Francia, donde se había empleado el alcohol amílico. La Fábrica de Granada, siguiendo el criterio de protección á la industria nacional, siempre favorecida por el Ministerio de la Guerra, se provee de muchas de sus primeras materias en España, por más que, atemperándose á esta conducta, recarga los precios de sus pólvoras.

*
* *

De muy antiguo han gozado de extraordinario renombre las armas blancas fabricadas en Toledo, y la leyenda ha llegado hasta el punto de atribuir virtudes especiales para el temple del acero á las aguas del Tajo. No, las aguas de este famoso río no poseen virtud ninguna especial, y el temple que

dan á las espadas es el mismo que daría otra agua cualquiera, colocada en las mismas condiciones de temperatura y de cantidad. Pero lo que sí no cabe dudar es la habilidad lograda por los espaderos toledanos, desde los últimos tiempos de la Edad Media, en la forja y temple de las espadas. Así no es extraño que, deseando Carlos III fundar una fábrica que elaborase las armas blancas para el Ejército, fijase su atención en Toledo, como el punto más indicado para aquel objeto, toda vez que en la Ciudad Imperial había de encontrar una excelente base para la recluta de operarios. No satisfecho con la primera tentativa, encargó al Arquitecto mayor de la Casa Real, D. Francisco Sabatini, que escogiera emplazamiento y construyese una Fábrica de nueva planta. El edificio fué terminado en 1780, y en aquel mismo año se entregó al Cuerpo de Artillería. Aprovechando la energía que ofrecía el río, se establecieron dos ruedas hidráulicas de paletas planas, actúadas por la parte interior, y de cuatro caballos cada una. Estas ruedas movían la maquinaria escasa instalada en los talleres de forja de armas blancas, amolado y acicalado, y el de ajuste y montura. Con tan escasos elementos, claro es que la producción no era grande y estaba reducida á unas 3.000 armas blancas al año. Durante la primera guerra civil se echó de ver la necesidad de dar más desarrollo á esta Fábrica, acordándose la construcción de nuevos talleres y dependencias, y la sustitución de las antiguas máquinas, en su mayoría de madera, por otras de hierro. Ya en el año de 1870, tiempo en el que se estaba transformando el armamento rayado de la Infantería, en armas á cargar por la culata, y en que se preparaba también la fabricación de un arma nueva de este sistema, se montaron en Toledo talleres para construir la cartuchería Remington, primero con capacidad para producir únicamente 20.000 diarios, y más tarde se instalaron nuevos juegos de máquinas, en número tal que se pudiese cuadruplicar la elaboración.

Natural era que, al adoptarse más adelante el fusil repeti-

dor, de calibre reducido, continuase Toledo la elaboración de cartuchos para esta nueva arma, y así sucedió, en efecto, que después de un viaje de Oficiales á Alemania se adquirieron las máquinas necesarias, se erigieron los talleres que fueron precisos y comenzó la producción de este nuevo cartucho que continúa. Recientemente se ha montado en Toledo la fabricación de hojas de armas blancas por laminación, habiéndose comprado la maquinaria precisa, y abandonando los antiguos métodos de fabricar las hojas con un compuesto de hierro y acero, para utilizar debidamente las cualidades mecánicas de ambos por la de un solo metal de condiciones determinadas, que, según nuestra opinión, ha de ofrecer mejores resultados que el compuesto de los dos antes usados. Posee esta Fábrica abundante fuerza motriz que deriva del río Tajo en cantidad de 600 caballos, más que suficiente para atender á sus necesidades actuales. En cuanto á las primeras materias destinadas á la producción de cartuchos, se adquieren por Toledo, en virtud de subasta pública, estando aún pendiente el pleito de si deben admitirse exclusivamente las procedentes de la industria nacional. Recientemente se ha llevado el asunto á las Cortes, por los diputados de la provincia donde se halla situada la fábrica de latones que ha surtido de este metal á las fábricas oficiales, Toledo y Sevilla. Realmente, no es el Parlamento el lugar más adecuado para una discusión técnica; es difícil que los representantes de las partes contendientes, á no ser en circunstancias especiales, posean los conocimientos necesarios para abordar cuestiones de esta naturaleza.

Lo que es necesario, para acabar de una vez con ellas, es llegar á una inteligencia cordial entre las fábricas privadas y las del Estado, y que los Oficiales en ellas destinados ayuden con sus luces á los productores, á fin de llegar á obtener el más perfecto metal para la elaboración del cartucho. Los productores, por otra parte, deben convencerse de que las fábricas oficiales no pueden ceder en nada que sea rebajar el pliego de recepción, porque su deber primordial es elaborar los mejores

cartuchos posibles. Mas es de creer que, con una sostenida y cordial cooperación de las fábricas del Estado y productores nacionales, se llegarán á eliminar los productos extranjeros. Después de todo, la fabricación de un buen latón para cartuchos metálicos de fusil, no es problema de resolución difícilísima. La Fábrica de Toledo elabora, con la notoriedad que tiene bien conquistada, armas para particulares, instrumentos de cirugía que han adquirido gran reputación, y cuchillería. Su capacidad de producción, por lo que respecta á armas blancas, cubre y con exceso las necesidades del Estado, y en punto á cartuchería de fusil, le sucede otro tanto, si se suma su producción á la de la Pirotecnia de Sevilla, de la que vamos á ocuparnos.

*
* *

La Pirotecnia Militar de Sevilla, establecimiento dedicado á la fabricación de cartuchería para fusil y á toda clase de artificios de guerra, es la más moderna de nuestras fábricas militares. Fundada en Sevilla, en 1827, como Escuela de Artificieros, y en la que los artilleros, cabos y sargentos pudieran dedicarse á elaborar los sencillísimos artificios de aquel tiempo. Más adelante, en 1847, se establecen los talleres para fabricar las cápsulas y chimeneas que exigía el cambio de fabricación de los antiguos fusiles de chispa por los nuevos de pistón. A esta nueva industria se unió un poco después la de afinar el cobre y laminar la chapa para las cápsulas de guerra y las de caza, requiriendo semejante instalación el motor, las máquinas operadoras y auxiliares necesarias. Ya desde 1861 se fabricaban también en el Establecimiento los primeros estopines metálicos á fricción y cartuchos para revólver, sistema Lefauchaux, y los cohetes para señales y de guerra, lo que, como es natural, exigía la adición de nuevos locales y máquinas, á las ya existentes. Y cuando la aparición de las armas á cargar por la recámara, con empleo de cartucho metálico, hizo necesario proveer á esta necesidad, en Sevilla fué donde se

estableció, en primer término, semejante fabricación, primero con los cartuchos sistema Boxer, y poco tiempo después con los Berdan, sistema de armas á cargar por la recámara, al que se habían transformado los fusiles y carabinas rayados, cuyo invento era americano y sistema que también había sido adoptado por Rusia. A esta fabricación sucedió inmediatamente la del cartucho Remington, que exigió, asimismo, nuevos talleres para la carga y empaque de los elementos y cartuchos. Y á partir de 1875 comienzan á fabricarse las primeras espoletas mecánicas de tiempos, en un principio como ensayo, hasta que luego de varias reformas y transformaciones, se llegó al modelo de 1880, que exigió la adquisición de un nuevo motor y varias máquinas. Ya por esta época, los artificios destinados á la comunicación del fuego, á la carga de propulsión y los que tenían por objeto hacer explotar los proyectiles en el oportuno momento, habían adquirido extraordinaria importancia, y su fabricación requería cuidado sumo. Se construían, de la última clase, las espoletas de 5'', 10'', 13'' y 25'', á simple efecto; los modelos 65-80, 82-90 y para grandes calibres de percusión: en estopines, los modelos de 1857 y 85 á fricción y los de 81 y 96 eléctricos. Y sucedió en Sevilla lo que en Toledo: que al implantarse la fabricación del fusil Mauser, hubo que adquirir maquinaria para la elaboración de los cartuchos metálicos, con el aumento de edificios y nuevos hornos de recocido y probaderos y laboratorios que aquella moderna fabricación requiere. Y desde luego todos los aumentos exigieron, indispensablemente, el de la fuerza motriz, no sólo para activar las máquinas adquiridas, sino para proveer al alumbrado de talleres, de forma que permitiera el trabajo nocturno.

Como especialidades de esta Fábrica que deban mencionarse, figuran la obtención de fulminato de mercurio y la composición y graneo de la pólvora fulminante. Estos productos, elaborados desde que empezó la construcción de cápsulas y chimeneas para los fusiles y carabinas rayadas, no se elaboran en ningún otro punto de España. En esta fabricación especial, las

variaciones introducidas han tendido todas á evitar lo que tenía de nocivo, consiguiéndolo con una bien entendida disposición de los locales, á fin de que en ellos se renueve de manera constante el aire, y variando el sistema en un principio seguido, para el aprovechamiento de los ácidos etéreos que produce la condensación. Siendo la cartuchería Mauser el renglón más importante de la fabricación de la Pirotecnia de Sevilla, lucha con las mismas dificultades que la Fábrica de Toledo para el aprovisionamiento de latones, y de consiguiente, cuanto dejamos dicho para aquélla es aplicable á ésta. Tiene la Pirotecnia elementos de todas clases para satisfacer las demandas de artificios que requiere la Artillería, y en punto á cartuchería de fusil, los necesarios, también para, en unión con Toledo, dar abasto á nuestras necesidades. Lo que sí hace falta es que, continuando la marcha que se había iniciado años atrás, se continúe fabricando cartuchería en el número que piden la existencia de nuestros armamentos de fuego portátil y la defensa nacional. Hora es ya de que se consagre la debida atención á la fabricación de municiones, tanto de fusil como de cañones de campaña, suprimiendo tanto aumento de personal inútil que recarga el presupuesto de guerra, con evidentísimo perjuicio del material y de otras atenciones no menos sagradas.

* * *

La Maestranza de Artillería, en Sevilla situada, tiene como misión construir atalajes, bastes, carruajes, juegos de armas, cajas de municiones, y otras obras que son necesarias para el servicio de las tropas. Antiguo origen es el de esta Fábrica. Uno de sus actuales edificios formaba parte de las Atarazanas ó Arsenal de construcción de galeras, mandado levantar por el Rey Don Alfonso X en 1252. Si ahora, mediante las obras modernas realizadas, es Sevilla un puerto interior de excelentes condiciones, claro está que las reunía inmejorables en el siglo XIII y subsiguientes, en los que el calado y tonelaje

de los barcos mercantes y de guerra los permitía moverse y hacer toda clase de maniobras en el Guadalquivir con gran facilidad. En el siglo xvi fueron utilizadas las Atarazanas por el Rey Felipe II, durante la conquista de Portugal en 1587, y hasta el año 1763 tuvo La Maestranza escaso desarrollo. Existían entonces otras en Málaga y en Cádiz hasta el año 1783, en el que fueron aquéllas suprimidas, siendo destinados á Sevilla los obreros que en aquellas dos trabajaban, y quedando esta única para el Departamento de Andalucía, la Extremadura, en una palabra, para casi toda la región Sur de España. Claro es que, á medida que iba consolidándose su nuevo destino de Maestranza, dedicada á la construcción de montajes de madera, reforzados con fuertes herrajes, que eran los entonces usados para las piezas de Artillería, lo mismo marítimas que terrestres, fué preciso introducir reformas en el Establecimiento, edificando nuevos talleres, y acomodando los antiguos á lo que pedían las construcciones del tiempo.

Ya al comenzar el siglo pasado aparece verdaderamente constituída la Maestranza con su Compañía de Obreros, siendo una de las cuatro que en España quedaron, como consecuencia de la organización dada á las tropas y Establecimientos de Artillería por la Ordenanza de 1802. Desde esta fecha sufrió las consiguientes variaciones, determinadas por la adquisición de máquinas, ya que al comenzar el siglo xix, todos los trabajos de la construcción de carruajes se efectuaban á mano. La Maestranza no se limitó sólo á la construcción de carruajes de madera; á fines del pasado siglo emprendió la fabricación de algunos montajes de hierro para piezas de sitio y plaza, con material que le suministraba la Fábrica de Trubia. En el pensamiento que informó la reforma general de los Establecimientos fabriles militares, de 1905, se determinó que la Fábrica de Artillería de Sevilla se dedicase á la construcción, en su parte mecánica, de los materiales de montaña, campaña, plaza y sitio, quedando, pues, privada la Maestranza de la fabricación de toda clase de cureñas. En cambio, se

la concedieron los créditos necesarios para adquisición de máquinas destinadas á los talleres de talabartería y atalajes, en los que, hasta aquella fecha, los trabajos se efectuaban, casi en su totalidad, á mano, con perjuicio de la absoluta uniformidad y de la baratura. Había también de completarse de máquina el taller de carretería, muy especialmente, en cuanto se refiriera á la construcción de ruedas, siempre de interés tan capital. En esta rama de la fabricación, el adelanto más importante introducido ha sido el de enllantar en frío. Con las reformas en los talleres, con una excelente distribución de la energía, con un buen taller de preparación de herramientas, y la adquisición de numerosas y modernas máquinas útiles para los trabajos de cuero y madera, la Maestranza de Sevilla está en disposición de responder á las necesidades del Ejército, en cuanto afecta á la construcción de atalajes, monturas, carruajes de transporte, bastes y otras obras de análogo carácter. Usa casi todas sus primeras materias de producción nacional, y también hace suma falta que se la concedan mayores créditos en el porvenir, pues se ha de sentir, y muchísimo, la falta de atalajes y monturas, encontrándose vacíos los almacenes de los Parques, y no falta Regimiento de Artillería en el que la vida de su atalaje está más que cumplida.

*
* *

Aunque el Laboratorio y Centro Electro-técnico en Madrid situado, no figura entre los Establecimientos militares dedicados á la construcción del material de guerra, creemos que debe hacerse mención de él en este artículo. El fin principal que ha de llenar este Laboratorio Central y taller de precisión, se encuentra perfectamente definido en la Real orden de 29 de Febrero de 1898, por la que se crea, y la de 26 de Enero de 1900. Por la primera, se asignaba al taller la misión de construir, conservar y usar los patrones-tipos necesarios que habían de unificar las medidas utilizadas por los Establecimientos del

Cuerpo, así como la fabricación y contraste de los aparatos y plantillaje que emplearan en lo sucesivo. Por la segunda, se le asigna la construcción y reparación de los más delicados aparatos de precisión, incluso los eléctricos, las pruebas mecánicas y los análisis químicos de las primeras materias empleadas por los Centros fabriles del Cuerpo. Claro es que esta última disposición no se cumple en toda su integridad, toda vez que la mayor parte de las fábricas cuentan con laboratorios y máquinas de ensayo capaces de efectuar las pruebas de recepción de las primeras materias con que han de trabajar, y parece natural además que así sea, toda vez que siendo las fábricas responsables de la buena calidad de los productos que elaboran, á ellas debe corresponder también la responsabilidad de aceptar ó desechar las primeras materias aportadas por los contratistas. El Laboratorio está organizado en dos grupos y seis secciones, á saber: Primer grupo.—Primera sección: Central eléctrica y taller de reparaciones y Gabinete de toda clase de medidas eléctricas.—Segunda: Laboratorio químico.—Tercera: Gabinete de fototecnia.—Segundo grupo.—Primera sección: Gabinete de metrología y taller de graduaciones.—Segunda: Taller mecánico.—Tercera: Laboratorio de pruebas mecánicas. Todos los laboratorios y secciones están dotados de los aparatos y máquinas más perfectas conocidas, y en todas las secciones se han llevado á efecto trabajos notables, acudiendo ya á él muchas personas y entidades del elemento civil en demanda de análisis químicos, pruebas mecánicas de metales, contraste de aparatos eléctricos, etc., etc. En este punto, el Laboratorio Central puede prestar servicios á la población de Madrid y á España entera, y conviene, por todos los medios, que cada vez sea mayor el número de personas y entidades que acudan al Laboratorio en demanda de sus servicios. Otro de los cometidos que, á nuestro juicio, debía también asignarse al Laboratorio, sería el de investigaciones originales sobre puntos, aún oscuros, de las propiedades de las primeras materias empleadas en la fabricación del ma-

terial de guerra. El campo es muy vasto, y los trabajos originales son los que elevan la reputación de sus autores y de las Corporaciones y País á que pertenecen.

*
* *

Los Parques de Madrid y de Barcelona, aunque no pueden clasificarse entre los Establecimientos constructores del material de guerra, contribuyen, sin embargo, especialmente el último, á la fabricación de bastantes efectos, tales como carruajes, ruedas, bastes, etc., etc. El Parque de Madrid, instalado recientemente en nuevo edificio, y el de Barcelona, que utiliza los talleres de la antigua Maestranza, tienen elementos para efectuar esa clase de construcciones, y lo verifican con toda la precisión y economía deseables, coadyuvando de esta suerte, y por modo muy útil, á los trabajos de las fábricas.

Tales son los recursos con que España cuenta para la construcción de su material de guerra; suficiente para sus necesidades actuales, todo, todo puede elaborarse en el país, desde la pieza de 24 cm. y 45 calibres de longitud de ánima, hasta el cartucho del fusil Mauser. Sólo hace falta que las Cámaras y el Gobierno, concediendo al material de guerra toda aquella importancia que en sí tiene, doten al presupuesto de Guerra de los créditos necesarios para atender debidamente á su construcción. Pero ésta no debe ser intermitente, sino continua. Fijado un plan completo, tanto el referente á la defensa de nuestras plazas marítimas y terrestres, como el que se relaciona con el Ejército activo, debe estudiarse, una vez fijada la cifra de éste en pie de guerra, cuánto falta aún por construir del material de campaña y de montaña, cuáles deben ser nuestras dotaciones de fusiles y cartuchos y del resto del material. Debía aspirarse á construirlo todo en un plazo de diez á doce

años, y lo creemos muy posible, dados los recursos que dejamos expuestos. Difícil es, no estando en posesión de los datos necesarios, calcular los créditos necesarios para obra tan vasta; pero es seguro que si se atendieran las indicaciones que más de una vez ha hecho la Sección de Artillería, y al Material se le dotase de un crédito anual que no bajase de 14.000.000 de pesetas, habría recursos suficientes para realizar la obra indicada en un plazo de diez á doce años, y realizarla en las mejores condiciones económicas, pues más y mejor trabajan los obreros y más y más producen, si los destajos vienen á favorecer sus jornales durante largo período de tiempo.

LEANDRO CUBILLO



LAS CORTES DE LA REVOLUCION

CRÓNICAS PARLAMENTARIAS

Los dos rivales.—La causa del General Prim.—Intimidaciones políticas.

Reanudáronse las sesiones de Cortes el día 2 de Octubre (1), y bajo malos auspicios, porque se habían cerrado hasta el día 1.º, y el retraso de veinticuatro horas motivó una interpelación de Alvarez Bugallal. Martín Herrera, que actuaba de Presidente, manifestó que la causa de no haber comenzado las sesiones el día anterior, fué porque era domingo, y además porque llegaba el Rey de fuera, teniendo el Gobierno que recibirle en la estación del ferrocarril. Ruiz Zorrilla, Presidente del Consejo de ministros, añadió otra razón más: la de recoger la firma de S. M. para presentar los presupuestos generales del Estado en el mismo día en que comenzasen las sesiones. El Congreso se conformó con las explicaciones dadas por ambos Presidentes, y se aprobó el acta de la sesión anterior.

Vamos al segundo tropiezo, que fué más grave y de verdadera trascendencia.

El pobre Olózaga, ya hemos dicho que estaba decadente; al-

(1) 1871.

guna falta de tacto político que tuvo durante su permanencia en el sillón presidencial de la Cámara, dió ocasión á que se entibiase el prestigio que un día infundió por su talento y sus grandes dotes oratorias á los diputados de todos los partidos. Ya tenía sesenta y seis años, estaba muy delicado de salud, y decidió volverse á su Embajada de París, donde lo pasaba admirablemente, pues sentía pasión por aquella capital y por las costumbres francesas. El 13 de Agosto firmó el Rey el nombramiento de D. Salustiano; el 13 de Agosto resultó una fecha fatídica para el Presidente del Consejo de ministros.

En el capítulo anterior quedó consignado el antagonismo latente que existía entre Sagasta y Ruiz Zorrilla, antagonismo que se hizo público al aceptar éste el encargo de formar un Ministerio homogéneo radical, contra el parecer del otro, que defendía la coalición. No sabemos si Sagasta la defendía *per se* ó *per accidens*; es decir, si consideraba la coalición realmente necesaria á la política española, ó la tomaba como bandera para formar un partido frente al que capitaneaba D. Manuel Ruiz Zorrilla.

El caso fué, que, al elegirse Presidente para el Congreso en sustitución de D. Salustiano, y contando Sagasta con fuerzas suficientes para dar la batalla, se presentó candidato frente á D. Nicolás María Rivero, que era el que proponía el Gobierno. Sagasta obtuvo 110 votos y Rivero 109. La lucha era reñida. No habiendo obtenido mayoría absoluta D. Práxedes, se procedió á segunda votación, y los amigos de éste trabajaron su candidatura con tal acierto, que le consiguieron 123 votos contra 113 que obtuvo Rivero.

Acto seguido se levantó Ruiz Zorrilla, y dijo: «He pedido la palabra para suplicar al Sr. Presidente (1) que tenga la bondad, consultando antes al Congreso, de suspender la sesión, no sólo por el día de hoy, sino también por el de mañana, si así

(1) Martín Herrera, porque Sagasta no se presentó aquel día en el Congreso.

lo cree conveniente, atendiendo á que el Gobierno que tengo la honra de presidir va á presentar la dimisión.»

Las oposiciones aplaudieron.

«He sido, soy y seré, en el tiempo que me quede de vida pública, monárquico constitucional; pero monárquico constitucional con la Constitución de 1869, sin arrepentirme de nada de lo que ella consigna, sin pensar en falsearla en ninguno de sus principios, ni en ninguna de sus prescripciones, dispuesto á vivir y á morir con ella.»

Y se suspendieron las sesiones hasta el día 6, en que se presentó el nuevo Ministerio, constituido del modo siguiente: D. José Malcampo y Monge, Presidente del Consejo de ministros, ministro de Marina é interino de Estado; D. Eduardo Alonso Colmenares, Gracia y Justicia; D. Joaquín Bassols y Marañoso, Guerra; D. Francisco de Paula Candau, Gobernación; D. Telesforo Montejo y Robledo, Fomento; D. Santiago de Angulo, Hacienda, y D. Víctor Balaguer, Ultramar.

Este día, al pronunciar Sagasta el discurso de rúbrica, con motivo de tomar posesión de la silla presidencial, trató de cohonestar en buena forma el papel que había jugado en la batalla, y luego Malcampo hizo también alguna referencia, aunque con delicadeza, al Ministerio que había presidido Ruiz Zorrilla.

Quiso D. Manuel contestar á las alusiones de que había sido objeto, y pidió para ello la palabra; pero Sagasta objetó que el caso estaba fuera del Reglamento, y creía necesario consultarlo á la Cámara.

Molestado por esto Ruiz Zorrilla, dijo:

«Creía yo que era costumbre usar de la palabra en estos momentos por los que han sido ministros; pero no queriendo crear embarazos al nuevo Ministerio, puesto que el Sr. Presidente encuentra inconvenientes, y yo he de tener ocasión de hablar, renuncio á que se me dé la palabra.» Y se sentó.

Sagasta y Ruiz Zorrilla se declararon en esta sesión guerra sin cuartel.

Aunque no venía á pelo, dijo un día (1) D. Miguel Morayta:

«Los periódicos se lamentan hoy de un hecho, si no inaudito, porque en España nada hay inaudito, al menos de un hecho importante: de haberse trasladado al Juez que entiende en una célebre causa (2), contra su voluntad, sin haberlo él solicitado, á una Audiencia, sin que esta traslación sea un ascenso en su carrera (3).

»Sabido es que la maledicencia pública dice que esta causa célebre va arrojando mucha luz; que se va sabiendo de ella más de lo que á muchas personas les conviene; y como se relaciona con los registros en determinadas casas, con los edictos en la *Gaceta* llamando á altísimas personas, no falta quien supone, y cuenta que yo no soy de éstos, que es molesto un Juez que ha descubierto lo que algunos no quieren que se sepa, y que para esto ha sido preciso trasladar á ese Juez, á fin de que venga otro nuevo que desconozca la causa, que no la pueda estudiar quizá nunca, y queden, en consecuencia, una porción de hilos que hoy tiene en la mano el Juez sin poder conducir al fin apetecido.»

El ministro de la Gobernación (4) protestó contra las indicaciones que había hecho Morayta, y el de Gracia y Justicia (5) explicó la traslación del Juez, en estos términos (6):

«Preveía el Consejo de ministros que habiendo transcurrido ya cerca de diez meses desde que ese procedimiento se incoó, no dando resultados prácticos, ó había poca fortuna en las investigaciones, ó torpeza en el Juez encargado de dirigir las (7), ó quizá fueran ciertos los rumores que corrían, de que

(1) 16 Octubre 1871.

(2) La del General Prim.

(3) Los Jueces de primera instancia de esta Corte tenían la categoría de Magistrados de Audiencia de fuera de Madrid.

(4) Candau.

(5) Alonso Colmenares.

(6) 17 Octubre 1871.

(7) No hemos querido averiguar el nombre del Juez.

en esa causa se quebrantaba el sigilo, y los criminales se apoderaban de los menores detalles y de todas las particularidades del sumario para cerrar el paso á una conveniente indagación; de todos modos, comprendía el Consejo de ministros que tampoco debía dar pábulo á la maledicencia pública en cuanto revelaba que de esa causa estaba el Gobierno haciendo un arma de partido.

»He aquí las consideraciones por qué el Consejo de ministros me encargó que conferenciase con el Juez de la causa y con el Presidente de la Audiencia. Después de las conferencias y de las explicaciones que di en el Consejo, éste se persuadió de que podían existir los motivos que he apuntado, y entonces discutió muy detenidamente sobre la conveniencia de encomendar el proceso á un Juez que viniese á él con la frente serena, libre de prevenciones, dispuesto á sacar, de todos los datos que se hubiesen reunido en el sumario, la investigación adelante.

»Se pensó en un Juez que reuniera condiciones especiales; se repasaron muchos de los expedientes que existían en el ministerio de mi cargo; se tuvieron en cuenta indicaciones de ministros anteriores, y, en efecto, se vió que el Juez que reunía condiciones de inteligencia, de instrucción, de laboriosidad y hasta, séame permitido decirlo, de habilidad jurídica para el esclarecimiento de los hechos oscuros y dificultosos, era el de primera instancia de Pamplona.»

Añadió que á éste se le había encomendado la causa del general Prim; que protestaba de las inculpaciones que Morayta había dirigido al Gobierno, y que éste tenía por lema la frase latina *Fiat justitia et ruat cælum*. Desgraciadamente, los buenos propósitos de Alonso Colmenares no llegaron á cumplirse; después de cuarenta años, por lo que respecta en concreto á la causa del general Prim, ni la justicia fué hecha, ni se desplomó el cielo, dejando incumplido el precepto latino invocado por Alonso Colmenares.

Bien merece ese proceso que algún aficionado á la investi-

gación de curiosidades se entretuviera en estudiarlo para esclarecer un punto tan nebuloso de la Historia de España. Cier- to que el trabajo requiere vocación especial, pues entonces tu- vimos ocasión de ver el legajo que formaban los autos, y tenía más de medio metro de altura.

*
* *

Había en aquel tiempo una asociación, de carácter socia- lista, titulada *La Internacional de trabajadores*, que hacía una propaganda eficaz en favor de sus ideales. El 16 de Octubre (1) explanó una interpelación, contra esta sociedad, el diputado Jove y Hevia, y con este motivo terciaron en el debate algu- nos oradores como Escosura, D. Fernando Garrido, Castelar, Alonso Martínez, Necedal, Esteban Collantes, D. Gabriel Ro- dríguez, Alvarez Bugallal y Salmerón, consiguiendo hacer, entre todos, un estudio completo de aquella asociación, de su historia, de sus aspiraciones y de sus resultados.

Pero no va por este lado nuestro propósito. Aprovechando la coyuntura que la discusión ofrecía, las oposiciones no se descuidaron en mortificar al Gobierno y á los hombres de la situación. Dijo Salmerón, en un inciso, que *en cierta ocasión se ofreció á los republicanos participación en el Gobierno por el General Prim*.

Topete protestó, contando lo que había pasado. El caso fué que llegaron á sus oídos algunas noticias relacionadas con ciertas gestiones que se estaban haciendo entonces, á fin de procurar una inteligencia con los republicanos, y, alarmado por ello, pidió á Prim que reuniese el Consejo de ministros. Así lo hizo el General, y, una vez ante sus compañeros, dijo: «Se ha reunido el Consejo para tranquilizar á un amigo, que cree, por ciertas palabras que ha oído en los pasillos del Con- greso, que existe una cuestión grave, respecto á la cual no hay

(1) 1871.

más sino que un señor ministro, llevado de su gran iniciativa, con un grande y patriótico pensamiento, ha tenido conversaciones con algunos señores diputados republicanos, con el deseo de unir á todos los hombres que han contribuído á la Revolución, indicando muy conveniente la entrada en el Ministerio de los Sres. Figueras y Pi y Margall. Pero esto no ha pasado de ser una conversación particular, un *pour-parlers*, y, por consiguiente, puede estar completamente tranquilo el señor Topete». Luego añadió éste: «La persona á quien se refería el General Prim en estas palabras era entonces ministro de Gracia y Justicia, y ha sido hace poco Presidente del Consejo de ministros, el Sr. Ruiz Zorrilla».

Figueras confirmó el hecho, haciendo constar que *no hubo, en realidad, más que una conversación amigable.*

Ruiz Zorrilla añadió:

«Cuando yo tuve la conversación con el Sr. Figueras fué en el momento de votarse la Regencia. Yo era entonces ministro de Fomento, é iba á dejar de serlo porque concluía el Poder ejecutivo y empezaba el Ministerio del Regente. Yo le dije al Sr. Figueras, llamándole á mi casa: «Ustedes pueden »prestar un gran servicio á la Revolución; ustedes deben estar »convencidos de que el triunfo de la República es imposible; »ustedes deben entrar á formar parte del Gobierno de la Regencia; ustedes pueden ayudarnos á practicar los principios »proclamados por la Revolución de Setiembre.» Después de estas indicaciones, y después de otras razones á que yo acudí para que el Sr. Figueras se convenciera de que debía acceder á mis ruegos, el Sr. Figueras me contestó, y en esto apelo á su testimonio: «Si en vez de llamarse Regencia el Poder que ustedes han establecido se llamara de otra manera, todavía yo podía meditar, podía pensar en proponer á mis amigos si convenía ó no que entrasen en el Gobierno.»

Figueras, según confesión suya, quizás hubiera transigido, si el Poder creado por los hombres de la Revolución, en lugar de llamarse *Regencia*, se hubiese llamado *Directorio*; pero To-

pete tocó á rebato en Consejo de ministros, y la atracción de algunas personalidades de la oposición se hizo imposible.

Ni Salmerón ni Topete poseían aquello que Cánovas llamaba el arte de la política.

Últimos incidentes de la legislatura de 1871.

Moncasi, Pasarón y Lastra, Romero Girón y otros presentaron (1) una proposición incidental, concebida en estos términos, sencillos al par que elocuentes:

«Pedimos al Congreso se sirva declarar que ve con disgusto la continuación de este Ministerio, que no representa ninguno de los partidos de la Cámara, ni se apoya en ninguna de las fuerzas políticas de la nación, ni puede, por consiguiente, resolver ninguna de las cuestiones que afectan al país.»

Como voto de censura, habrá pocos que le aventajen en lo despectivo de la forma.

El primer firmante de la proposición atacó duramente al Gobierno, y, entre otras cosas, le dijo: «Señores ministros: De poco sirve que lo seáis, si es que lo sois, porque si á vuestro partido no se lo parecéis, si no sois en ese banco nuestra legítima representación, si no contáis con todo nuestro apoyo para hacer triunfar en las Cámaras y en el país nuestra política, es preciso que confeséis conmigo que os falta una de las principales, una de las más grandes condiciones para ser Gobierno perfectamente parlamentario; y esa representación, doloroso me es decirlo, esa representación, señores ministros, no la tenéis.»

Moncasi declaró que en una de las últimas votaciones sólo habían votado con el Gobierno 57 diputados del partido progresista-democrático, habiéndose abstenido de votar ¡100! individuos del mismo partido.

(1) 13 de Noviembre.

Candau, ministro de la Gobernación, hizo con habilidad la defensa del Ministerio, y pidió que la proposición de Moncasi se tomara en consideración, á fin de promover un amplio debate político, como lo consiguió, pues descontando los 57 comprometidos personalmente con el Ministerio, todos deseaban su caída.

Ciertas discusiones son como las cerezas, por lo que se enredan, y ésta se enmarañó de un modo grave con motivo de una frase intencionada que dejó escapar Navarro y Rodrigo: «Cuando se trate—dijo—de la cuestión de Cuba (1), se sabrá quiénes han tenido esperanza en la salvación de aquel país, y en la fuerza y vitalidad del nuestro para conservar adherida á Castilla la Isla de Cuba; entonces se averiguaría si se había ó no propuesto la venta de Cuba.»

Topete, Ruiz Zorrilla, Ayala y Becerra se levantaron para sincerarse ante la Cámara, con frases enérgicas, de que ni ellos, ni sus amigos, durante el tiempo que habían sido ministros, tuvieron nunca el propósito de enajenar aquella parte del territorio español.

Ruiz Zorrilla excitó al Sr. Ardanaz, ponente cuando en el Ministerio-Regencia se trató de la cuestión de Cuba, para que declarara lo que hubiera pasado en Consejo de ministros, pues él, sin duda, guardaría las actas de aquellas discusiones.

«Conservo en mi poder—contestó el aludido—los documentos á que se refiere, documentos que nadie ha visto, y que nadie verá tampoco, para no faltar al deber de ser fiel guardador de los secretos del Gobierno, y cumplir con lealtad el compromiso solemne de reserva que todos los individuos del Gobierno contrajimos en aquellas críticas circunstancias.» En breves párrafos defendió Ardanaz á las personas aludidas, pero no negó el hecho, y aunque el Congreso quedó convencido de que ni Topete, ni Ruiz Zorrilla, ni Ayala, ni Becerra, ni otros más que no se hallaban presentes, habían propuesto la venta de la

(1) Cuya insurrección presentaba mal aspecto.

Isla de Cuba, subsistió para muchos la duda de si algún político influyente pudo concebir ese pensamiento, haciendo que llegase, en una ó en otra forma, hasta el Consejo de ministros, cuyas actas, con caballerosidad tan discreta, guardaba don Constantino Ardanaz.

Navarro y Rodrigo la tomó contra Ruiz Zorrilla, y no le escaseó censuras ni diatribas. Decía en un párrafo:

«González Brabo, llamado por la Reina (*Isabel II*) para oír su opinión en una crisis, le dice que es necesario llamar al General O'Donnell, y á los dos días es ministro de la Gobernación con el General Narváez. ¿No os parece ver al Sr. Ruiz Zorrilla, viniendo enfermo de Tablada (1) para defender la conciliación, porque era el único modo de salvarnos; y á los ocho días, haciendo el sacrificio de su salud y de su apacible retiro de Tablada, tronar contra la conciliación y presidir un Gabinete homogéneo? González Brabo combate un día á la *Unión liberal*, porque supone que es la reacción, y llega al poder para perseguir á la *Unión liberal*, porque la cree la verdadera demagogia, y entronizar una solución semiabsolutista. ¿No os parece ver aquí al Sr. Ruiz Zorrilla halagando á la *Unión liberal* para hacer la Monarquía, y después, cuando la Monarquía está hecha, perseguir de muerte á la *Unión liberal*, porque la cree un peligro, y supone que la Monarquía se va á salvar mejor con una situación semirepublicana? ¡Ah! Si el Sr. Ruiz Zorrilla tiene tantos y tantos puntos de semejanza con el Sr. González Brabo, yo hago una apelación suprema á su patriotismo y á la rectitud de su carácter, que reconozco en absoluto, para que procure no ser, cuando de nuevo ocupe la Presidencia del Consejo de ministros, lo que fué González Brabo para la desdichada Reina Isabel: la fatalidad que se atraviesa en el camino de la Casa de Saboya.»

Los Nocedales presentaron una proposición pidiendo al Congreso se sirviera declarar que quien coartase la libertad de

(1) En la provincia de Burgos, donde tenía una quinta de recreo.

fundar asociaciones religiosas, de cualquier género que fuesen, contrariaba la Constitución; y el Gobierno simpatizó con esta proposición, como había simpatizado anteriormente con la interpelación de Jove y Hevia sobre *La Internacional*, de cuyo asunto ya hemos dado cuenta; de suerte, que las orientaciones del Ministerio iban tomando un carácter retrógrado que servía de blanco seguro é infalible á la oposición de ideas avanzadas.

La proposición iba encaminada al restablecimiento de las comunidades religiosas suprimidas por la Revolución, y para dar la batalla al Gobierno la apoyaban los radicales y los republicanos. Romero Robledo y Albareda presentaron una proposición incidental de *no ha lugar á deliberar*, que dió ocasión al primero para pronunciar su famoso discurso de 17 de Noviembre (1), donde demostró su facilidad de palabra y la riqueza de su ingenio.

Cuando Malcampo vió el pleito perdido mandó extender el decreto de suspensión de las sesiones de Cortes, y se fué á Palacio á recoger la firma del Rey, quedando Romero con el encargo de entretener la discusión hasta que el otro volviese.

Llevaba ya un rato hablando Romero cuando el Presidente (2) le advirtió que habían pasado las horas de reglamento, y Nocedal pidió que se preguntase al Congreso si se prorrogaba la sesión.

«Puede hacerse la pregunta—dijo el diputado antequerano;—pero estoy fatigado, y no es artificio: yo no me propongo pedir descanso, entre otras cosas, porque no soy hombre importante. Además, estoy sudando, según todos pueden ver, y me resta aún mucho que decir.»

Se acordó la prórroga, pues los de la conjura, que eran los radicales, los tradicionalistas y los republicanos, querían á todo trance cansar por falta de fuerzas físicas á Romero, quien ya había manifestado hallarse enfermo. Parece que, una vez conseguida la prórroga, muchos diputados abandonaron el salón,

(1) 1871.

(2) Martín de Herrera á la sazón.

y el orador les increpó con fino humorismo porque se iban á comer, diciendo que cuando hubiesen satisfecho *las groseras necesidades de este cuerpo humano* volverían muy descansados á relevar á los que quedaban de guardia. Sin embargo, ya que para él no había consideración ni piedad, diría todo lo que tenía que decir *hasta que echara los pulmones hablando*.

Su discurso se encaminaba principalmente á criticar los actos de Ruiz Zorrilla y sus propósitos de deshacer la coalición.

A las siete pidió un descanso con objeto de tomar alimento, y no le concedieron más que un cuarto de hora, tiempo insuficiente para comer, según él mismo dijo al reanudarse la sesión.

Siguió hablando un rato largo, y, como pretexto para descansar, pidió que se leyera el manifiesto del Gobierno provisional, que es bastante largo; un antiguo discurso de Ruiz Zorrilla y otro de Romero Ortiz. Cuando se acabaron de leer estos documentos dijo Romero que iba á continuar su discurso, *ya que los señores radicales habrían descansado y comido perfectamente*, y siguió esgrimiendo sus armas contra Ruiz Zorrilla y contra la ruptura de la coalición.

Defendió á Sagasta, diciendo:

«Y no quiero dirigirme al Sr. Ruiz Zorrilla y á sus amigos para preguntarles cómo podían consentir que se llamara traidor y resellado al Presidente de esta Asamblea, al sentenciado á muerte por liberal, al periodista consecuente, al amigo de confianza de Prim, de Calvo Asensio y de todos los hombres importantes del progresismo. Es extraño que el partido progresista, que ha hecho siempre objeto de su veneración y de su cariño al Sr. Sagasta, haya vivido engañado hasta que al Sr. Ruiz Zorrilla, con otros amigos flamantes, se les ocurrió salir por esas calles denostándole, insultándole, llamándole traidor, resellado, desafecto y no sé cuántas cosas más (1). ¿El

(1) Se refiere á una manifestación pública que, en favor de Ruiz Zorrilla, se verificó en Madrid á la subida del Ministerio Malcampo.

Sr. Poveda se ríe? Su Señoría era, según creo, íntimo amigo del Sr. Sagasta, y es posible que fuera uno de los que gritaban con más ardor en la manifestación.»

Este debate tuvo gran resonancia: tomaron parte en él Romero Ortiz, Alvarez Bugallal, Gullón, Ríos y Rosas, Gamazo, Moreno Nieto, Ruiz Zorrilla, Topete, Martos, Elduayen, Montero Ríos, el Duque de la Torre, Castelar y Candau; hubo protestas, barullo, desorden y sueño, porque acabó á las siete y cuarto de la mañana del 18 la sesión que había comenzado á las dos de la tarde del 17 de Junio.

La proposición de Romero fué desechada por 174 votos contra 118, y acto seguido leyó Malcampo el decreto de suspensión de sesiones, que le tenía en el bolsillo, firmado por el Rey, desde las primeras horas de la noche.

Malcampo no presentó la dimisión, como la gente esperaba, sino que resistió un mes más en el Poder, hasta que, según se decía, el Rey le indicó, por medio de una carta, la necesidad de volver á reanudar las sesiones, y, no atreviéndose á presentarse otra vez en las Cortes, puso en manos de S. M. la renuncia del cargo.

Tras de muchas conferencias, consultas, conciliábulos, idas y venidas de unos y de otros, se atrevió Sagasta á formar Gabinete, y lo consiguió en 21 de Diciembre (1) con los señores siguientes: D. Bonifacio de Blas, Estado; Alonso Colmenares, Gracia y Justicia; Angulo, Hacienda; D. Eugenio Gaminde, Guerra; Malcampo, Marina; D. Alejandro Groizard, Fomento, y Topete, Ultramar, quedándose el propio Sagasta con la cartera de Gobernación.

Como se ve por las personas que formaban el Ministerio, éste no era más que la continuación del anterior, con la variante del Presidente del Consejo de Ministros. Tenía la ventaja de que los unionistas le ofrecían su apoyo; pero, como decía muy

(1) 1871.

bien el periódico *Gil Blas*, venía á resultar que el partido unionista se apoyaba á sí mismo.

Por Real decreto de 6 de Enero de 1872 se declaró terminada la legislatura de 1871.

Dos sesiones borrascosas.—El acta de Sevilla.—Crisis prematura.

Sagasta retrasó un mes la apertura de Cortes; pero no tuvo otro remedio que abrirlas (1), á sabiendas de que iba á tener que cerrarlas.

El primer día de sesión explicó los motivos de la crisis, y aludiendo al voto de censura que se había propuesto para el anterior Gobierno, dijo que no significaba más que la incompatibilidad de aquel Congreso con todo Ministerio homogéneo. Expuso las tendencias liberales del Gabinete que presidía, tributando un elogio á Malcampo por haber descendido á encargarse de una cartera, abandonando la Presidencia del Consejo de Ministros. Presentó, con demostraciones numéricas, el estado de la Hacienda; habló de la cuestión religiosa, sin inclinarse hacia ningún criterio radical, y trató de la insurrección de Cuba con gran patriotismo.

Como tenía el decreto de disolución en el bolsillo, declaró que el Gobierno no contaba con mayoría propia parlamentaria; confesión que produjo fuertes rumores, porque la atmósfera estaba candente, y todos habían acudido á la sesión con ánimo de librar un batalla.

La cuestión de Cuba produjo una acalorada discusión, llegando al extremo de decir Díaz Quintero que debía cederse la Isla; hasta Moret, que no alardeaba de instintos belicosos, anunció una interpelación sobre los asuntos políticos de la Isla de Cuba.

Habiendo transcurrido en dimes y diretes las horas de se-

(1) El 22 de Enero de 1872.

sión, se pidió por algunos que ésta se prorrogase, y habiéndose opuesto otros, se armó tal barullo que el Presidente del Consejo de ministros exclamó: ¡Jamás se ha visto lo que está aquí sucediendo!

En la sesión siguiente (1), con motivo de la aprobación del acta de la anterior, volviéronse á enfurecer los ánimos y, vinieran ó no á cuento, se dijeron por unos y otros los conceptos más atrevidos.

Ruiz Zorrilla.—He pedido la palabra, en primer término, para hacer constar mi voto con el de la mayoría (2) de la Cámara en la votación nominal de la sesión última; y como es posible que no haya otra ocasión de hacer uso de la palabra, diré, para explicar este voto, que significa el recuerdo de ciertas palabras pronunciadas en una noche célebre, de *¡Radicales, á defenderse!* Como significa también el recuerdo de otras palabras no menos célebres, pronunciadas en otro día funesto para el antiguo partido progresista, hoy partido radical: *¡Dios salve al país! ¡Dios salve á la dinastía! ¡Dios salve á la libertad!* (Al terminar estas palabras resonó en los bancos de la izquierda una salva de aplausos.)

.....
Abarzuza.—El Rey ha roto con el Parlamento. Hoy acaba la dinastía de Saboya.

Becerra, que actuaba de Presidente.—Mientras yo ocupe este puesto no permitiré que se diga nada contra la Constitución ni contra las leyes.

Muro.—Se dirá en las barricadas.

.....
Rivero.—Yo me lamento de lo que aquí está pasando, y bueno sería que no hubiéramos dado este espectáculo al país, porque este espectáculo y esta división tienen para los pueblos libres desenlaces funestos.

(1) 24 de Enero de 1872. El 23 fué domingo.

(2) La mayoría votó que no se prorrogase la sesión.

Con estos murmullos es imposible que yo hable, aunque tuviera los pulmones y la garganta de hierro.

.....

En presencia de un decreto de disolución debo decir que si, como muchos temen, viene á matar todos los derechos consignados en la Constitución, entonces yo concluyo diciendo: ¡Viva la libertad! (*Muchos diputados: ¡Viva!*)

El Conde de Toreno.—Aquellos obstáculos tradicionales que hacían cantar la *Salve*, que amenazaban con sangre, que encendían la tea de la discordia, no estaban donde se suponía, no eran lo que por la revolución fué removido. Aquellos obstáculos subsisten: ahí los tenéis. (*Señalando á los bancos de los radicales. Barullo indescriptible.*)

.....

Figueras.—No espere de mí el Congreso que venga á excitar las pasiones; voy á calmarlas hablando del acta (1). Los interruptores pueden tener propósitos de excitar las pasiones porque les convenga cimentar la nueva dinastía con sangre. (*Interrupciones y confusión.*)

Hoy se ha arrojado un guante al país; le recogeremos, pero no ahora; está en nuestra dignidad, está en el interés de nuestro partido señalar el día y la hora del combate que daremos en su tiempo y sazón. (*Grandes aplausos en los bancos de los republicanos.*)

.....

Ruiz Zorrilla.—Su señoría (*alude á Ríos y Rosas*) no tiene derecho á dudar de mi mayor antigüedad en el dinastismo, habiendo votado al Rey, habiendo ido á Italia á ofrecerle la corona que sobre sus sienes habían puesto las Cortes Constituyentes.

Martos.—La conducta del Monarca (2) no la juzgo ni puedo juzgarla; pero sí tengo perfecto derecho para decir lo que

(1) Era la cuestión de que se estaba tratando.

(2) Por lo que se refería á la disolución de Cortes, que ya se había leído en el Senado.

me parece de esta disolución con respecto á las circunstancias en que la disolución se trae, con respecto al estado del país, con respecto á los peligros que pueden venir y con respecto, sobre todo, al Ministerio que la aconseja, la obtiene y se dispone á hacer uso de ella.

Ríos y Rosas.—No hay derecho á juzgar esos actos del Monarca sino cuando estén ejecutados y consumados; que lo contrario no se ha hecho, ni se puede hacer nunca, sin invadir, sin impedir, sin usurpar las prerrogativas de la Corona. ¿Qué virtualidad, que energía tendrá esa prerrogativa si al tiempo de ejercerla la oponéis vuestro veto? ¿Estamos aquí en Polonia? Si es verdad que el Gobierno tiene en su cartera el decreto de disolución de Cortes, lo que estamos haciendo aquí hace cuatro horas es un acto de invasión de usurpación á las prerrogativas de la Corona.

.....

Ha recordado el Sr. Sorní que cuando yo tuve la honra de ocupar aquel sitio (*señalando á la Presidencia*), hubo alguien que en las conversaciones familiares quiso compararme á los domadores de fieras. No recuerdo si S. S. fué diputado entonces: si no lo fué, no tengo que darle ninguna explicación, porque yo no he inventado el apodo, ni me lo he colgado, ni se lo he colgado á S. S. en la parte que pudiera afectarle. (*Risas.*)

.....

Cánovas del Castillo.—El decreto de disolución de Cortes, emanado de la Corona, ha sido ya leído en el otro Cuerpo colegislador; el otro Cuerpo ya no existe: aquí hay una Cámara única que será siempre facciosa dentro de la Constitución vigente.

Cánovas con su talento consiguió apaciguar los ánimos, y cuando estuvo la Cámara tranquila, el Secretario Ríos Portilla preguntó si se aprobaba el acta, obteniendo una contestación afirmativa.

En seguida Sagasta leyó el decreto disolviendo las Cortes.

Se había tardado cuatro horas y cuarto en aprobar el acta de la sesión anterior, sin hablar del acta de la sesión anterior.

* * *

Convocadas nuevas Cortes para el 24 de Abril (1), se verificó la sesión de apertura dicho día en el Senado, con asistencia del Rey, ejecutándose el ceremonial de costumbre, que hemos descrito en el curso de estas crónicas.

Al discutirse las actas del Congreso, la señalada con el número 91, correspondiente al segundo distrito de Sevilla, por la que se proclamaba diputado á D. Práxedes Mateo Sagasta, Presidente, á la sazón, del Consejo de ministros, las oposiciones combatieron el dictamen de la Comisión que, naturalmente, era favorable al diputado electo (2).

Castelar pronunció uno de aquellos discursos grandilocuentes que contribuyeron á darle su merecida fama de orador parlamentario, y estuvo inexorable contra Sagasta. Dijo que había perdido su prestigio el antiguo director de *La Iberia*, porque ya no había podido salir diputado por la Rioja, ni por Logroño, los distritos donde tenía historia política, habiendo tenido que ir á buscar el acta á Sevilla, cometiendo para ello, á juicio del orador, todo género de coacciones. Dijo también que todos los hombres importantes de Europa tenían sus distritos naturales: Gladstone, en Grenwich; Bright, en Manchester ó Birmingham; Tiers, en París, y Gambetta, en Marsella, y que Sagasta, á pesar de su importancia y de sus amigos, no había podido salir diputado por Zamora, por Logroño ni por Madrid. ¿Por qué? «Porque los hombres públicos no son aquello que quieren; son aquello que les obliga su historia: el partido progresista cree, y la conciencia española con el partido progresista, que el Presidente del Consejo de

(1) De 1872.

(2) Para esta legislatura se adoptó el Reglamento de 1847.

ministros no es más que una degeneración de González Brabo, que ha caído, como éste en 1843, bajo el peso de la reacción, y ha entregado su vida, su historia entera, á los enemigos encarnizados de nuestros derechos.»

Castelar no se contentó con mortificar á Sagasta por su acta de Sevilla, sino que censuró también en general el sistema seguido en las elecciones verificadas en la Península, y contó el caso, negado luego por el Presidente del Consejo, de que al terminar la elección en un pueblo denominado Tremp, de la provincia de Lérida, habían teleografiado á Madrid, diciendo: *Hecha en Tremp la trampa.*

Después que Castelar hubo terminado su discurso, dijo Sagasta que una vez, siendo ministro de Estado, recibió de China una comunicación sin importancia, envuelta en una preciosa bolsa de seda, y ésta encerrada en una caja primorosa, que á su vez venía dentro de otra de no menos primor. Y conceptuando Sagasta que el discurso del orador republicano se fundaba únicamente en generalidades políticas, se preguntaba si *el Sr. Castelar se habría aficionado á las costumbres chinas.*

Sagasta quedó admitido diputado en 1.º de Mayo.

*
* *

Se prestó á muchos comentarios, entre los contertulios de las mesas de café, el asunto de la Caja de Ultramar. El 11 de Mayo (1), el diputado Moreno Rodríguez preguntó si el Gobierno, con destino á los asuntos de elecciones, había echado mano de dos millones de reales, 500.000 pesetas, del fondo existente en la Caja de Ultramar. El Presidente le contestó que sí era cierto lo de haber sacado fondos de la Caja referida, pero no con destino á elecciones, sino para cubrir los gastos imprescindibles que ocasionaban las circunstancias extraordinarias en que se encontraba el país, aludiendo á la conspiración al-

(1) 1872.

fonsina, á la insurrección carlista y á la guerra de Cuba. Volvió Moreno Rodríguez á insistir otro día, y no satisfaciéndole la contestación que le diera Romero Robledo, ministro de Fomento, presentó una proposición pidiendo que se remitiese al Congreso el expediente que se hubiera seguido para hacer aquella transferencia de crédito.

El asunto iba adquiriendo grandes proporciones. El día 14 del citado mes de Mayo, Romero Girón presentó una proposición pidiendo que se nombrara una comisión especial para examinar el expediente en cuestión. Romero Girón dijo que el crédito de Gobernación para gastos secretos, que importaba 60.000 duros, estaba agotado, y que siendo esto un hecho, resultaba muy extraño que en tiempo de elecciones se hubiera acudido á realizar una transferencia de dos millones de reales de la Caja de Ultramar, que era un depósito del sobrante de los alcances de aquellos que se reclutaban para la bandera de las Antillas, y allí fallecían (1).

Romero Robledo, invitó á Moreno Rodríguez á que fuera con él al ministerio de Estado, pues allí constaban los datos oficiales sobre conspiraciones y sobre los graves motivos que obligaron al Gobierno á disponer de aquellos fondos; pero la invitación no fué aceptada, pues las oposiciones querían que los documentos fueran llevados al Congreso. Estos eran reservados, y Sagasta no se atrevía á autorizar que se hiciesen públicos. Sin embargo, venciendo este temor, decidió remitirlos á la Cámara, como lo verificó, pero á las pocas horas mandó retirarlos, y el día 22 (2), al abrirse la sesión, previa la venia del señor Presidente, hizo Sagasta la siguiente declaración:

«Señores diputados: el Gobierno, por un exceso de delicada-

(1) A fin de que el Ministerio de la Gobernación reintegrara á la Caja de Ultramar los dos millones de la transferencia, se presentó á las Cortes, en 16 de Mayo, un proyecto de ley concediendo un crédito de 500.000 pesetas, como ampliación del de 300.000, que figuraba para gastos secretos de dicho Ministerio.

(2) De Mayo de 1872.

deza, disculpable cuando se trata de asuntos de honra, y cediendo á los deseos de un señor diputado, trajo al Congreso, no sólo el expediente que ese señor diputado deseaba, sino ciertos documentos que le justificaban, y de carácter completamente reservado. El Gobierno creyó que podía satisfacer los deseos de un representante del país sin comprometer el secreto de unos documentos que afectan altos intereses del Estado; pero al tener conocimiento de que esa reserva no ha podido llevarse á cabo, el Gobierno los retira; y atendiendo á que de cualquier modo, aun en aquella creencia que tenía el Gobierno de buena fe, se haya equivocado, porque no ha resultado lo que deseaba; y considerando que los Gobiernos no deben equivocarse y son responsables de sus errores, el Gobierno presentará inmediatamente la dimisión en manos de S. M.»

La inversión de la mayor parte de aquellas 500.000 pesetas parece que se relacionaba con el descubrimiento de los hilos de la conspiración alfonsina, quedando incólume la honradez de todos los individuos que componían el Gabinete.

El 26 de Mayo (1) nombró el Rey, Presidente del Consejo de ministros al Duque de la Torre, supliéndole interinamente el Contralmirante Topete, por hallarse aquél al frente del Ejército del Norte combatiendo la insurrección carlista. A Ulloa se le nombró ministro de Estado; á Groizard, de Gracia y Justicia; á Candau, de Gobernación; á Elduayen, de Hacienda; á Balaguer, de Fomento, y á López de Ayala, de Ultramar.

Todos comprendían que este Gobierno nacía muerto; pero las circunstancias excepcionales en que se hallaba la política no permitieron al Rey seguir otro camino.

El convenio de Amorevieta.—Otra crisis.—Rivero, Presidente.—La cuestión de los artilleros.—El collar del ministro de Gracia y Justicia.

A poco de abrirse la sesión del 29 de Mayo, el Presidente interino del Consejo de ministros, Sr. Topete, se levantó á

(1) 1872.

manifestar que, antes de que algún señor diputado pudiera pedir explicaciones sobre cierto documento conocido ya del público, lo haría presente al Congreso, no pudiendo exponer juicio alguno hasta no conocer todas las circunstancias que lo habían motivado, y cuantos datos se estimaban necesarios para apreciar la importancia que parecía tener.

Este documento era el llamado *Convenio de Amorevieta*, un pacto, transacción ó indulto, estipulado entre el General Serrano, Jefe del Ejército del Norte, y la *Junta foral* de la provincia de Vizcaya, para terminar la guerra carlista que amenazaba, cual la del año 1833, asolar al país (1). Preguntó Ruiz Zorrilla si el Gobierno autorizaba el acto realizado por el Duque de la Torre, y Topete contestó con evasivas, sin atreverse á dar una contestación decisiva. Indecisión poco disculpable, porque el General Serrano era el Presidente del Consejo en propiedad, y los ministros no debieron titubear un instante en aceptar la responsabilidad de lo que aquél hiciera, siendo á la par ministro de la Guerra. Ya se lo echaron en cara al Gobierno; pero éste no se espontaneó hasta que vino á Madrid el General Serrano y explicó detalladamente todos los pormenores relativos al asunto.

Dijo el Duque que, encargado por el Gobierno de dirigir las operaciones del Ejército del Norte, secundado con valor y acierto por los Generales Moriones y Primo de Rivera, había conseguido, merced á movimientos militares coronados por la suerte, inutilizar las facciones navarras y vizcaínas, cuyo decaimiento moral era notorio, en presencia de las operaciones realizadas por las tropas liberales. Contó Serrano que durante un rato que estuvo alojado (2) en casa del Sr. Urquizu, carlista influyente en aquella comarca, logró convencerle de las ventajas que para todos produciría la terminación de la guerra,

(1) El documento corrió autografiado por las calles de Madrid, sabiéndolo el público casi al mismo tiempo que el Presidente del Consejo de ministros.

(2) En Elorrio.

y haciéndose eco dicho señor de las palabras del Duque, se decidió á servir de intermediario con un hermano que tenía en las filas carlistas, y con la Diputación foral á guerra, para firmar el convenio ó indulto que se conoce con el nombre de Amorevieta, porque en este lugar de la provincia de Vizcaya hubo de celebrarse.

Indulto era, en efecto, más que convenio, pues de sus cuatro artículos, tres se refieren exclusivamente á indultar á los que, en una ó en otra forma, habían tomado parte en la insurrección.

Los jefes y oficiales procedentes del Ejército quedaban autorizados para volver á las filas con los empleos que tuviesen al tomar parte en el levantamiento; pero hay que advertir que en este caso no se encontraban más que un comandante y un alférez.

Las oposiciones suponían que el Duque de la Torre había infringido la Constitución al dar el indulto sin el asentimiento de las Cortes, y tuvieron que levantarse á defender á Serrano, Sagasta, Alonso Martínez y López Domínguez, acordando el Congreso aprobar la conducta del General Serrano por 140 votos contra 22 (1).

Desgraciadamente, el convenio de Amorevieta sirvió para poco.

*
* *

Había sesiones dobles, es decir, por la tarde y por la noche; en la primera se discutía el proyecto de contestación al discurso de la Corona, y en la segunda el dictamen de la Comisión sobre un proyecto de ley para saldar la deuda flotante del Tesoro.

Sagasta, en la sesión de tarde del 10 de Junio, pronunció uno de sus discursos parlamentarios de más importancia, por los asuntos de que se ocupó y por la sencillez y franqueza con

(1) 3 Junio 1872.

que hubo de expresar sus opiniones. Hizo la historia del partido liberal desde el momento de la Revolución; describió, con gran copia de datos, la ruptura de la coalición; explicó los hechos que ocasionaron la presentación de su candidatura para la Presidencia del Congreso, y, echando sobre Ruiz Zorrilla toda la responsabilidad de aquella ruptura, manifestó que cuando le encargó el Rey de formar Gabinete, acordándose de los ofrecimientos de Ruiz Zorrilla, lo primero que hizo fué ir á casa de éste y decirle: «Tengo encargo de formar Ministerio, y vengo á que lo formemos los dos.» Pero Ruiz Zorrilla se negó.

Tuvo una nota cómica para exponer su criterio respecto á la diferencia que, según él, existía entre el sistema preventivo y el sistema de precaución.

«Visitaba un viajero un convento; estaba examinando la fachada, que era arquitectónica, monumental, y observó que á cada extremo de ésta había un gran balcón; el uno tenía un antepecho magnífico, de piedra de sillería, perfectamente labrado, y el otro no tenía antepecho ninguno. El viajero le dijo al lego:—Diga usted: ¿cómo es que este balcón tiene antepecho y no lo tiene el otro, disminuyendo así la armonía de la fachada?—¡Ah! señor—contestó el lego,—es que por ese balcón se cayó y se desnucó un fraile, y la Comunidad mandó construir ese antepecho.—Pues entonces, ¿por qué no se ha construído el otro?—preguntó el viajero; á lo que el lego contestó:—Porque estamos esperando á que se caiga y se desnucue otro fraile. (*Risas y aplausos.*) Pues en este cuento veis lo que es prevención y lo que es precaución: prevención es el antepecho, que, sin quitar la libertad al fraile para asomarse al balcón, le quita el peligro de caerse; precaución sería tapiar el balcón para que no se asomara.»

Aprobado el día 11 de Junio el proyecto de ley para saldar la deuda flotante del Tesoro, el 12 manifestó Topete que el Ministerio había presentado la dimisión, y el 14 se dió cuenta de la formación del nuevo Ministerio, que había sido constituí-

do el 13 (día aciago) en la forma siguiente: Ruiz Zorrilla, Presidencia y Gobernación; Fernández de Córdoba, Guerra y Presidente interino durante la ausencia de Ruiz Zorrilla, que estaba fuera de Madrid; Martos, Estado; Montero Ríos, Gracia y Justicia; Beránger, Marina; Ruiz Gómez, Hacienda; Echegaray, Fomento, y Gasset, Ultramar.

El mismo día 14 se suspendieron las sesiones de Cortes y el 28 fueron disueltas, convocándose para el 15 de Setiembre.

La poca duración del Ministerio del Duque de la Torre se explica porque aquel Gobierno había sido formado para salir de la difícil situación que se había creado á la política con la dimisión de Sagasta, dejando recién abiertas unas Cortes constituidas bajo su influencia. Serrano vino á disgusto, y aprovechó la primera ocasión para dimitir.

El día 30 de Mayo (1), con motivo de ser el cumpleaños de S. M. el Rey, se dió en Palacio una comida de 60 cubiertos, á la que asistió, con otros hombres importantes, D. Manuel Ruiz Zorrilla, celebrándose después, y como por casualidad, en aquellos salones, una larga conferencia entre Don Amadeo, su esposa, Doña María Victoria, y el jefe del partido radical. Mucho se comentó esta conferencia, ó, mejor dicho, conversación, y ya periodistas y políticos hacían conjeturas favorables al advenimiento al poder del partido radical, cuando el 1.º de Junio quedaron todos sorprendidos, al ver que Ruiz Zorrilla presentaba la renuncia de diputado y salía de Madrid al día siguiente, con dirección á su quinta de Tablada, diciendo que abandonaba la política.

El día 14 de Junio cambiaron por completo las circunstancias, sin que el cronista haya podido averiguar los motivos, y se encargó Ruiz Zorrilla de la formación del Ministerio. Arcaños de la política. Las circunstancias eran muy difíciles, y el nuevo Presidente del Consejo no supo dominarlas.

*
* *

(1) De 1872.

El 15 de Setiembre (1) se abrieron, en efecto, las Cortes, en el Palacio del Congreso, con el ceremonial que ya conoce el lector, leyendo Don Amadeo el discurso de la Corona, henchido de promesas y esperanzas que, desgraciadamente, no se realizaron, como veremos en el curso de estas crónicas.

Las desavenencias entre los partidos políticos se habían exacerbado, al punto de que no tuvieron representación en estas Cortes ni el Duque de la Torre, ni Topete, ni Sagasta, ni Malcampo, ni Cánovas del Castillo, figuras principales, cuya ausencia del Parlamento producía hondo disgusto á los partidarios de las ideas y del espíritu que informaban la política de aquellos hombres ante los que se habían cerrado las puertas de la Cámara.

La marejada contra el Gobierno era grande, y amenazaba tomar proporciones alarmantes.

Se nombró á Rivero Presidente del Congreso; y Rivero era hombre enérgico, pero á veces se excedía en los arranques de carácter, y solía disgustar á las oposiciones. Vaya un ejemplo:

Cierto día, el diputado Rubau Donadeu pidió la palabra *para dirigir una pregunta al Sr. D. Eduardo Gasset y Artime, ministro de Ultramar y director del periódico «El Imparcial».*

—Aquí no se hacen preguntas á los directores de periódicos; se hacen á los ministros, al Gobierno—contestó Rivero.

—Pues voy á dirigirlas. Los editores de Barcelona extrañan, y yo con ellos, que en esas Antillas que se llaman Puerto Rico y Cuba se haya prohibido la circulación...

—¿Obras en Cuba? ¿Es verdad? Pues se pondrá en conocimiento del señor ministro.

—Está perfectamente en su derecho el Sr. D. Nicolás María Rivero...

—El Presidente de la Cámara.

(1) De 1872.

—El Presidente, como diputado, tiene un nombre.

—El Presidente aquí se llama Presidente.

—Pues me reservo hacer la pregunta...

—No vuelva S. S. á insistir ni hablar sentado: al Presidente se le habla siempre de pie. Basta.

Y se terminó el incidente.

Otras veces gustaba su inflexibilidad.

El diputado Olavarrieta, que era oficial de Voluntarios de la Habana, dijo, contestando á Salmerón, á propósito de ciertos conceptos que éste había emitido respecto de aquella Institución armada:

«¿Qué diría S. S. si yo dijera que algunos pudieran atribuirlo (1) á una obcecación de S. S., tal vez á malos informes, que algunos amigos que le rodean le hayan podido dar, ó quizá halagado por el oro filibustero?»

Al oír esto los diputados republicanos se levantaron de sus asientos, protestando ruidosamente.

Rivero.—¡Orden! ¿Cómo han creído los señores diputados de la izquierda que el honor de un compañero suyo estaba encomendado á otro que al Presidente? ¿Cómo han podido creer que este magistrado del Congreso había de permitir que se dijera que había aquí quien hablara movido por el oro? (*Aplausos.*) ¡Orden! ¡Callad! Tened la virtud del silencio, que es una gran virtud. No me basta retirar una expresión, sino frase por frase, palabra por palabra, de tal manera, que no saldrá de aquí ningún diputado si no queda satisfecho el honor al cual S. S. ha aludido de un modo tan poco digno.

Olavarrieta dió todo género de explicaciones, repitiendo como un doctrino las palabras que le apuntaba Rivero, y éste se ganó una salva de aplausos.

Último ejemplo:

El diputado Somolinos pidió la palabra para hacer una

(1) Los conceptos que había emitido Salmerón respecto de los voluntarios.

pregunta, y comenzó diciendo: «El señor ministro de la Guerra dice...»

Rivero.—No dice nada: es S. S. el que pregunta.

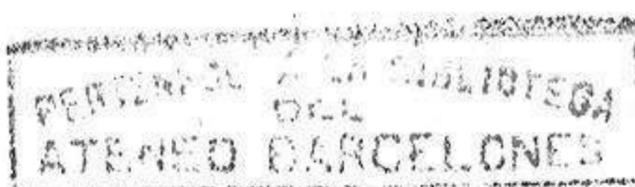
Somolinos.—Pues bien; pregunto y afirmo...

Rivero.—Pregunte S. S. nada más. El Reglamento es una formalidad para todos.

Somolinos.—Yo no sé cómo voy á preguntar.

Rivero.—S. S. puede preguntar preguntando, como aquel sabio demostraba el movimiento moviéndose.

* *



Tanto se habló por aquel tiempo, tanto preocupó la opinión pública, tan contrarios pareceres ofreció la cuestión llamada de los artilleros, que no debemos pasar en silencio el incidente promovido con tal motivo en el Congreso, y á fin de no incurrir en el error, dejando inclinar nuestro ánimo en uno ni en otro sentido, intentaremos reconstituir el hecho aprovechando los antecedentes que en la sesión (1) expusieron don José Fernando González y D. José Navarrete, diputados republicanos, el General Córdova, ministro de la Guerra, y don Manuel Ruiz Zorrilla, Presidente del Consejo de ministros.

Parece que el capitán de Artillería D. Baltasar Hidalgo, habiendo simpatizado con las ideas revolucionarias del partido progresista, pidió la licencia absoluta á fin de quedar en libertad de acción y tomar parte activa en la sublevación que se realizó el 22 de Junio de 1866 (2), y aseguró Ruiz Zorrilla, que Hidalgo no tomó parte, directamente, ni en la insurrección de los sargentos del cuartel de San Gil, ni mucho menos en el sangriento suceso que allí se desarrolló, ocasionando la muerte de algunos oficiales de aquel honroso cuerpo del Ejército; pero es indudable que los individuos del arma de Artillería tuvie-

(1) De 16 de Noviembre de 1872.

(2) Véase nuestro libro *Isabel II, íntima*.

ron desde entonces ciertos y no disimulados resquemores hacia el que antes había sido su compañero.

Así las cosas, y dejando correr los años, sucedió que don Baltasar Hidalgo, ya Mariscal de Campo, fué designado para desempeñar la Capitanía general de las Provincias Vascongadas, y al tomar posesión de su destino, dejaron de presentarse á él los oficiales de Artillería de Vitoria, que es donde tenía su residencia el Capitán general, y dejaron de presentarse alegando que se hallaban enfermos.

Parece también que el citado General dispuso quedasen arrestados en el Hospital militar los oficiales enfermos, y no habiendo local á propósito para ello, pues los oficiales que se hallaban en este caso eran cuatro, pidió autorización para trasladarlos al Castillo de la Mota, de San Sebastián. El Gobierno le contestó que *puesto que en el Hospital militar no había local donde colocarlos, pasasen arrestados á sus casas*, porque el destino de un oficial á un castillo significaba una penalidad. Hidalgo contestó con el siguiente despacho telegráfico: «Acatando su orden, y no permitiendo mi dignidad el ejecutarla, ruego á V. E. presente á S. M. la dimisión de mi cargo y la renuncia de mi empleo de Mariscal de Campo; en el concepto de que, para que tenga efecto aquella orden, entrego hoy el mando al Brigadier de Ingenieros, y marchó esta noche á esa Corte, donde presentaré por escrito á V. E. mi dimisión y renuncia, y volveré probablemente, y como particular, por mi honra abandonada.» Hablaron Vidart, Nouvilas y Lagunero, se leyó una larga é interesante carta de Hidalgo, fechada en París el 28 de Octubre de 1867, explicando los hechos ocurridos en el cuartel de San Gil el 22 de Junio del año anterior, y vindicando el Presidente del Consejo de ministros la conducta del Capitán general de las Provincias Vascongadas, quedó, por el momento, terminado el incidente.

Antes de la ley orgánica del Poder judicial, concurrían los ministros de Gracia y Justicia al acto solemne de la apertura de los Tribunales, que tenía lugar en el Supremo, con el uniforme que es propio de su cargo, y hallándose Montero Ríos al frente de aquel ministerio, ocupándose de la redacción de la citada ley orgánica, de acuerdo con el Presidente del Tribunal Supremo, D. Pedro Gómez de la Serna, al redactar el art. 210 determinó que, cuando el ministro de Gracia y Justicia presidiese el Tribunal Supremo, no llevara más uniforme que la toga con el distintivo que dispusiese una Real orden; algún tiempo después apareció ésta, disponiendo que el distintivo mencionado había de ser un collar á semejanza del que usaba el Presidente del Tribunal Supremo.

Interpeló el diputado Zugasti á Montero Ríos, sobre la construcción del collar, y Montero Ríos contestó (1) dando minuciosos detalles de las vicisitudes por que pasó la construcción del collar y de la forma de su abono (6.000 duros) al platero Moratilla. Parte se pagó con el producto de la venta de las leyes que se publicaban por el Ministerio de Gracia y Justicia, en una imprenta que sostenía el mismo con los fondos de Cruzada; y parte, por cuenta de una cantidad que existía en la Caja de Depósitos, importe de los que se hacían para interponer el recurso de casación en lo civil, y que se declaraban caducados cuando el recurso era desestimado por la Sala primera del Tribunal Supremo. Esa cantidad no figuraba en las cuentas generales del Estado; estaba á disposición de la Sala de Gobierno del Tribunal Supremo, y se la destinaba á las atenciones extraordinarias de Justicia.

Excusado parece añadir, que la gente joven aprovechó el asunto para sacar algún chiste respecto al collar del señor Ministro de Gracia y Justicia.

CARLOS CAMBRONERO

(Concluirá en el número próximo.)

(1) 18 Noviembre 1872.

ITÁLICA

DOLOROSAS VICISITUDES DE SUS RUINAS

Al recorrer impresionado y ansioso las calles de la humilde villa de Santiponce, torcidas y desiguales, y de bien modesto caserío, asemejable todo él, y enjabelgado pródigamente á la andaluza,—parecíame sentir bajo mis pies los crujientes y deformados restos de aquella gran ciudad, aparatosa y opulenta, que debió ser orgullo de potentados y patricios, arruinada tras efímera existencia nadie conocía cuándo, desaparecida sin que se sepa cómo, y sepultada en fragmentos siglos hacía, bajo aquel suelo polvoriento, hollado con indiferencia por tantas generaciones.

Antojábaseme que los muros de aquellas viviendas, construídas con los despojos de la infeliz Itálica, debían ocultar bajo las capas reiteradas de la cal que los cubría, tesoros desconocidos de Arte, despedazados impiamente quizás para su mejor acomodo en la obra, y hasta que las salientes piedras, con que tropezaba en mi camino, fragmentos eran del fino mármol animado por el cincel de prodigioso artista anónimo, para convertirle al soplo de poderosa inspiración en magistral escultura!

Era para mí en aquella ocasión la villa, á modo de singular vegetación urbana, surgida y arraigada con lúgubres esfuerzos entre descompuestos escombros mutilados, y con ellos

construída y alimentada, bien así como las plantas parásitas y salvajes brotan de entre las tumbas, y se nutren de la substancia transformada que les ofrecen los cuerpos allí sepultados; y la iglesia del *Monasterio de San Isidoro del Campo*, erigida de igual manera con escombros, y orgullosa y enfática, entre otras obras de arte, con las notables esculturas de Montañés, que el retablo mayor decoran, y con los despojos mortales del héroe de Tarifa, evocaba involuntariamente en mi memoria cierta poesía del insigne D. Ventura Ruiz Aguilera, mi cariñoso amigo de otros días, ya casi puesto en injusto olvido por los contemporáneos, y en la cual, el cuerpo corrompido del precito condenado por la justicia vengadora de los hombres, y enterrado fuera de sagrado como una bestia, daba también su substancia á lozanas espigas de dorado trigo, que luego, para escarnio de la previsión humana, se convertían en la Hostia consagrada que el sacerdote alzaba solemnemente en el santo sacrificio de la Misa!

De la propia suerte, bien que no con tal trascendencia religiosa y tal solemnidad augusta, del cuerpo muerto, sepultado y corrompido de la pagana Itálica, perseguidora cruel un tiempo de los confesores de Cristo, habían brotado, primero, el templo en que se congregaron sus sacerdotes para adorarle, y después, la cristiana villa de Santiponce, nutriéndose constantemente con la substancia transformada del cadáver nefando del idólatra.

No era, con todo, nuevo para mí, ni mucho menos, el espectáculo con que me brindaba la modesta villa, á causa de él escarnecida con frecuencia por algunos escritores, ni podía extrañar tampoco el procedimiento sin interrupción seguido por los vecinos de Santiponce desde 1595, fecha al nacimiento de la población atribuída, en la edificación de sus hogares: que uso y costumbre fué y será, en el encadenamiento de la vida, el servirse las generaciones posteriores de los despojos aprovechables de las que pasaron y desaparecieron.

Yo había visto, allá en la humilde Peñalba de Castro, de

Burgos, construídos los míseros edificios de aquella escondida población de labradores, con insignes y muy interesantes restos de la afamada *Colonia Sulpicia Cluniense*, parte de cuyo solar ocupa, y al descubierto, como engalanándose con tales reliquias, aparecían los muros formados ó con sillares del *Teatro*, derruído casi, ó con pedestales y con aras, trozos de relieves y de frisos, de *stellas* sepulcrales y cornisas, de epígrafes, no todos conocidos, y columnas!

Yo había visto las largas é inacabables cercas de los corrales construídos en el siglo XVIII para la yeguada que hubo entonces en la dehesa de *Córdoba la Vieja*, donde pastaron después, entre otras, las reses bravas de Saltillo y del marqués de los Castellones, y las de *Lagartijo* pastan; y labrados estaban en toda su extensión aquellos tapiales con los despojos finamente entallados y sorprendentes muchos, de la fantástica *Medina-Az-Zahrá*, que hoy felizmente descubre por orden del Estado mi buen amigo y compañero el arquitecto Velázquez, que ha recogido allí verdaderas maravillas, de superior interés para la Historia y para la Arqueología.

Con los mismos despojos de la ciudad floreciente de Abd-er-Rahman III, erigido fué á principios del siglo XV en el *Monte de la Novia*, allí inmediato, el *Convento de San Jerónimo*, depositario que había de ser más tarde de los trofeos personales de Boabdil, recogidos el año 1483 en la famosa batalla de Lucena; utilizados en la incomparable *Mezquita-Aljama* cordobesa, capiteles, fustes y relieves visigodos; en el *Conventual* de Mérida, pilastras hermosas visigodas; restos de igual especie, en la *Mezquita de Bib-al-Mardóm*, en lo que de las antiguas fortificaciones queda, en los reparos del *Puente de Alcántara* y del *Castillo de San Servando*, en los templos y otras partes de la imperial Toledo, y en general, por todas partes había encontrado sillares y miembros arquitectónicos de castillos, fortalezas y construcciones antiguas más ó menos arruinadas y ruinosas, como en la vieja Accinipo acontecía, arrancados de los caducos edificios, ó extraídos afanosamente de sus

yacimientos, para labrar con ellos sus viviendas á mansalva los moradores de los pueblos comarcanos.

No me sorprendía, pues, ni podía sorprenderme ni indignarme, que en el siglo XIV fuesen erigidos los muros de la iglesia y del *Monasterio de San Isidoro del Campo*, con despojos recogidos del solar de Itálica, ni que en los siglos XVI y siguientes, y hasta en nuestros días mismos, como á comunal cantera de propiedad mostrenca, acudiesen á las ruinas de la engreída Colonia italicense los vecinos de Santiponce, haciendo allí abundante cosecha de excelentes materiales constructivos... Aquella era la ley universal en todos los pueblos, y no había motivo para escandalizarse porque allí se hubiera inexorablemente cumplido y se cumpliese...

Con ocasión de las obras de trastornadora reforma en el *Monasterio de San Isidoro* ejecutadas, y terminadas al parecer en 1524 (1), hubo de recoger acaso de aquellas ruinas venerables, el prócer sevillano D. Fadrique Enríquez de Rivera, primer marqués de Tarifa, algunas de las reliquias monumentales que trasladaba solícito á Sevilla, para enriquecer con ellas, como lo había hecho con otras que de Roma trajo, la señorial morada que á la sazón espléndidamente construía, y hoy *Casa de Pilatos* denomina el vulgo (2). De Itálica procedía, según el letrero que lo consignaba, el fragmento escultural, «desde la cintura hasta las rodillas con corta diferencia, y ropaje talar», resto de varonil estatua que, con otros de Estepa, había piadosamente recogido por su parte, en su casa de campo de

(1) D. Demetrio de los Ríos, *El Monasterio de San Isidoro del Campo*, artículo publicado en *La América* del 8 de Mayo de 1879.

(2) Tanto Rodrigo Caro como Zúñiga, hablan de los «verdaderos tesoros artísticos, arqueológicos y bibliográficos», reunidos en su morada por el marqués de Tarifa y los duques de Alcalá, sus sucesores; pero ni el uno ni el otro, el corógrafo y el analista, hablan especialmente de nada que de las ruinas de Itálica procediese. Acerca de esto, puede verse cuanto dice mi docto y querido amigo Sr. Gestoso, en las páginas 185 y 186 del t. III de su *Sevilla monumental y artística*, y lo que, después, á la pág. 603 del mismo tomo indica.

Lora, á principios ya del siglo xvii, y quizás cuando en 1603 se instalaron en la nueva Santiponce los moradores de la que el río acababa de destruir en aquella fecha, el ilustre anticuario D. Juan de Córdoba Centurión, marqués de Laula, y D. Antonio Ponz menciona (1); «y no es aventurado suponer,—conforme apunta con excelente criterio el arqueólogo hispalense Sr. Gestoso,—que en las colecciones que reunieron... los sevillanos Argote de Molina, el Dr. Juan de Torres, el maestro Francisco de Medina, D. Juan de Arguijo, D. Juan Lucas Cortés, y otros muchos más, lucirían seguramente preciosos objetos de aquella procedencia, que la casualidad, más que la intención determinada, ponían de manifiesto á cada paso» (2).

Como en los tiempos anteriores, erguíanse las resistentes moles del monumental *Anfiteatro*, de cuyas borrosas graderías habían sido arrancados ya no pocos sillares de berroqueña, para emplearlos dentro y fuera de la localidad en diversas construcciones, sin que, en medio del amor que hacia el clasicismo despertaron en todas partes los esplendores del Renacimiento, á nadie hubieran realmente preocupado ni la facilidad y la frecuencia con que el suelo devolvía en Santiponce y sus cercanías los restos de la opulenta colonia romana desaparecida, ni las ingentes moles venerables de aquel soberbio edificio que, á través de no determinadas vicisitudes, iba hasta entonces sobrellevando el peso de los siglos, y triunfando de la pertinacia aniquiladora de los hombres.

No había, sin embargo, de tardar el momento en que fuera decretada su total ruina. Corría el año de 1711, y el Guadalquivir amenazaba desbordado penetrar en Sevilla; para prevenir el desastre, mandábase demoler el *Anfiteatro* como cosa inútil, para labrar un muro de contención, y con picos, con barrenos y con pólvora acometióle falange de obreros afanosos; mas resistió el gigante incommovible la agresión, y bien

(1) *Viaje de España*, t. xvii, Carta quinta, párrafo 9 (pág. 218).

(2) *Op. cit.*, t. III, pág. 603.

que herido bárbaramente, permaneció en pie por fortuna, aunque ayudaban á su destrucción «más rústicas y feroces fuerzas con menos urgente necesidad», y cada día eran «echadas por tierra enormes masas para construir miserables albergues» (1).

Quebrantado de esta suerte, algo hubo de afectar á la robustez de su fábrica el terremoto de 1755, que causó allí otros estragos, siendo también despojos suyos los que en 1771 se emplearon en las obras del *Patín de las Damas del Alcázar*, y en las de la calzada de Castilleja (2). De vez en cuando, en excavaciones practicadas al acaso y por motivos diferentes, pero sin propósito ni plan determinados y fijos, lograban ser salvadas algunas de las memorias por accidente descubiertas, según desde 1753 venía aconteciendo. A estas excavaciones fueron debidos los muy interesantes hallazgos del conde del Aguila, de Bruna, de Wetherell, del P. Ceballos, del P. Moscoso y otros; y aunque no todo lo que hubo de encontrarse á la sazón se conserva, por desdicha,—mucha parte de ello figura hoy en el *Museo Provincial* para gloria de Itálica.

Acometidas en 1794 las obras del camino real á Badajoz, hoy carretera de Extremadura, tanto las ruinas de la antigua

(1) Así en aquella fecha lo refiere el deán de Alicante D. Manuel Martín, en carta al marqués de Maffei, que cita Matute y Gaviria á la pág. 36 de su *Bosquejo de Itálica*, y de quien lo toma mi señor tío D. Demetrio (págs. 13 y 61 de su *Memoria arqueológico-descriptiva del Anfiteatro de Itálica*, publicada en 1862 por la Real Academia de la Historia). A pesar de que Rodrigo Caro le llama *despedazado Anfiteatro*, el deán de Alicante aseguraba con singular optimismo, que en 1711 «permanecía en su mayor integridad y hermosura».

(2) Manuscrito que fué de D. Jorge Díez, citado por mi tío (Op. land., pág. 61), quien agrega (pág. 62): «A las obras de Castilleja de la Cuesta, de que habla el citado Ms., debe referirse sin duda la queja que elevó el diligente Bruna al conde del Aguila, en forma de oficio, la cual, de su puño y letra, se conserva en el *Archivo Municipal* de Sevilla» (Apéndices, núm. 4); tiene la fecha de 18 de Junio de 1771, y da conocimiento de cómo estaban desbaratando el *Anfiteatro*... y trayendo los argamasones para la obra de la cuesta de Castilleja, cosa—decía,—...que nos dará una fama de bárbaros.»

ciudad, como las del *Anfiteatro*, fueron puestas á contribución sin piedad de ningún género; y aquella vía, que partiendo de Triana debía de ser fuente de progreso y de cultura para Santiponce, origen fué desde sus comienzos de las desventuras que por su causa han experimentado hasta el presente las reliquias de la infeliz y destruída Colonia, y del *Anfiteatro*.

Bordeando por su derecha el caserío de la villa, el trazado de la carretera hacía la pasar precisamente sobre las reliquias de la pretendida patria de Trajano. Con motivo de la explanación y de las demás indispensables obras, al descubierto se ofreció en largos espacios, dejando las llamadas *Eras del Monasterio* á su izquierda, el espectáculo de aquellos restos escultóricos y arquitectónicos que fueron otro tiempo bellísimas obras de Arte, con las cuales se honró la población derruída; mármoles, jaspes, bronces, pavimentos, escombros de toda especie... Hermosos materiales en su mayoría para el afirmado, con los que la casualidad brindaba pródiga y generosa, y que fueron con gratitud aprovechados, acabando de destruir para menuda grava, lo que conservaba aún formas apreciables, y era quizás de tan superior valor artístico cual de incuestionable precio arqueológico.

¿Quién, al cabo ya de más de un siglo, podrá sospechar siquiera la cantidad y la importancia de cuanto puso la ocasión inopinadamente ante los ojos de los trabajadores, y despedazaron éstos con dolorosa indiferencia y esfuerzos reiterados, sin comprender su mérito ni su valía? ¿Quién podrá apreciar al presente si el estado, la situación y la disposición en que la herramienta ciega del obrero sorprendió el yacimiento de aquellas reliquias, aparecidas de improviso y como por ensalmo, eran la disposición, la situación misma y el estado en que habían permanecido inertes desde la destrucción fatal de Itálica, ó había sido ya removida en otras ocasiones la triste sepultura de la espléndida Colonia?

¡Quién sabe, si con motivo de estas obras habría resultado posible llegar al conocimiento de la forma en que hubo de

cumplirse el fatal destino de aquella infeliz población desventurada! «Trozos de cornisas y pedestales convertidos en guardarruedas», vió Ceán Bermúdez á lo largo de la carretera (1), y Matute y Gaviria en 1826, no rehuía declarar, cómo al tiempo que preparaba su obra para la imprenta, «continuaban las excavaciones y destrucciones en Itálica, con el objeto de resanar con sus despojos el próximo camino de Extremadura» (2). En la grava del mismo proseguían sucumbiendo machacados, y siendo deshechos en polvo por las ruedas de los carros y los cascos de las caballerías, mármoles exquisitos, en los que habían impreso su sello divinal el Arte!

No tengo á mano, desde la fecha del libro de Matute, pruebas testimoniales de los daños que lenta y constantemente, y al mismo compás de los que en las ruinas continuaban causando los vecinos de Santiponce, eran también por su parte originados para la conservación y el entretenimiento de la carretera de Extremadura; pero aunque no los tengo, habrán de constar de alguna manera, hasta llegar á los comienzos del año de 1844. Ya en éstos, y á 12 del mes de Enero, doliéndose de cuanto se destruía en Santiponce y el *Anfiteatro*, decía el periódico semanal de Literatura y Artes que con el título de *La Floresta Andaluza* se publicaba en Sevilla: «No sabemos nosotros á quién culpar en el *atentado cometido* contra unas ruinas tan venerables; hemos oído decir,—proseguía,—*que se destruyen para componer la carretera*, y también se nos ha dicho *que se extraen los sillares [del Anfiteatro] por los vecinos del pueblo [de Santiponce] para labrar casas.*»

Poco efecto debieron producir las quejas de entonces, cuando con la misma persistencia seguían siendo utilizados para las reparaciones de la carretera los restos de Itálica. Demuéstralo así, el artículo que en *El Porvenir* de Sevilla, del 2 de Noviembre de 1855, publicaba mi señor tío, ya citado, el arquitecto

(1) *Sumario de las antigüedades romanas*, pág. 284.

(2) *Bosquejo de Itálica*, pág. 51.

D. Demetrio, manifestando que las lluvias otoñales habían ocasionado estragos en la dicha carretera, y que el ingeniero se disponía á repararlos «destruyendo las ruinas inmediatas á Santiponce», empleadas «otras veces con el mismo uso», pues juzgaba «vulgar preocupación», la que á ello se oponía (1).

Hacíase eco la prensa de Madrid de lo dicho por la sevillana (2); y declarando que el Gobierno que á la sazón regía los destinos de España no era «capaz de tolerar» el «sacrílego proyecto» del ingeniero de Sevilla, «por más que desde el año 40 al 43 se ensayara el bárbaro atentado contra las ruinas de Itálica que se quiere consumir en 1855»,—con el título de *Rasgo del embajador inglés*, publicaba *El León Español*, diario monárquico constitucional de Madrid del día 10 del propio mes de Noviembre, la siguiente carta, que, con fecha del 9, le dirigía lord Howden, general Caradoc, embajador de Inglaterra:

«Sr. Director de *El León Español*.

»Muy señor mío:

»Habiendo leído en el número de ayer de su estimable periódico, un bien sentido artículo de asombro, *con motivo de la extraordinaria propuesta de emplear los venerables restos de Itálica como materiales para componer un camino*, me siento animado de un vivísimo deseo de añadir mis humildes esfuerzos á la poderosa voz de usted, *para evitar semejante profanación; y desde ahora me obligo, como individuo particular, á PAGAR DE MI BOLSILLO, para el objeto indicado, UNA CANTIDAD EQUIVALENTE Á LO QUE PUEDA VALER, según tasación hecha sobre el terreno, LA PIEDRA QUE SE INTENTA EXTRAER DE LAS RUINAS.*»

(1) *El León Español*, diario de Madrid, en el número del 8 de Noviembre, insertaba parte del oficio en que el ingeniero proponía al gobernador se destinasen á reparar la carretera, las ruinas de Itálica, diciendo: «He recurrido á V. S. en demanda de piedra que puede extraerse de las ruinas inmediatas á Santiponce, porque se han utilizado otras veces en el mismo uso, y porque tengo por vulgar la preocupación que á ello se opone.»

(2) *El León Español*, número citado.

«La magnífica oda de Rioja,—añadía, porque aún no se había demostrado que la *Canción á las Ruinas de Itálica* es de Rodrigo Caro,—*tiene eco hasta en el oído de un extranjero.*»

La caballeresca intervención del Embajador de Inglaterra,—que es muy de agradecer, pero que resultaba en definitiva poco honrosa para los españoles,—debió de producir efecto en las esferas oficiales, pues, suspendidos de orden superior los trabajos el 27 de aquel mes, el 5 del siguiente, y bajo la presidencia del Gobernador de la provincia, que lo era D. Mariano Castillo, se levantaba y publicaba un *Acta*, que tengo á la vista, y en la cual, como ocurre siempre en estos y otros casos parecidos, se procuró atenuar piadosamente el hecho, declarando con notoria y complaciente benevolencia:

1.º Que el ingeniero jefe del distrito de Sevilla estaba «autorizado» para «recoger la piedra suelta é informe que en pequeñas cantidades y sobre la superficie del terreno, existe en las inmediaciones de la villa de Santiponce, la cual,—dice el *Acta* sin reparar en el contrasentido que encierra esta afirmación,—emplean sus vecinos en la construcción de casas; que para recoger solamente estas piedras sueltas é informes, en corta cantidad esparcidas sobre la superficie del terreno, «dispuso comenzasen los trabajos hacia el P. del *Anfiteatro* y el padrón de un olivar inmediato, descubriéndose, á consecuencia de esta operación (la de recoger las piedras superficiales), un trozo de cimiento de mampostería ordinaria de 90 metros, perteneciente, al parecer, al recinto de la ciudad», y que, por hallarse el ingeniero director ausente, «los operarios habían profundizado, contra las órdenes recibidas, haciendo una excavación, de donde extrajeron algunos materiales», los cuales, se agrega como atenuación, formaban parte del cimiento.»

2.º Que en la operación de recoger la piedra informe, suelta y superficial, que era lo único para lo que estaba autorizado el ingeniero, «no muy distante de esta muralla (trozo de cimiento se la denominaba en el apartado anterior), y fronterero á las *Thermas*», habían sido puestos al descubierto «con

loable esmero, dos muros de 27 metros de longitud, que... sustentaban una bóveda construída de hormigón», pertenecientes á un edificio que «se considera muy importante».

3.º «Que *al nivelar* el piso de una calle dentro del pueblo, con el objeto de llevar materiales á la carretera», lo cual no era tampoco recoger piedra suelta, se habían verificado otros descubrimientos que se señalan.

Y 4.º «Que en las ruinas *hasta ahora conocidas*, así como en el *Anfiteatro*», no habían tocado los trabajadores, «si bien recogieron algunos escombros en el sitio nombrado *el Palacio*», no habiendo experimentado ningún daño «los muros, y hoy puede examinarse mejor,—dice,—*porque esta operación se ha hecho con señalada inteligencia*».

Creo yo que huelga todo comentario, y que las respetables personas que suscribieron el *Acta* casi reproducida (1), procedieron con el noble deseo de no ocasionar perjuicio á nadie, ya que no había remedio para lo hecho. Por desventura, esta generosidad no produjo efecto para lo sucesivo. En 3 de Octubre del siguiente año de 1856, veíase la Diputación Arqueológica de Sevilla en el triste caso de poner oficialmente en conocimiento del gobernador, Sr. D. Rafael Navascués, que estaban «destrozándose las moles del famoso *Anfiteatro*, para conducir los escombros á la próxima carretera de Extremadura»,

(1) Aparecen en ella, firmando con el gobernador, D. Antonio Arístegui y Ponce, individuo de las Diputaciones Provincial y Arqueológica; D. José María de Alava y Urbina, catedrático de Derecho Romano en aquella Universidad; D. Miguel de Carvajal y Mendieta, vocal de la Comisión Provincial de Monumentos; D. Juan José Bueno, director y fundador de la Diputación Arqueológica; D. Lorenzo Cardenal, ingeniero y segundo jefe del distrito; D. Antonio Sánchez-Castilla, secretario del Gobierno civil; D. Demetrio de los Ríos, arquitecto y catedrático de la Escuela de Bellas Artes; D. León Carbonero y Sol, catedrático en aquella Universidad; los individuos de la Diputación Arqueológica D. Manuel M. Bascones, D. Antonio del Canto y Torralbo, D. Manuel González Reinoso, D. José Sánchez-Reciente y D. José María Bandarán, y los secretarios de la misma Diputación, D. Antonio María Ariza y D. Francisco Collantes.

y cometiéndose otros estragos con motivo de la feria de Santiponce (1). El gobernador, con celo digno de superior elogio, se apresuraba el día 6 á ordenar al comandante de la Guardia civil de la indicada villa, diese las órdenes oportunas «para que *inmediatamente, y sin admitir excusas de ningún género*», impidiese que «por *persona alguna se extraigan—dice,—piedras ni materiales de las ruinas de Itálica*, estorbando que continúen destruyendo los restos de que trata, *sea quien fuere* el que esté encargado y mande ejecutar estos trabajos, que *en el acto han de quedar suspensos*» (2), y al mismo tiempo comunicaba al ingeniero del distrito, D. José Soler y Mena, la orden de que «dispusiese desde luego que cesaran los trabajadores, *desde ahora para siempre, de extraer un solo polvo de tierra de las ruinas de Itálica y de sus inmediaciones*» (3).

El Centinela de Andalucía, periódico de Sevilla, reproducía el 7 de Noviembre un artículo de *El Criterio*, de Madrid, denunciando estos atentados, y recordando su autor, que al visitar «aquellas venerables ruinas en 1840», oyó «decir al ingeniero que mandaba en aquel departamento, *que el camino de Extremadura se tragaría el Anfiteatro*»; y mientras la *Revista de Obras Públicas* rechazaba á nombre del Cuerpo de Ingenieros toda participación en el atentado de Itálica, justamente censurado por *El Criterio*, *El León Español*, *El Diario Español*, *La Regeneración*, y otros periódicos de la Corte,—no dejaba, sin embargo, indefenso la indicada *Revista* profesional el hecho, formulando las siguientes peregrinas preguntas, que fueron por *El Criterio* contestadas: «¿Basta que una piedra haya sido hace diez y seis ó diez y ocho siglos *untada con mortero romano* para que no pueda ya emplearse hasta el fin del mundo en ninguna obra de utilidad pública ó privada?» «¿Desde qué fecha es *respetable lo antiguo*, y una profanación darle nuevas aplicaciones?»

(1) *El Porvenir*, de Sevilla, del 28 de Octubre de 1856.

(2) *Idem id.*

(3) *El León Español*, de Madrid, del 30 ó 31 del propio mes.

De la relación anterior, y de los acontecimientos consignados, deducía yo sin esfuerzo, que el camino real ó carretera de Extremadura había sido desde el año 1794 el mayor enemigo que, por lo menos, hasta 1856, tuvieron las ruinas de Itálica y el *Anfiteatro*, descontado el pueblo de Santiponce, cuyo caserío, por lo general, está construído con aquellas reliquias, explotadas aún en nuestros días por los vecinos de la localidad expresada. La campaña emprendida valientemente por mi tío D. Demetrio, secundada por la Diputación Arqueológica de Sevilla, por la prensa sevillana y madrileña, por las Reales Academias de la Historia y de San Fernando, en cuyas decisiones intervenía mi Padre, y, finalmente, amparada en 1856 por el inolvidable D. Claudio Moyano, ministro á la sazón de Fomento, daba, al parecer, como resultado, el respeto oficial á aquellas memorias venerables; y la visita que en 1862 hicieron á Itálica SS. MM., de tal suerte excitó el entusiasmo, no exento de romanticismo en los sevillanos, que entre ellos surgió la idea de construir en las ruinas una población, la cual debía llevar el nombre de *Itálica-Isabelina*.

Había hecho Isabel II, con la generosidad propia de su carácter, un donativo para proseguir las excavaciones; ofrecieron los ministros que el Gobierno ayudaría á la empresa, y que para ello facilitaría además doscientos penados; y enardecidos los amantes de la antigüedad con estas promesas, soñaron con resucitar la que decían ciudad de Trajano y de Teodosio, reconstruyéndola, como si en realidad fuera posible dar la vida á un cadáver, con el lapso de los siglos desconcertado y descompuesto.

Afortunadamente, la idea no pasó de serlo, y con excelente y sano criterio, en 26 de Octubre de 1862 hacía notar mi tío, desde las columnas de *La Andalucía*, como era la verdad, que todas las excavaciones practicadas hasta el día habían sido encaminadas «más bien á llenar los Museos de objetos arqueológicos que para estudiar las grandes cuestiones históricas» con que podía brindar Itálica; es decir, que nadie había hasta

entonces procedido, desde el siglo XVI, á practicar allí excavaciones sino con el propósito único de *extraer* los restos más ó menos monumentales que la casualidad y la buena fortuna de los investigadores proporcionasen, ya para conservarlos como objetos curiosos, ya para enajenarlos, ya para que fuesen dolorosamente destruídos por ser su extracción difícil y costosa, conforme acontecía con los pavimentos de mosaico, y ya para donarlos, según ocurrió con la cabeza de Minerva, ó atribuída á Minerva, hallada en 1839, y que «se llevó á Su Majestad», é ignoro su actual paradero, y «otra que regaló el señor de San Millán al Secretario de la Embajada de Francia» entonces, y de las mismas excavaciones procedía (1).

Era preciso algo más que contentarse con recoger de entre los escombros de vez en cuando testimonios de la opulencia de Itálica, más ó menos expresivos é interesantes; y á esta labor, desde 1859, tendieron todos los esfuerzos de aquel mi pariente, desenterrando en primer término el *Anfiteatro*, en mucha parte oculto aún entonces por la tierra. El generoso donativo de Isabel II sirvió para dar en 1863 mayor impulso á los trabajos, «extrayéndose del *Anfiteatro* doble cantidad de metros que en años anteriores, y reconociendo en él largas y hermosas galerías en perfecta conservación.»

«Pero ¿qué es esto,—decía en 20 de Noviembre del año referido,—comparado con lo que debiera hacerse? ¿Quién es capaz de calcular los millares de metros cúbicos de tierra que llenan la planta baja del *Anfiteatro*? ¿Quién sabe los edificios y preciosidades que aún permanecen ocultos dentro del perímetro de la antigua Itálica?» «Mil veces, aseguraba haber oído

(1) Consta así de los «Fragmentos de los borradores de los Estados de los objetos extraídos en la Excavación de Itálica, remitidos al Gobierno de Su Majestad», manuscrito que proporcionó á mi tío D. Demetrio mi señor Padre, y cuyo conocimiento debo á la galantería con que mis primos D. Isidoro y D. Fernando de los Ríos y Valdivia me han facilitado estos y otros datos que utilizo de presente y guardaba mi señor tío, ya nombrado.

exclamar á los individuos de la Diputación Arqueológica y á los de la Comisión provincial de Monumentos: «Si se hiciese junto á Itálica una vía ferrea, si se emprendiesen grandes obras de terraplenes, acaso convendría á alguna asociación levantar parte de la capa que cubre la antigua ciudad, ¡acaso ayudaría á desenterrar siquiera el *Anfiteatro!*»

Porque,—observaba,—«el suelo de Itálica pertenece á muchos propietarios; el *Anfiteatro* está debajo de sus plantas...; la propiedad particular rodea en tal manera las ruinas, las estrecha tanto, *que no hay sitio para vaciar las tierras que se extraen de las excavaciones*», habiendo sido siempre este «el compromiso» en que se veían los exploradores (1), el cual había de dar más tarde ocasión al descubrimiento inesperado de aquellos 24 mosaicos y de aquellos edificios que, á partir del 27 de Julio de 1872 (2), fueron sucesivamente apareciendo en los olivares próximos al *Anfiteatro*, y dados á conocer por mi tantas veces ya citado tío (3).

Los deseos de los individuos de la Diputación Arqueológica y de la Comisión Provincial de Monumentos, cumplidos están ya, pues por las proximidades de Santiponce discurre la vía férrea de San Juan de Aznalfarache á Cala, y en Santiponce tiene estación; para cruzar la *Vegueta* ha construído aquella empresa ferroviaria alto terraplén indispensable; pero si las tierras que lo forman no proceden de las extraídas en el *Anfiteatro*, proceden de los egidos del pueblo, y causa fué la extracción de las mismas de los interesantísimos descubrimientos verificados el año de 1903, y estudiados en muy docta *Memoria* del Sr. D. Manuel Fernández López, publicada en 1904.

(1) *Itálica-Isabelina*, artículo publicado en la *España Literaria*, de Sevilla, número 2, correspondiente al 20 de Noviembre de 1862.

(2) *Itálica*, artículo publicado en *La Legitimidad*, de Sevilla, correspondiente al 2 de Agosto de 1876.

(3) *Itálica*.—*Últimos descubrimientos de 1874*. (*La Ilustración Española y Americana*, números del 15 de Enero y 8 y 28 de Febrero de 1875.)

Excavaciones parciales verificáanse constantemente por los particulares. Todos recuerdan en Santiponce las practicadas por el docto hispanófilo norteamericano Sir Arthur Milton Huntington, y ponderan el número y calidad de los objetos extraídos, los cuales fueron trasladados al *Museo* que en New-York posee aquel potentado, á quien la funesta guerra de 1898 obligó á marchar de España, abandonando sus exploraciones de las ruinas de Itálica, con gran sentimiento de los vecinos de Santiponce. En las *Eras del Monasterio*, en los olivares, en los corrales de las casas, por todos lados, han sido hechas y prosiguen haciéndose excavaciones y continúan apareciendo mosaicos, los cuales son adquiridos por los particulares, según ocurrió, entre otros, con el *Mosaico de Baco*, trasladado por D. Eduardo Ibarra á su casa de Sevilla (1), y ha acontecido en ocasiones varias, figurando algunos en las moradas respectivas de la señora de Manjón y de los señores de Iturbe (2).

En Santiponce y en Sevilla, se recuerda asimismo al *albañil Rodríguez*, en cuya casa existía un pozo, del cual es fama pública que extraía fácilmente, y siempre que á ello se le invitaba, objetos de más ó menos valor, romanos, que algunas personas conservan (3), como se recuerda á D. Gaspar Palomar, al

(1) Dió á conocer este mosaico el ilustre arqueólogo D. Pelayo Quintero en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, correspondiente al mes de Enero de 1902, páginas 19 á 22. Actualmente, en tierras que son de la propiedad de la viuda é hijos de D. Juan Agustín González, se ha descubierto otro mosaico, cuya parte central, adquirida por el señor Ibarra, ha sido trasladada ya á su casa, subsistiendo en el terreno sólo la guardilla del pavimento.

(2) *Boletín* citado, pág. 22. La colección italicense que posee en Sevilla la señora de Manjón es verdaderamente notable por la calidad, la categoría, el mérito y el número de los objetos que la forman.

(3) Su hijo, José Rodríguez, albañil también, ha sido y sigue siendo uno de los más tenaces y afortunados rebuscadores de las ruinas; y si bien algunos de los objetos por él hallados en su faena merodeadora los ha enajenado al *Museo* de la provincia, á la señora de Manjón y á otros particulares, y contribuyó al éxito de las excavaciones de 1903 en la *Vegueta* de Santiponce, ha sido también uno de los que más destrucción han causado, ya haciendo cal con las piedras de los vestutos muros descubiertos,

médico que fué de aquel partido, Sr. Ballesteros, de quien se afirma poseía un *saco de camafeos* recogidos en las ruinas, y al alcalde que fué también de aquella localidad, Sr. Romero.

*
* *

Cuando, de regreso de la última de mis expediciones á Santiponce, recogía yo en Sevilla el pensamiento, ocurriásemme, en vista de lo que enseña la historia de las excavaciones de Itálica, y de lo que enseña asimismo el espectáculo, cotidiano casi, de los hallazgos con tanta facilidad logrados en la villa y sus alrededores, ocurriásemme, repito, habrían de ser muchas, reiteradas y de índole diversa, las dificultades con que al presente y para lo futuro tropezarían siempre las excavaciones que el Estado por su cuenta practicase en el solar de la antigua y malhadada Colonia.

Sobre gran parte de él asienta Santiponce; el resto, son tierras de pingües productos y subido precio. Desenterrar la población derruída; poner al descubierto sus vías, la planta de sus edificios públicos y privados, sus murallas, sus torres, sus templos, su *Foro*, su *teatro*, todo, en fin, lo que constituyó la urbe propiamente dicha, y ya que no otra cosa, la planta de las *villas* suntuosas que menudeaban por aquellos campos, sombreadas por hermosas arboledas, provistas de fragantes jardines, atestadas de todas aquellas menudencias que el lujo y la moda hacen de grande importancia en cada tiempo y acumulan en sus casas los poderosos, labor sería de superior interés, pero que estimo imposible.

cuyas trazas borraba así, ya vendiendo para ser fundidos en Sevilla no escaso número de féretros de plomo, con labores y signos, semejantes á los conservados en el *Museo* de Sevilla. Y es tal la vocación al merodeo en él y en otros muchos vecinos de Santiponce, que puede asegurarse es uno de los que más oposición y resistencia hacen, aunque pasiva, al éxito de las excavaciones que el Estado practica, por más que en ella como capataz intervenga.

Imposible, porque para ello, sobre ser indispensable invertir cuantiosas sumas, se haría precisa la desaparición de Santiponce, y con ella, naturalmente, la del *Monasterio de San Isidoro del Campo*, que es Monumento Nacional desde hace treinta y nueve años. Imposible, porque, á juzgar por el estado en que han aparecido los restos de estatuaria y de arquitectura, el solar de Itálica ha sido evidentemente removido en reiteradas ocasiones, antes y después de la Reconquista cristiana, y de las excavaciones, ya particulares, ya públicas, verificadas allí desde el siglo xvi hasta el corriente...

Soñar con que ha de sorprenderse una nueva Pompeya, es quimera vana. Algo podrá conseguirse; pero no habrá de ser mucho, por grandes que resulten los esfuerzos del Estado y las aspiraciones del Gobierno.

Porque hay que convencerse de que Itálica, ni fué nunca «de nuestras ciudades romanas la mayor y la más importante», aunque haya sido «la más cantada, la más renombrada y estudiada con más empeño», ni obtuvo jamás la importancia política ó militar que obtuvieron otras varias poblaciones de una y otra Hispania. Estación veraniega, adornáronla lujosamente los patricios que iban allí á descansar en el campo, de sus tareas en la ciudad cercana. Esmeráronse en sus templos, dotáronla de *thermas*, de edificios para espectáculos, grandiosos y solemnes, como el *Anfiteatro* demuestra; acaso tuvo lujoso Foro, adornado de bellísimas estatuas, de las cuales puede ser alguna de las extraídas por Bruna en el siglo xviii y D. Ivo de la Cortina en el xix...

Las condiciones con que aparecen los mosaicos más hermosos en las *Eras del Monasterio* y en los olivares, patentizan, con la absoluta carencia de restos arquitectónicos, que aquellas suntuosas viviendas, alhajadas lujosamente, con sus muros pintados por modo delicioso, y sus pavimentos de mosaico, fueron, arquitectónicamente, de muy escasa valía: algo parecido á la arquitectura hoy en moda, en que el portland, el cemento y el zinc, y el ladrillo hueco, fingen magníficas construc-

ciones, que durarán bien poco, pero que dan idea de magnificencia y que recrean la vista y decoran las poblaciones.

De cualquier modo que sea, Itálica merece, sin embargo, el estudio á que convidarán sin duda los resultados de las excavaciones proyectadas, siempre que el Estado facilite los recursos que la labor continuada de muchos años habrá de hacer indispensables (1).

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

24-IV-911.

(1) Meses después, de escrito este artículo, la *Gaceta* del 8 de Julio publica la *Ley* por la cual han de regirse en lo sucesivo las excavaciones del Estado y de los particulares; pero me temo que á pesar de los excelentes propósitos de su autor, el Sr. Gimeno, no haya en la práctica de producir los efectos que con ella se pretenden.

LOS AHORCADOS

IV

«Nosotros, los de Orel...»

En la misma sesión, el consejo de guerra que había juzgado á Janson condenó á pena capital en horca á Mikhail Golubetz, de apodo Michka el Tzígano, campesino de la provincia de Orel, distrito de Eletz. El último crimen de que se le acusaba, con pruebas convincentes, era un robo á mano armada y seguido de asesinato de tres personas. Desconocíase su pasado. Vagos indicios permitían creer que el Tzígano había tomado parte en toda una serie de otros asesinatos. Con una sinceridad y una franqueza absolutas, él mismo se calificaba de bandolero y abrumaba con el peso de su ironía á aquellos que, por seguir la moda, se llamaban pomposamente «expropiadores». Complacíase en contar con todos los detalles su último crimen, pero en cuanto se tocaba á lo pasado respondía:

—¡Id á preguntárselo al viento que sopla sobre los campos!

Y si persistían en interrogarle, el Tzígano tomaba un aire digno y serio.

—Nosotros, los de Orel, somos todos cabezas calientes, padres de todos los ladrones del mundo—afirmaba con tono firme y juicioso...

Le habían puesto el remoquete de Tzígano, á causa de su fisonomía y de sus instintos de ladrón. Era flaco, extraordinariamente moreno, con manchas amarillas en los pómulos, sa-

lientes como los de un Tártaro. Su mirada era rápida y viva, llena de curiosidad, espantosa. Las cosas en que se fijaba perdían no se sabe qué; se transformaban, dándole una parte de ellas mismas. Se vacilaba en tomar un cigarrillo que él hubiese mirado, como si ya lo hubiera tenido en la boca. Su carácter extraordinariamente móvil hacía aparecer, ora replegado sobre sí mismo, ora difundiéndose como un haz de chispas. Bebía el agua casi á cubos, como un caballo.

Cuando los jueces le interrogaban, respondía levantando con prontitud la cabeza, sin titubear, hasta satisfecho:

—¡Es verdad!

A veces recalcaba:

—¡Es *verrrrdad!*

Bruscamente se puso en pie, de un salto, y preguntó al presidente:

—¿Me permite usted silbar?

—¿Para qué?—exclamó éste, asombrado.

—Los testigos dicen que yo he dado la señal á mis compinches; quiero enseñar á ustedes cómo lo hago. Es muy interesante.

Un poco desconcertado, el presidente concedió la autorización pedida. El Tzígano se puso vivamente en la boca cuatro dedos, dos de cada mano; giró los ojos con ferocidad, y el aire inerte de la sala de audiencia fué roto por silbido salvaje. Había de todo en aquel ruido penetrante, casi humano, casi animal: la mortal angustia de uno á quien matan, la salvaje alegría del asesino; una amenaza, un llamamiento, la soledad trágica, la obscuridad de una lluviosa noche de otoño.

El presidente agitó la mano; el Tzígano se detuvo con docilidad. Igual que un artista que acaba de tocar un aire difícil y de buen éxito seguro, tomó asiento, se enjugó los dedos mojados en su capote de preso y miró á los concurrentes con aire satisfecho.

—¡Qué bandido!—exclamó uno de los jueces, frotándose la oreja.

Pero su vecino, que tenía ojos de Tártaro parecidos á los del Tzígano, miró con aire soñador á lo lejos, sonrióse y replicó:

—¡En efecto, es interesante!

Sin remordimiento alguno de conciencia, los jueces condenaron á muerte al Tzígano.

—¡Es justo!—dijo el Tzígano, cuando se pronunció la sentencia.

Y dirigiéndose á un soldado de la escolta, añadió por bravuconería:

—¡Bien, vámonos, imbécil! ¡Y ten bien tu fusil, porque si no te lo quito!

El soldado le miró con aspecto temeroso; cruzó una mirada con su compañero y vió si funcionaba bien el disparador de su arma. El otro hizo lo mismo. Y durante todo el trayecto hasta la prisión, á los soldados les parecía, no que andaban, sino que volaban: iban tan absortos en el condenado, que no tuvieron conciencia del camino que recorrían, ni del tiempo, ni de sí mismos.

Como Janson, estuvo Michka el Tzígano diez y siete días preso antes de ser ejecutado. Y esos diez y siete días pasaron con igual rapidez que uno solo, llenos de un pensamiento único: el de la fuga, el de la libertad, el de la vida. El alma violenta é indómita del Tzígano, ahogada por las paredes y las rejas de la opaca ventana, gastaba toda su energía en incendiar el cerebro de Michka. Cual entre los vapores de la embriaguez, se arremolinaban, chocaban y confundían en su cabeza imágenes vivas, aunque imperfectas; pasaban con una rapidez irresistible y cegadora, tendiendo todas ellas al mismo fin: la fuga, la libertad, la vida. Durante horas enteras, con las ventanillas de la nariz dilatadas como las de un caballo, el Tzígano venteaba el aire: parecía percibir el olor del cáñamo y del incendio. O bien daba vueltas cual una peonza en el calabozo, examinando las paredes, tentándolas con los dedos, midiendo, atravesando el techo con la mirada, serrando mental-

mente los barrotes de la reja. Con su agitación, era el tormento del soldado que le vigilaba por la mirilla; en varias ocasiones, le amenazó éste con hacer fuego.

Durante la noche el Tzígano dormía profundamente, sin rebullirse, en una inmovilidad invariable, como un resorte inactivo por el momento. Pero en cuanto se ponía en pie de un salto, empezaba otra vez á combinar, á tantear, á estudiar. Siempre tenía las manos secas y calientes. A veces, el corazón se le paraba de pronto, como si le hubieran puesto en el pecho un trozo de hielo que no se fundiera y que hacía correr por su piel un escalofrío continuo. En esos momentos, la tez ya renegrida de Michka se oscurecía aún más y tomaba el matiz azulenco de la fundición de hierro. Un *tic* estrafalario se apoderó entonces de él: como si hubiese comido de un plato excesivamente dulce, se lamía de continuo los labios; luego, con un silbido y apretando los dientes, escupía al suelo. No terminaba las palabras: sus pensamientos corrían tan de prisa, que la lengua no lograba ya formularlos.

El vigilante en jefe entró un día en la celda, acompañándole el centinela. Se escurrió en el suelo constelado de gargajos, y dijo con rudeza:

—¡Mirad, cómo ha ensuciado el calabozo!

El Tzígano replicó vivamente:

—Y tú, morrudo, has ensuciado toda la tierra, y yo no te he dicho nada. ¿Por qué me fastidias?

Con la misma aspereza, el vigilante le propuso que aceptara el oficio de verdugo. El Tzígano descubrió los dientes y se echó á reir:

—¡No encuentran ninguno! ¡No está eso mal! ¡Id, pues, á ahorcar á las gentes! ¡Ah! ¡Ah! ¡Hay pescuezos, hay sogas, y nadie para que ahorque! ¡Demonio, no está mal eso!

—¡Se te dejará la vida en recompensa!

—Ya lo comprendo: si estuviese muerto no podría hacer de verdugo.

—Vaya, ¿sí ó no?

—¿Y cómo ahorcan entre vosotros? Probablemente se estrangulará á las gentes á escondidas...

—¡No, las ahorcan con música!—replicó el vigilante.

—¡Imbécil! Ya se comprende, hace falta música... ¡Como ésta!...

Y se puso á cantar un aire arrebatado.

—¡Te has vuelto completamente loco, amigo! Vamos, habla en serio, ¿qué decides?

El Tzígano enseñó los dientes.

—¡Pues no tienes poca prisa! ¡Vuelve y te lo diré!

Y el caos de imágenes confusas que agobiaban al Tzígano se aumentó con una nueva imagen: en medio de una plaza negra de gentío, álzase un patíbulo sobre el cual él, el Tzígano, se pasea con camiseta roja y el hacha en la mano. El sol ilumina las cabezas, juega alegre en el metal del hacha; todo es tan regocijado, tan magnífico, que hasta el mismo á quien van á cortar la cabeza se sonríe. Detrás de la multitud se ven los carros y los hocicos de los caballos: los campesinos han venido á la ciudad con esta ocasión. Más lejos todavía, los campos. El Tzígano se lamió los labios y escupió al suelo. De repente, le pareció que acababan de meterle la gorra de piel hasta la boca: todo se puso obscuro; jadeó, y su corazón se transformó en un pedazo de hielo, mientras pequeños escalofríos le recorrían el cuerpo.

Dos veces más volvió el vigilante; con los dientes á la vista, el Tzígano le respondió:

—¡Pues no tienes poca prisa! ¡Vuelve otra vez!

Al fin, un día, el carcelero le gritó al pasar por delante de la mirilla:

—Te perdiste la ocasión, feo cuervo. Se ha encontrado otro.

—¡Que el demonio te lleve! ¡Vete tú mismo á ser verdugo!—replicó el Tzígano. Y cesó de soñar con los esplendores de ese oficio.

Pero hacia el fin, conforme se iba acercando la fecha de la ejecución, más insoportable se hacía la impetuosidad de las

imágenes. El Tzígano hubiera querido suspender la carrera de ellas, pero el torrente furioso le arrebatava sin que pudiera sostenerse en cualquier cosa. Y su sueño se volvió agitado; tuvo nuevas visiones, deformes, de tan mala pinta como trozos de madera iluminados, y todavía más impetuosas que sus pensamientos. Ya no eran un torrente, sino una continua cascata de una altura infinita, un vuelo vertiginoso á través del mundo deslumbrador de los colores. En otro tiempo el Tzígano sólo llevaba bigote, muy bien cuidado; desde que estaba preso había tenido que dejarse crecer la barba, que era corta, negra, punzante y le daba aspecto de loco. Por añadidura, el Tzígano perdía el entendimiento por instantes. Daba vueltas alrededor de la celda sin tener conciencia de ello, palpando las paredes rugosas. Seguía siempre bebiendo mucha agua, como un caballo.

Una noche, cuando encendían las lámparas, el Tzígano se puso á cuatro patas en medio del calabozo y lanzó un aullido de lobo. Muy formal, como si realizase un acto indispensable y de importancia, aspiraba el aire á pulmón lleno, y luego lo expelía con lentitud en un aullido prolongado. Fruncidos los párpados, escuchaba con atención. El temblor mismo de su voz parecía un poco afectado: no gritaba de una manera indistinta, sino que hacía resonar cada nota aparte en ese grito de fiera, que manifestaba un sufrimiento y un terror indecibles.

Interrumpióse de pronto y permaneció silencioso durante unos cuantos minutos, sin enderezarse. Se puso á cuchichear, como si hablase al suelo:

—Queridos amigos, buenos amigos... Queridos amigos... Buenos amigos... Tened compasión... ¡Amigos! ¡Amigos míos!

Decía una palabra, y la escuchaba.

Se puso en pie de un salto, y durante una hora entera profirió sin parar las peores imprecaciones.

—¡Id al diablo, canallas!—aullaba, girando los ojos inyectados en sangre.—Si me han de ahorcar, ahorcadme, en lugar de... ¡Ah, miserables!...

Blanco como la creta, el soldado lloraba de angustia y de miedo, chocaba el cañón del fusil contra la puerta, y gritaba con voz lamentable:

—¡Te fusilaré! ¡Por Dios, oye! ¡Que te fusilaré!

Pero no se atrevía á disparar: nunca se hacía fuego contra los condenados á muerte, excepto en caso de rebelión. Y el Tzígano rechinaba los dientes, juraba y escupía. Su cerebro, puesto en la estrecha linde que separa la vida de la muerte, se fragmentaba como un terrón de arcilla seca.

Cuando acudieron durante la noche, para conducirlo al suplicio, se reanimó. Sus mejillas se colorearon un poco; en sus ojos brilló de nuevo la astucia habitual, un poco salvaje; y preguntó á un funcionario:

—¿Quién nos va á ahorcar? ¿El nuevo? ¡No tiene aún costumbre!

—No tienes que preocuparte de eso—respondió el personaje interpelado.

—¿Cómo? ¡No preocuparme de eso! ¡No es á Vuestra Alteza á quien van á ahorcar, sino á mí! Por lo menos, no escatiméis el jabón en el nudo corredizo. ¡El Estado es quien lo paga!

—¡Haz el favor de callarte!

—Este se come todo el jabón de la cárcel: mirad cómo le reluce la cara—continuó el Tzígano, señalando al vigilante,

—¡Silencio!

—¡No escatimes el jabón!

Echóse á reir; de pronto, se le entorpecieron las piernas. Sin embargo, así que hubo llegado al patio, aún pudo gritar:

—¡Eh, vosotros, haced avanzar mi coche!

V

«Abrazale y calla.»

El veredicto concerniente á los cinco terroristas ha sido pronunciado en su forma definitiva y confirmado el mismo día. No se ha reunido á los reos en la misma celda, como suponía Tania, y no se les ha dicho cuándo será el suplicio. Pero han previsto que les ahorcarán, según costumbre, esa misma noche ó la siguiente, á más tardar. Cuando se les ha ofrecido el ver á la familia al otro día, han comprendido que la ejecución estaba fijada para el viernes al amanecer.

Tania Kovaltchuk no tenía próximos parientes. Sólo tenía noticia de algunos parientes lejanos que habitaban en la Pequeña Rusia, los cuales, probablemente, no sabrían nada del proceso ni de la sentencia. Mussia y Werner, por no haber revelado su identidad, no tenían empeño en ver á los suyos. Sólo Sergio Golovín y Vasili Kachirín debían recibir á sus respectivas familias. Ambos pensaban con espanto en esa entrevista próxima; pero ni el uno ni el otro tenían ánimos para renunciar á ella.

Sergio Golovín aguardaba esa visita, con la muerte en el alma. Amaba mucho á su padre y á su madre, á quienes había visto muy recientemente; y estaba lleno de terror al considerar que iba á volver á verlos por última vez. El suplicio mismo, con toda su monstruosidad, se dibujaba más fácilmente en su imaginación que esos pocos minutos incomprensibles, fuera del tiempo, fuera de la vida. ¿Qué hacer? ¿Qué decir? Las cosas más sencillas, las más habituales, apretar una mano, abrazar, decir: «Buenos días, padre», parecíanle horribles é insensatas.

Toda la mañana, hasta la hora en que recibió á sus padres, Sergio Golovín estuvo paseando de arriba á abajo en el cala-

bozo acariciándose la barba, con las facciones lastimosamente contraídas. A veces se detenía bruscamente para respirar, como un nadador que ha permanecido largo tiempo bajo el agua. Pero como estaba bueno y sano, como su vida juvenil estaba firmemente arraigada en él, hasta en esos minutos de sufrimientos atroces, la sangre circulaba por debajo de su piel, daba colores á sus mejillas, y sus azules ojos conservaban su brillo habitual.

Todo pasó mucho mejor de lo que Sergio suponía. Su padre, el coronel retirado Nicolás Serguievitch Golovín, fué el primero que entró en la estancia donde se recibía á las visitas. Toda su persona era blanca, con una misma blancura: cara, cabellos, barba, manos. Su vieja vestimenta, bien cepillada, olía á bencina; sus charreteras parecían nuevas. Entró con paso firme, mesurado, irguiéndose, y dijo en alta voz alargando su seca mano:

—¡Buenos días, Sergio!

Detrás de él venía la madre, con paso corto y sonriéndose con una sonrisa extraña. A su vez, apretó la mano del joven y repitió en voz alta:

—¡Buenos días, mi pequeño Sergio!

Pero no se abalanzó á su hijo, no se puso á llorar ó á gritar, como Sergio esperaba; le abrazó y se sentó sin hablar. Luego, con mano temblorosa, arregló los pliegues de su falda negra.

Sergio ignoraba que el coronel se había pasado toda la noche anterior en combinar esa entrevista. «Debemos endulzar los últimos momentos de nuestro hijo y no hacérselos más penosos»—había resuelto el coronel; y había pesado cuidadosamente cada frase, cada gesto de la visita del día siguiente. De vez en cuando se embrollaba, se le olvidaba lo que había conseguido preparar y lloraba amargamente, encogido en el rincón de su canapé. El día inmediato, por la mañana, explicó á su mujer lo que debía hacer ella.

—Sobre todo, abrázale y calla—le repetía.—Después po-

drás hablar, un poco después; pero cuando le abracés, calla. No hables en seguida de haberle abrazado, ¿comprendes? Si no, dirás lo que no se debe decir.

—¡Comprendo, Nicolás Serguievitch!—respondió la madre llorando.

—¡Y no llores! ¡Dios te preserve de ello! ¡No llores! ¡Le matarás tú, si lloras!

—¿Y por qué lloras tú mismo?

—¿Cómo no hay que llorar con vosotras? Es preciso que no llores, ¿entiendes?

—Bien, Nicolás Serguievitch.

Subieron á un coche y partieron, silenciosos, encorvados, envejecidos. Era tiempo de carnaval, y las calles estaban llenas de una multitud ruidosa. Pero los dos viejos, sumidos en sus pensamientos, no oyeron á la ciudad agitarse alegremente en derredor de ellos.

Sentáronse. El coronel tomó una actitud convenida, con la mano derecha en la abertura del gabán. Sergio estuvo sentado un instante; su mirada encontró el rostro arrugado de su madre; se levantó de pronto.

—¡Siéntate, mi pequeño Sergio!—suplicó la madre.

—¡Siéntate, Sergio—repitió el padre.

Guardaron silencio. La madre tenía una sonrisa extraña.

—¡Cuántos pasos hemos dado por ti, Sergio! Tu padre...

—¡Era inútil, madrecita!...

El coronel dijo con firmeza:

—Debíamos hacerlo, para que no pienses que tus padres te habían abandonado.

Se callaron de nuevo. Tenían miedo de pronunciar una palabra, como si cada vocablo del idioma hubiera perdido su sentido propio y sólo significara una cosa: la muerte. Sergio miraba el gabancillo limpito, que exhalaba olor á bencina, y pensaba: «Ya no tiene ordenanza; por tanto, él mismo se ha limpiado la ropa. ¿Cómo no habré yo reparado en que él se

limpiaba la ropa? Probablemente sería por la mañana.» De pronto preguntó:

—¿Y mi hermana? ¿Está buena?

—¡Ninotchka no sabe nada! —respondió con viveza la madre.

Pero el coronel la interrumpió con severidad:

—¿Para qué mentir? Ha leído los periódicos... Sepa Sergio que... todos... los suyos... han pensado... y...

No pudo continuar y se detuvo. De repente el rostro de la madre se alargó, las facciones se anublaron y se volvieron como feroces. Los descoloridos ojos se abrieron locamente; la respiración se hizo cada vez más jadeante y fuerte.

—Se... Ser... Ser... Ser... gio—repitió sin mover los labios,—Ser... gio...

—¡Madrecita!

El coronel dió un paso. Temblando todo él, sin saber cuán espantoso estaba con su blancura cadavérica, en su firmeza desesperada y fingida, dijo á su mujer:

—¡Cállate! ¡No le atormentes! ¡No le atormentes! ¡No le atormentes! ¡Va á morir! ¡No le atormentes!

Luego dió un paso atrás y volvió á meter la mano en la abertura del gabán. Con una expresión de serenidad forzada, preguntó en alta voz con los labios pálidos:

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana—contestó Sergio.

La madre miraba al suelo, mordiéndose los labios, como si no oyera nada. Y pareció que dejaba caer estas palabras sencillas y extrañas, á la vez que seguía mordiéndose los labios:

—¡Ninotchka me ha encargado que te abrace, mi pequeño Sergio!

—¡Abrázala de mi parte!—respondió el condenado.

—Bien. Los Kvostof me encargan su saludo.

—¿Quiénes?... ¡Ah, sí!

El coronel le interrumpió:

—¡Vamos! Es preciso partir. Levántate, madre. ¡Es preciso!

Los dos hombres levantaron á la mujer, que desfallecía.

—¡Dile adiós!—ordenó el coronel.—¡Bendícele!

Ella hizo todo lo que se le dijo. Pero á la vez que daba un rápido beso á su hijo, haciendo sobre él la señal de la cruz, meneaba la cabeza y repetía distraídamente:

—¡No, no es eso! ¡No, no es eso!

—¡Adiós, Sergio!—dijo el padre.

Se dieron un apretón de manos y cambiaron un beso breve, pero fuerte.

—Tú...—comenzó Sergio.

—¿Qué?—preguntó el padre, con voz saltona.

—No, no es así. ¡No, no! ¿Cómo lo diría yo?—repetía la madre, meneando la cabeza.

De nuevo se había sentado y se tambaleaba.

—Tú...—repitió Sergio.

Su rostro adquirió una expresión lamentable, é hizo pucheros como un niño; sus ojos se llenaron de lágrimas. A través de sus gotas brillantes, vió cerca de él la pálida cara de su padre, que también lloraba.

—¡Padre, tú eres un hombre fuerte!

—¿Qué dices? ¿Qué dices?—exclamó el coronel despavorido.

De pronto, como si se hubiera roto, dejó caer la cabeza sobre el hombro de su hijo. Y los dos cubrían de besos ardientes, el uno á unos cabellos escasos, el otro á un capote de preso.

—¿Y yo?—preguntó bruscamente una voz ronca.

Miraron: la madre estaba en pie y con la cabeza hacia atrás, mirándoles con ira, casi con odio.

—¿Qué tienes, madre?—preguntó el coronel.

—¿Y yo?—repitió ella, moviendo la cabeza con una energía insensata.—¿No os besáis vosotros? Sois hombres, ¿no es eso? ¿Y yo?...

—¡Madre!

Y Sergio se arrojó en sus brazos.

Las últimas palabras del coronel fueron:

—¡Y yo te bendigo en la hora de tu muerte, Sergio! ¡Muerre con valor, como un oficial!

Y partieron... De vuelta á su calabozo, Sergio se echó en el catre con la cara hacia la pared para que los soldados no le viesen, y lloró por largo tiempo.

*
* *

A Wassili Kachirín sólo fué su madre á verle; el padre, rico mercader, se negó á acompañarla. Cuando entró la anciana, Wassili estaba paseándose por el calabozo; á pesar del calor, tiritaba de frío. La conversación fué breve y penosa.

—No debía usted haber venido, madre. Usted y yo nos atormentamos.

—¿Por qué todo esto, Wasia? ¿Para qué has hecho eso, hijo mío?

Y la anciana se puso á llorar, secándose las lágrimas con su pañoleta de seda negra.

Acostumbrados como estaban sus hermanos y él á zaran-dear á su madre, sencilla mujer que no les comprendía, se detuvo, y tiritando dijo con aire enojado:

—¡Eso es, ya lo sabía yo! ¡Usted no comprende nada, mamá, nada!

—Está bien, hijo mío. ¿Qué tienes? ¿Sientes frío?

—Tengo frío—respondió Wassili. Y echó á andar de nuevo, dirigiendo con el mismo aire de enfado miradas torvas á su madre.

—Tienes frío, hijo...

—¡Ah!, habla usted de frío, pero bien pronto...

Hizo un gesto desesperado. La madre se puso á sollozar otra vez.

—Le he dicho á tu padre: «Anda á verle, es tu hijo, es tu carne, dale el último adiós.» No ha querido.

—¡Que se le lleve el demonio! Eso no es un padre... Toda su vida fué un canalla. Y sigue siéndolo.

—Wassia, es tu padre, á pesar de todo...

Y la vieja meneó la cabeza con aire de reproche.

Aquello era ridículo y terrible. Frente á la muerte, les retenía esa conversación mezquina é inútil. Casi llorando, tan triste era la cosa, gritó Wassili:

—Pero, comprenda usted, madre. ¡Me van á ahorcar, á ahorcarme! ¿Comprende usted, sí ó no?

—¿Y por qué has matado tú?—gritó ella.

—¡Dios mío! ¿Qué dice usted? Hasta los animales tienen sentimientos. ¿Soy su hijo ó no lo soy?

Sentóse y lloró. Su madre lloraba también. Pero, en la imposibilidad en que se hallaban de comulgar ambos en el mismo afecto, á fin de oponerlo al terror de la muerte próxima, lloraban lágrimas frías que no calentaban su corazón.

—¿Me preguntas si soy tu madre? Me diriges reproches, y en estos últimos días se me ha vuelto blanco todo el pelo.

—¡Bueno! ¡Está bien! ¡Perdóneme usted! ¡Adiós! Abrace á mis hermanos de mi parte.

—¿No soy tu madre? ¿Es que yo no sufro por ti?

Al cabo se marchó. Lloraba tanto, que ya no veía el camino. Y conforme se alejaba de la prisión, sus lágrimas eran más abundantes. Volvió pies atrás, pero extravióse en esa ciudad donde había nacido, donde se había criado, donde envejecía. Entró en un jardinillo abandonado y tomó asiento en un banco húmedo.

Y súbitamente comprendió: ¡mañana iban á ahorcar á su hijo! Enderezóse de un tirón; quiso gritar, correr, pero se le iba la cabeza y se desplomó. El paseo, blanco de escarcha, estaba húmedo y resbaladizo: la anciana no pudo levantarse. Se enderezaba sobre las manos y volvía á caerse de nuevo. La pañoleta negra se le escurrió de la cabeza, dejando ver los cabellos de un color gris sucio. Le parecía que festejaba la boda de su hijo. Sí, acababan de casarle, ella había bebido un poco de vino, estaba ligeramente ebria.

—¡Yo no puedo más! ¡Dios mío, yo no puedo más!

Con la cabeza vacilante se arrastraba por el suelo húmedo, convencida de que le hacían beber vino, más vino. Y de su corazón subía, con la risa de los borrachos, el deseo de entregarse á una danza salvaje... al paso que llevaban copas de vino á sus labios, una tras otra, una tras otra...

VI

Las horas huyen.

En la fortaleza donde estaban encerrados los terroristas había una torre con un reloj antiguo. Cada hora, cada media hora, cada cuarto de hora, el aire resonaba con un sonido infinitamente triste, semejante al grito lejano y quejumbroso de las aves de paso. Por el día, aquella música extraña y desolada perdíase entre los rumores de la ciudad, de la gran calle animada que pasaba delante de la fortaleza. Los tranvías gruñían, los cascos de los caballos resonaban, los automóviles trepidantes lanzaban á lo lejos sus llamadas roncadas. Hallándose próximo el carnaval, los labriegos de las cercanías habían acudido á la ciudad para ganarse algún dinero como conductores de coches; los cascabeles de los caballos de la raza de la Pequeña Rusia tintineaban ruidosos. Las conversaciones eran alegres y trascendían á borrachera, verdaderas conversaciones de fiestas. El tiempo iba al unísono; la primavera había traído consigo el deshielo, y charcos turbios mojaban el arroyo. Los árboles de los jardinillos se habían ennegrecido. Con amplias bocanadas húmedas, un viento tibio venía del mar y parecía partir en alegre vuelo hacia lo infinito.

De noche la calle se callaba á la claridad de los grandes soles eléctricos. La inmensa fortaleza de lisas murallas se hundía en la obscuridad, en el silencio; una barrera de sosiego la separaba de la ciudad, continuamente viva. Sentíanse entonces sonar las horas; extraña á la tierra, una melodía sin-

gular nacía y moría con lentitud, con tristeza. Como gruesas gotas de vidrio transparente, las horas y los minutos caían desde una altura inconmensurable en una taza metálica que vibraba con dulzura. A veces eran aves que pasaban.

Sólo á las celdas llegaba noche y día esa tocata. Penetraba á través de las gruesas murallas de piedra; sólo ella rompía el silencio. A veces se olvidaba, no se oía. A veces se aguardaba con desesperación. No se vivía más que por el sonido y para el sonido, porque se había aprendido á desconfiar del silencio. La prisión estaba reservada para los criminales de nota; su reglamento especial y rígido era firme y rudo como el ángulo de las murallas. Si las cosas crueles pudieran tener su nobleza, nobleza había en ese silencio solemne y profundo que se traga todo soplo, todo roce.

En ese silencio, atravesado por el desconsolador tintineo de los minutos que huyen, tres hombres y dos mujeres, separados del mundo, esperaban la llegada de la noche, de la aurora y del suplicio, y cada uno se preparaba á su manera.

Durante toda su vida, Tania Kovaltchuk sólo había pensado en los demás; también ahora sufría y se atormentaba por sus compañeros. No se representaba la muerte más que porque ésta amenazaba á Sergio Golovín, á Mussia y á los otros; había olvidado de que también á ella la iban á ejecutar.

Como para desquitarse de la firmeza ficticia que había mostrado ante los jueces, lloraba horas enteras. Así hacen las ancianas que han sufrido mucho. Y al pensar que Sergio carecía tal vez de tabaco, que Werner quizá estaba falto de té, que tanto le gustaba (y esc en el momento en que iban á morir), sufría igual que por la idea del suplicio. El suplicio era una cosa inevitable, hasta accesoria, que no valía la pena de tomarse en consideración; pero que un hombre preso carezca de tabaco en vísperas de ajusticiarle, eso era para ella una idea insoportable.

Sentía por Mussia particular lástima. Sin razón, parecíale desde largo tiempo atrás que Mussia amaba á Werner; forja-

ba para ellos ensueños espléndidos y luminosos. Antes de ser detenida Mussia, llevaba puesto un anillo de plata, en el cual estaban grabados un cráneo y una tibia, circuidos por una corona de espinas. A menudo, Tania Kovaltchuk había mirado con angustia esa sortija, como un símbolo de renunciamiento, y había rogado á Mussia que se la diera.

—No, Tania, no te la daré. ¡Muy pronto tendrás tú otra en el dedo!

Sus camaradas pensaban siempre que estaba próximo su casamiento, lo cual la ofendía mucho. No quería marido. Y acordándose de estas conversaciones con Mussia, al pensar que, en efecto, Mussia iba á ser sacrificada, Tania, llena de conmisericordia maternal, sentía ahogarse en llanto. Cada vez que el reloj sonaba, levantaba ella el rostro cubierto de lágrimas y ponía oído; ¿cómo recibían en las demás celdas ese llamamiento quejumbroso y pertinaz de la muerte?

VII

No hay muerte.

¡Y Mussia era feliz!

Con los brazos cruzados por detrás de la espalda, vestida con un traje de presa, harto grande para ella, y que la hacía asemejarse á un adolescente con ropa prestada, iba y venía por su celda con paso igual y sin cansarse. Habíase levantado las mangas, demasiado largas, del cuerpo del vestido; y sus brazos, delgados, flacos, brazos de niña, salían de las amplias bocamangas como tallos de flores puestas en una vasija sucia y vulgar. La aspereza de la tela irritaba la piel del cuello, blanco y grácil; á veces, con un movimiento de ambas manos, aislaba la garganta y tactaba con precaución el sitio donde la piel le escocía.

Mussia andaba á paso largo, y se disculpaba, ruborizándose,

de que á ella, tan joven, tan humilde, que tan poca cosa había hecho, le asignasen la muerte más bella, reservada hasta entonces para los mártires. Parecíale que, al morir en la horca, hacía gala de unas presunciones de mal gusto.

En la última entrevista con su abogado, le rogó que le proporcionase un veneno, pero al punto renunció á ello. ¿Pensarían que obraba así por miedo ó por ostentación? En vez de morir modestamente, inadvertida, ¿no causaría aún mayor escándalo? También había añadido con viveza:

—¡Y además, no, es inútil!

Ahora su único deseo es el de explicar, el de probar que no es una heroína, que no es terrible morir, que no es preciso condolerse de ella ni atormentarse por ella.

Como si verdaderamente la hubieran acusado, Mussia busca excusas, pretextos capaces por naturaleza de exaltar su sacrificio y darle un valor real.

«En efecto—dice para sí,—yo soy joven, todavía hubiera podido vivir largo tiempo. Pero...»

Así como la luz de una vela se borra ante el resplandor del sol saliente, la juventud y la vida le parecen sin brillo y obscuras ante la aureola magnífica y luminosa que va á coronar á su modesta persona.

«¿Es posible?—se pregunta Mussia llena de confusión.—¿Es posible que yo merezca que me lloren?»

Y un júbilo indecible la invade. Ya no hay duda; ¡elegida, es elegida entre todas! Tiene derecho á figurar entre los héroes que de todos los países vuelan al cielo á través de las llamas, de las ejecuciones. ¡Qué serena paz, qué infinita felicidad! Inmaterial, cree cernirse en una luz divina.

¿En qué más piensa Mussia? En muchas cosas, porque, para ella, el hilo de la vida no se corta por la muerte, sino que sigue desarrollándose de una manera tranquila y regular. Piensa en sus camaradas, en aquellos que desde lejos sienten angustia por la idea de su próximo suplicio; en estos otros, más cercanos, que irán con ella á la horca. Está pasmada de que

Wassili, que siempre fué tan valiente, sea presa de tal miedo. El martes por la mañana, cuando estaban dispuestos á matar y á morir ellos mismos, Tania Kovaltchuk había temblado de emoción, había sido menester alejarla; al paso que Wassili bromeaba, se reía, se movía en medio de las bombas, con tan poca precaución, que Werner le había dicho con tono severo:

—¡No hay que jugar con la muerte!

¿Por qué, pues, Wassili tiene miedo ahora? Este terror incomprendible es tan extraño al alma de Mussia, que bien pronto deja de pensar en él y de inquirir su causa. De repente le entran frenéticos deseos de ver á Sergio Golovín y de reir con él.

Quizá también su pensamiento no quiere detenerse largo tiempo en el mismo asunto, como un ave ligera que se cierne ante los horizontes infinitos, y para la cual es accesible el espacio entero, el cielo azul acariciador y tierno. Dan las horas. Las ideas se funden en una sinfonía armoniosa y lejana; las imágenes fugitivas se convierten en una música. Parécele á Mussia que viaja durante una noche serena por un camino ancho y suave; los resortes del coche saltan débilmente. Todos los cuidados han desaparecido; el cuerpo fatigado se disuelve en las tinieblas; alegre y cansado, el pensamiento crea apaciblemente vivas imágenes y se embriaga con su belleza. Mussia se acuerda de tres camaradas á quienes ahorcaron recientemente; sus rostros estaban iluminados y próximos; más cerca unos de otros que los de los vivos... Así, por la mañana se piensa regocijadamente en los amigos hospitalarios que os recibirán por la tarde con la sonrisa en los labios.

A fuerza de andar, Mussia se sintió muy fatigada. Echóse con cuidado en el catre y continuó soñando, con los párpados entreabiertos.

«¿Es la muerte? ¡Dios mío, qué hermosa! ¿Es la vida? No lo sé, no lo sé! Voy á ver y á oír...»

Desde los primeros días de su prisión era presa de alucinaciones. Tenía el oído muy musical; afinado aún más por el si-

lencio, su sentido auditivo recogía los ecos más tenues de la vida; el paso de los centinelas en el corredor, el tintineo del reloj, el murmullo del viento sobre la techumbre de cinc, el chirrido de una linterna, todo esto se fundía para ella en una vasta y misteriosa sinfonía. Al principio, esas alucinaciones asustaban á Mussia, que las desechara como manifestaciones morbosas; después comprendió que estaba buena y sana, que en eso no había ningún síntoma patológico; entonces ya no opuso resistencia.

Pero cátrate que oye con mucha claridad el estrépito de una banda militar. Extrañada, abre los ojos y levanta la cabeza. Por la ventana ve que aún es de noche; da el reloj. «¡Todavía!»—piensa sin turbarse, cerrando los párpados.—En seguida vuelve á empezar la música. Mussia distingue con claridad el paso de los soldados, volviendo la esquina de la prisión: es un regimiento entero que pasa por debajo de las ventanas. Las botas marcan el ritmo de la música sobre la tierra helada: ¡uno, dos! ¡uno, dos! A veces cruje el cuero de una bota, se escurre un pie y se afirma al instante. La música se acerca, toca una marcha triunfal, ruidosa y entusiasta, que Mussia no conoce. Probablemente hay alguna fiesta en la fortaleza.

Los soldados están debajo de las ventanas y la celda se llena de sonidos alegres, cadenciosos y armónicos. Una gran trompeta de cobre lanza notas falsas: no toca á compás. Mussia se representa al soldadito que toca esa trompeta con aire de aplicado, y Mussia se ríe.

Pasó el regimiento; el ruido de los pasos va amortiguándose: ¡uno, dos!, ¡uno, dos! De lejos la música es aún más bella y más alegre. Varias veces resuena aún la trompeta á contra-tiempo, con su voz metálica, sonora, alegre; y todo se extingue. De nuevo suenan las horas en la torre.

Otras formas aparecen, que se inclinan sobre ella, la rodean con una nube transparente y la elevan muy alto, allí donde se ciernen las aves de rapiña. A la izquierda, á la derecha, arriba, abajo, por todas partes gritan aves como heraldos: llaman,

advierten. Despliegan sus alas, y la inmensidad las sostiene. Y en su pecho henchido que hiende el aire se refleja el azul centelleante. Las palpitaciones del corazón de Mussia van haciéndose cada vez más iguales, su respiración cada vez más sosegada y apacible. Se duerme: su rostro está pálido, sus facciones alargadas, sus ojos con ojeras; en sus labios una sonrisa. Mañana, cuando salga el sol, esa cara inteligente y fina quedará deformada por una mueca que ya no tendrá nada de humano; el cerebro se inundará con una sangre espesa; los ojos vidriosos se saltarán de las órbitas. Pero hoy duerme Mussia tranquila y sonríe en su inmortalidad.

Mussia duerme.

Y la prisión sigue viviendo su vida especial, ciega, vigilante como una inquietud perpetua. Andan. Cuchichean. Sueña un fusil. Parece que alguien grita. ¿Es verdad ó alucinación?

El ventanillo de la puerta baja sin que se le oiga. Por la negra abertura aparece un siniestro rostro barbudo. Por largo tiempo, unos ojos enarcados contemplan con asombro á Mussia dormida; luego desaparece el rostro como apareció.

Las campanas del reloj suenan y cantan largo rato. Diríase que las horas fatigadas suben hacia media noche una alta montaña; el ascenso es cada vez más penoso. Se escurren, se caen para atrás gimiendo y vuelven á subir trabajosamente hacia la negra cumbre.

Andan. Cuchichean. Ya enganchan los caballos al carruaje lúgubre, desprovisto de linterna.

VIII

La muerte existe y la vida también.

Sergio Golovín jamás pensaba en la muerte, cosa á sus ojos accesoria y extraña. Era robusto; estaba dotado de esa serenidad en la alegría de vivir, en virtud de la cual todos los pen-

samientos malos ó funestos para la vida desaparecen con rapidez y dejan indemne el organismo. Así como en él cicatrizaban pronto los rasguños, de igual manera quedaba inmediatamente aniquilado todo cuanto hería su alma. En todos sus actos, en sus placeres y en la preparación de un crimen, tenía idéntica gravedad dichosa y tranquila: en la vida todo era alegre, todo era importante, digno de ser bien hecho.

Y él todo lo hacía bien: dirigía admirablemente los buques de vela, tiraba con precisión. Era fiel en amistad como en amor y tenía en la «palabra de honor» una confianza inquebrantable. Sus compañeros aseguraban riendo que si un espía convicto hubiera jurado á Sergio que no espiaba, Sergio le habría creído y estrechado su mano. Un solo defecto: creía cantar bien; cuando cantaba atrozmente desentonado, hasta los himnos revolucionarios. Se enfadaba cuando se reían de él.

—Una de dos: ¡ó todos vosotros sois unos pollinos, ó el asno soy yo!—decía con voz grave y ofendida.

Y al cabo de unos instantes de reflexión, sus compañeros declaraban con un tono tan serio como el de él:

—Tú eres el burro. ¡Se te conoce en la voz!

Y como ocurre á veces entre las buenas personas, quizá le amaban más por sus defectos que por sus cualidades.

Pensaba tan poco en la muerte, la temía tan poco, que la mañana fatal, antes de abandonar la casa de Tania Kovaltchuk, sólo él había desayunado con apetito como de costumbre. Había tomado dos vasos de té con leche y comido un panecillo de diez céntimos. Luego, mirando con tristeza el pan intacto de Werner, le dijo:

—¿Por qué no comes? ¡Come, hay que tomar fuerzas!

—No tengo hambre.

—Pues bien, yo me comeré tu pan. ¿Quieres?

—¡Qué apetito tienes, Sergio!

A modo de responso, Sergio se puso á cantar con la boca llena, en voz sorda y falsa:

Un viento hostil ha soplado
sobre nuestras cabezas.

Cuando fué detenido, Sergio tuvo un momento de tristeza: el plan estuvo mal combinado. Pero dijo para sí: «Ahora hay alguna otra cosa que es preciso hacer bien, y es morir.» Recobró la alegría. Desde el segundo día que pasó en la fortaleza, se puso á hacer gimnasia por el sistema extraordinariamente racional de un alemán apellidado Müller, que le interesaba mucho. Se desnudó por completo; y con asombro del centinela, que le miraba con inquietud, hizo cuidadosamente los diez y ocho ejercicios prescritos.

Como propagandista del sistema Müller, estaba muy satisfecho de ver al soldado seguir con la vista sus movimientos. Y aunque sabía que no le iban á responder, dijo al ojo que aparecía por la mirilla:

—¡Esto hace bien, hermano; esto da fuerzas! Por eso debían obligaros á hacerlo en el regimiento—añadió con voz persuasiva y dulce para no asustar al soldado, sin sospechar que éste le tomaba por un loco.

El miedo á la muerte se manifestó en él progresivamente, como por choques: parecía que alguien le daba desde abajo violentos puñetazos en el corazón. Luego desaparecía esa sensación para volver al cabo de algunas horas; pero cada vez se hacía más intensa y más prolongada. Ya empezó á adquirir los contornos vagos de una angustia insoportable.

—¿Es posible que yo tenga miedo?—pensó Sergio con asombro.—¡Qué estupidez!

No era él quien tenía miedo: era su cuerpo robusto, que ni la gimnástica de Müller, ni las duchas frías lograban engañar. Cuanto más fuerte y fresco quedaba después de las abluciones de agua fría, más aguda é insoportable iba haciéndose la efímera sensación del miedo. Y era por la mañana, después del sueño profundo y los ejercicios físicos, cuando aparecía ese miedo atroz, como extraño; precisamente en el momento en

que en otros tiempos tenía mayor conciencia de su fuerza y de su alegría de vivir. Lo notó, y dijo para sí:

«Eres un animal, amigo mío. Para que el cuerpo muera más fácilmente, hay que debilitarlo y no fortalecerlo.»

Desde entonces renunció á la gimnástica y á los amasamientos. Y para explicar esta palinodia, gritó al soldado:

—Hermano, el método es bueno; sólo que para aquellos á quienes van á ahorcar, no vale nada.

En efecto, se sintió como aliviado. También trató de comer menos para debilitarse cada vez más; pero, á pesar de la falta de aire y de ejercicio, seguía teniendo excelente apetito. Sergio no podía resistirlo, y comía todo lo que le llevaban. Entonces recurrió á un subterfugio: antes de ponerse á la mesa, vertía la mitad de la sopa en el cubo. Y este método le dió buen resultado: una gran flojedad, un vago embotamiento se apoderaron de él.

—«¡Yo te enseñaré!»—decía amenazando á su cuerpo; y se acariciaba tristemente los ablandados músculos.

Pero bien pronto el cuerpo se habituó á este régimen, y el miedo á la muerte apareció de nuevo, no ya bajo una forma tan aguda, sino como una vaga sensación de náusea todavía más penosa. «Esto consiste en que la cosa va durando demasiado—pensó Sergio.—¡Si me pudiera dormir todo el tiempo que falta hasta la ejecución!» Trató de dormir lo más posible. Al principio lo consiguió; luego sobrevino el insomnio, acompañado de ideas fijas y con éstas el sentimiento de perder la vida.

«¿Pero es que le tengo miedo?—se preguntaba pensando en la muerte.—Lo que yo siento es perder la vida. Es una cosa admirable, digan lo que quieran los pesimistas. ¿Qué diría un pesimista si le ahorcaran? ¡Ah, lo que siento es perder la vida, lo siento mucho!»

Cuando comprendió con claridad que sólo tenía ante sí algunas horas de espera en el vacío y después la muerte, tuvo una impresión extraña. Le pareció que le habían puesto desnudo de una manera extraordinaria. No sólo le habían quitado

las ropas, sino también el sol, el aire, el ruido y la luz, la palabra y la facultad de obrar. Allí no estaba aún la muerte, y ya parecía ausente la vida. Experimentaba una sensación extraña, incomprensible á veces y otras inteligible, pero muy sutil y misteriosa.

«¡Uf! (exclamaba Sergio con extrañeza y tormento). ¿Pero qué es esto? Y yo, ¿dónde estoy? Yo... ¿cuál yo?»

Examinóse atentamente, con interés, comenzando por su ancho calzado de preso, para detenerse en el vientre sobre el cual caía el capotón. Se puso á ir y venir por la celda, con los brazos separados; y continuó mirándose como lo haría una mujer que se probara una falda demasiado larga. Quiso volver la cabeza y la volvió. Y lo que le parecía algo espantoso era él mismo, Sergio Golovín, ¡que bien pronto ya no existiría!

Todo se le hizo extraño.

Trató de andar, y le pareció una extravagancia el andar. Trató de sentarse, y le sorprendió poderlo hacer. Trató de beber agua, y le pareció estrafalario beber, tragar, tener el vaso, verse los dedos, sus dedos que temblaban. Se puso á toser y pensó: «¡Qué cosa tan rara! ¡Toso!»

«Pero ¿qué tengo, me vuelvo loco?—se preguntó.—¡No me falta más que eso!»

Se enjugó la frente, y ese acto también le produjo sorpresa. Entonces quedóse quieto en una postura inmóvil, sin respirar, durante horas enteras á su parecer, apagando todo pensamiento, reteniendo el aliento; porque toda idea era una locura, todo acto una aberración. El tiempo desaparecía como si se hubiera transformado en espacio, en un espacio transparente y sin aire, en una inmensa plaza en la cual estaba todo: la tierra, la vida y los hombres. Y todo podía abarcarse de una sola ojeada, hasta el extremo límite, hasta el abismo desconocido, hasta la muerte. Sergio no sufría porque viese la muerte, sino por ver la vida y la muerte al mismo tiempo. Una mano sacrílega había levantado la cortina que desde toda la eternidad ocultaba el misterio de la vida y el misterio de la muerte; ha-

bían dejado de ser misterios, pero no eran más comprensibles que la verdad escrita en una lengua extranjera.

—¡Y ya estamos otra vez con Müller!—pronunció de pronto en alta voz, con profunda convicción.

Meneó la cabeza y se echó á reir con alegría, con sinceridad.

—¡Ah, mi buen Müller; mi querido Müller, mi buen alemán! ¡Tú eres quien tienes razón, Müller! Yo, hermano Müller, ¡no soy más que un borrico!

Dió vuelta con rapidez alrededor del calabozo; y con el mayor asombro del soldado que le observaba por la mirilla, se desnudó por completo é hizo con escrupulosa exactitud los diez y ocho ejercicios. Doblaba y enderezaba su cuerpo juvenil un poco enflaquecido; se agachaba, aspirando el aire y expeliéndolo; se empinaba sobre las puntas de los pies, movía los brazos y las piernas.

—Sí. Pero ¿tú sabes, Müller—razonaba Sergio abombando el pecho (allí donde las costillas se dibujaban claramente bajo la piel flexible y tirante),—tú sabes, Müller, que hay además un décimonono ejercicio: colgarse por el pescuezo en una posición fija? Eso se llama suplicio. ¿Comprendes tú, Müller? Se coge á un hombre vivo, por ejemplo, Sergio Golovín, se le envuelve como á un muñeco, y se le cuelga por el cuello hasta que sobrevenga la muerte. ¡Eso es estúpido, Müller; pero así es, y hay que conformarse!

Se inclinó sobre el costado derecho y repitió:

—¡Hay que resignarse, Müller!

LEÓNIDAS ANDREIEF

LA NOVELA PICARESCA EN ESPAÑA

El pícaro español.



La novela picaresca de los españoles presenta de ordinario un pícaro narrador de sus propias aventuras. Empieza por haber nacido de padres pobres y viles, que no se han molestado en concertar su unión con ceremonias de ninguna clase ni han experimentado alegría ninguna con su llegada al mundo. Luego va saliendo á trancas y barrancas, como puede. Ó hace su entrada en la vida con un amor innato á los bienes ajenos, ó bien es un sér inocente, á quien las crueles vicisitudes van enseñándole á mirar por sí. En ambos casos el resultado es idéntico; para poder vivir ha de entrar á servir á algún amo y se ve obligado á aumentar su salario con los gajes de la picardía. Así va pasando de amo en amo, chasqueados sucesivamente por él, lo que le da ocasión para describirlos satirizándolos en el curso de su relato. Finalmente, después de haber pasado por infinitos azares á cual más extraños, midiendo al compás de su picardía la vanidad de las clases sociales, llega á término su vida. Hay veces en que alcanza una satisfacción módica de sus deseos, y está pronto á renunciar á la rapiña; veces que, por el contrario, queda más engolosinado que nunca con el cebo de las pícaras granjerías, y con razón puede preguntarse á sí mismo, como el Ginés de Pasamonte, del *Don Quijote*

te: «¿Cómo puede ser acabada (mi historia) si aún mi vida no es acabada?» En términos que sólo con su vida promete que concluya su historia de pícaro.

El plan es bien sencillo. El antihéroe de estas relaciones lo es todo y no es nada: todo, en lo que hace; nada, en la importancia del carácter. Por cobarde y flojo que sea, siempre encuentra, merced á su ingenio, medios de librarse de la ignominia ó de la condena. Es risueño y espontáneo, aun cuando más bien causen lástima sus deformidades, y sus simpatías sean comprensibles únicamente dentro de la exagerada soberbia castellana. Censurable en todo, no ha de serlo más para nosotros los ingleses que un Bardolph ó un Jack Falstaff, si bien este último es un pícaro recomendable dondequiera que los pícaros hacen gracia. Él lo es por naturaleza, no por su culpa. El de los españoles es capaz de obrar, rara vez de sentir; entra y sale á menudo en escena, sin mostrar apenas su voluntad. Hay en él gran dosis de muñeco con sujeción á una actividad completamente automática. Esta actividad es propulsada por la codicia.

Nunca se junta con amigos á quienes no pueda traicionar para su provecho, y su concepto más eminente del amor es considerarlo como medio de procurarse un matrimonio ventajoso. Escasamente le mueve la pasión, no porque no se deje arrastrar de ella, sino porque comprende su ineficacia en la prosecución de los bienes materiales. Tiene disculpa en sus comienzos de vida picaresca, toda vez que se halla condenado á laceria casi perpetua. Y pues que su amo, el clérigo, no le da por todo salario más que una cebolla cada cuatro días, ¿qué milagro que se resuelva á robarle los bodigos de las ofrendas? Y una vez ensayado en estas prácticas de hurto, las usará ya en toda ocasión. Vive en un país y en una época en que la lucha por la vida acosa á todos. Su enemigo real es la naturaleza y el circunstancial, el prójimo. En tal lucha, la avaricia ingeniosa se convierte en virtud salvadora; no es esta codicia picaresca, esa aberración miserable de un Harpagón. Es activa, no pasi-

va; no trata de guardar, sino de allegar. Esta es su substancia; si la laceria siempre es cosa baja, la rapacería puede muchas veces ser noble. Depende ello únicamente de la magnitud del robo. El pícaro, en todos los países, lleva la frente muy alta, y muy alto proclama su parentesco con Alejandro. El tirano espoliador del *Manciple's Tale*, de Chancer, es un capitán, al paso que si pícaro despreciado, que

«nunca hizo tan grandes males como él
ni cometió tamañas iniquidades,
es tenido por la gente como un forajido ó
un salteador.»

Precisamente, esta idea paradójica de afinidad entre los prepotentes y los mezquinos, es el núcleo de todas las novelas de pícaros, desde las más insignificantes de la literatura española hasta *Jonatán*, de Fielding. «En un principio todos los nobles robaron», dice el Dr. Carlos García; «pero ahora se ha convertido esto del robar en ordinario ejercicio; así que sólo los carniceros y ganapanes se ocupan en él» (1). El cuño heroico del antihéroe se acentúa aquí, y el pícaro español, que es precisamente el ganapán y el matachin, ó cosa aún peor, llega á ser por esta razón pícaro, pero no villano. Podrá fanfarronear y hablar de que mata, pero nunca lo hace. No roba en los caminos reales, ni menos allana violentamente los domicilios. Es un astuto raterillo de demasiado buen carácter y de resolución demasiado apocada para poder llevar la careta trágica; podrá ser brutal y despiadado cuanto se quiera en sus bellaquerías, pero no pasan éstas de ser eso, bellaquerías. Así que ocupa el grado intermedio del bribón al villano; pero ni se rebaja hasta el bufón ni llega á corsario, manteniendo empero cierta filiación literaria con ambos.

En los primeros relatos de su vida no se percibe evolución de su carácter. Luego que ha llegado al reino de la picardía,

(1) *Desordenada codicia*, 1619, cap. VI.

sus progresos se van acreciendo á compás de la oportunidad; ocasión que se le ofrezca jamás la desperdiciará. Fáltale además, por lo común, la facultad de elegir. Tantas veces se encuentra en alto como abatido; hoy es rico, mañana pobre. Pero lo mismo le da, lo presente es lo que le importa; debe, pues, apoderarse de él cuando sea llegado. Ni se desespera ni confía. La escala de sus emociones es lamentablemente menguada. Cuando viene la mala, se encoge de hombros y traza algún medio para salir de apuros. Cuando la ventura le favorece, castañetea sus dedos, se emborracha en la primera venta que topa, y pierde cuanto posee en un golpe de dados, y así vuelta á empezar. Su misma avaricia no puede aconsejarle medios de poner á salvo sus bienes; su invención toda se invierte en adquirir, teniendo para ello no menos paciencia que habilidad. Fuera de esto, no posee otra cosa, y su frugalidad es extremada hasta el ridículo.

Su viveza infantil hace de él compañero divertido, si bien peligroso cuando sus bromas llegan á ser de suyo pesadas. Los poderosos le miman por el placer que con su conversación les da, y los inferiores también, porque su ingenio les asombra. Lo mismo se conduce en el círculo diplomático de Roma con descaro y holgura, como se inclina ante la realeza en Viena con los modales de un emperador que fuera allí de visita. Su desordenada ambición le echó á correr por el mundo. Con todo, si logra el honroso oficio deregonero público como Lazarillo, ó de tendero de seda como en Rufina y D. Jaime, ó de mozo de cuadra como en Estebanillo González, su ambición queda satisfecha y no procura ya más; ó si, caído en desgracia, halla medio de escaparse de los malos tratamientos de las galeras como Guzmán de Alfarache, ó encuentra su refugio en las Indias para librarse de la persecución de la justicia como el Gran Tacaño, ya no tiene por qué quejarse. La vida para él es un problema que deberá no resolver, eludir. Toda su actividad se emplea en recoger datos, sensaciones primitivas, experiencias vulgares con las cuales nada realiza. Si algo pudiera pensar el

pícaro, llegaría á enarbolar la bandera pesimista del *desengaño*, palabra que en lengua española se deduce de todos los acontecimientos de la vida. No es nada filósofo, y á pesar de ello, no deja de tener muy frecuentemente sus conflictos con la ortodoxia, lo que vale á sus relatos no pocas mutilaciones de la celosa Inquisición; pero como no se da la pena de pensar, su trabajo es hasta lo sumo inconsistente.

Puede vérsese en reverente postura en la misma hampa sevillana en que Monipodio, su soberano, hace acatamiento besando un crucifijo con extremada devoción, y deja su actitud reverente para recibir informes y dar órdenes á toda la granjería de su feudo, que han de ser cumplidas durante la semana, sin descuidar la lista de cuchilladas que tiene encargadas, y de antemano pagadas. Y cuando los alguaciles le persiguen, pueden encontrarle en la iglesia abrazado al altar, mientras las autoridades civiles y religiosas se entretienen en porfiar á quién compete la jurisdicción sobre su persona. Pero no podrá ni él mismo decir adónde llegan los límites de su fe en las cosas de que no le den testimonio los sentidos. Está, por lo general, exento de la credulidad de su época. Por lo común, la superstición le inspira burlas con que castiga á los secuaces de ella. Los milagros del buldero dan amplia base á la mordacidad de Lazarillo; Guzmán de Alfarache confiesa que nunca ha prestado fe á los astrólogos, aunque alguna vez pensara recurrir á ellos en sus desgracias; Marcos de Obregón se jacta complacido de haber desenmascarado las imposturas de los hechiceros; Pablos se vale del pretendido poder sobrenatural para estafar á su patrona, y Rufina y Garay sonsacan con falsas alquimias una cantidad á un buscador de la piedra filosofal. Con todo, el citado escudero Marcos de Obregón se ve en cierta ocasión obligado á explicar una aparición del diablo, bajo la forma de un perro negro con una cadena guarnecida de cascabeles ciñéndole el cuello, y de paso describe un espectro visto por don Pedro de Avila; y su amigo el Dr. Sagredo habla de haber encontrado en sus viajes, prodigios y cartas de hombres mara-

villosos que hacen verdadero al propio Sir John Mandeville. Píndaro y Francisco tienen una aventura, también con una bruja que, para encantar á una persona, la maleficia clavando alfileres en una imagen suya de cera que se salva gracias á los exorcismos de un cura del lugar, que deshace por este medio el maleficio.

No tienen, con todo cuanto llevamos dicho, gran importancia las opiniones del pícaro, como tampoco la tienen sus creencias ni emociones, ni los mismos actos de su voluntad. Es más interesante como sujeto paciente que como verdadero agente. Es una persona á la que le *acaecen* cosas. Son sus vicisitudes más dignas de atención que él mismo. Empiezan con su nacimiento, pues vemos que éste tiene ya lugar en condiciones extrañas. Lazarillo de Tormes viene al mundo naciendo en una aceña del Tormes, de donde le viene su sobrenombre. Su padre es un molinero, obligado á huir en virtud de ciertas sangrías que practicaba en los sacos de la molienda, y su madre una mujer que está á cargo de una casa de comidas, y que se honra con la compañía de un negro que atiende á cuidar las caballerías. El nacimiento de Guzmán de Alfarache es motivado por una intriga entre la manceba de un rico eclesiástico y un usurero genovés, tan religioso, que lleva un rosario de cuentas tamañas como nueces. El preclaro progenitor del Gran Tacaño es un barbero bellacón que acaba sus días en la horca, y que ha enseñado á su chico á limpiar los bolsillos de los parroquianos mientras les hace la barba. Y tanto el Buscón, como Lazarillo de Manzanares, se ufanan de haber sus madres respectivas dado que hacer á la Inquisición por brujerías y otros excesos. Periquillo el de las Gallineras es un hospiciano, y Ceñudo el Necio bien Afortunado es abandonado por su madre, miserable mujer casada con un licenciado de Alcalá. La ingeniosa Elena es hija de un lacayo gallego y una esclava morisca, á quien la apostasía obliga á usar de un nombre en la casa donde sirve y de otro en la calle. Teresa de Manzanares es nacida de una lavandera á quien da nombre este río,

como á Lazarillo el Tormes. No hay ningún pícaro de éstos que encuentre, al nacer, allanado el camino de su vida. Ni él hace nada que revele intento de dejarlo.

Lazarillo comienza por servir á un ciego, mendigo, que le ha prometido tratarle como á hijo; de su madre recibe esta recomendación: «Válete para ti, y adiós» (1). Y la necesidad de avivar su ingenio se le hace desde luego patente cuando el ciego, tras de haberle mandado que ponga su oído al toro de piedra que había en la puente de Salamanca para escuchar un ruido extraño, le afirma la cabeza contra la piedra y le da de calabazadas, y al solemnizar la burla con sus risas, le advierte que el mozo de ciego un punto ha de saber más que el diablo. A lo que declara Lazarillo, que en aquel momento le pareció haber despertado de su simplicidad infantil, y se dijo para sí: «El tío dice verdad; que me cumple avivar, pues soy solo y no tengo quien me pueda valer.»

Otros no necesitan de aviso. Periquillo, como ha nacido para afortunado, todo le sale bien, y nada más que ha aprendido á andar, hace amistades en una taberna vecina, donde le regalan, ó por sí mismo se allega cuanto puede. Justina, hija del mesonero bribón de Mansilla, es sobrado trapacera para no haber menester de los consejos que su padre promulga para encaminar á su familia en la práctica de robar á los huéspedes. Andrés, cuyos padres son honrados, pero á quienes se les acusa maliciosamente de haberle truncado á un San Bartolomé la mano de plata, busca su propia absolución sometiéndose á proceder contra ellos, lo que le cuesta bien poca aprensión. Trapaza, hijo de una mujer viuda antes de tiempo, manifiesta desde niño harta prestidigitación, y de muchacho se aplica por entero al juego, cosas éstas que, junto con la lectura de Marcial, constituyen toda su educación.

Algunos de los pícaros de la literatura española empiezan su relato desde la escuela en donde ya tienen lugar bellaque-

(1) Esta cita, como algunas otras, está muy condensada. — (N. del T.)

rías y contratiempos sumariamente referidos, como en la vida del Gran Tacaño. Muchos hacen su presentación refiriendo su vida de escolar, que abandonan como Marcos de Obregón y el criado Alonso, atraídos por la perspectiva de una vida más independiente, ó bien, como D. Gregorio Guadaña, la prosiguen por completo. Pero muchos comienzan por dirigirse en busca de aventuras, atenedos al dicho maternal de «valer mucho y gastar poco», como dice uno de ellos que entra en la vida plena inmediatamente, sin tropezar en el umbral de las escuelas. Algunos, en sus últimos años, encuentran ocasión para presentarse en Salamanca ó Alcalá á estudiar Teología, como sucede á Guzmán de Alfarache, ó confundir con ingeniosas respuestas á los doctores, como Lazarillo. Pero, fuera de esto, la vida toda del pícaro se distribuye en servidumbre, vagabunderías y fraudes.

A veces, es el pícaro un soldado que al entrar en acción busca refugio tras de las tapias de un corral; otras veces farronea con el que por más bravucón se tenga. Otras aparece robado por los gitanos, y le tienen algún tiempo sin amparo ni otro abrigo que el arrimo de sus hogueras, hasta que se le puede vestir con los andrajos del primero que muere, y le inician en los misterios de la gitanería. En Valladolid ó en Madrid se dedica al galanteo, y á fuerza de trapisondas logra engañar alguna heredera ó viuda rica, cuya fortuna, una vez conquistada, se le va como agua de entre las manos y en nada la aprovecha. En Sevilla trabaja en la descarga de las carabelas que arriban de las Indias; es expendedor de drogas y cosméticos ó charlatán sacamuelas. Veces que trabaja en recoger aceituna, ó en guardar ganado ó en andar con el carro. También puede vérsese de cómico de la legua, por lo general sustituto, ó se le emplea en recaudar la entrada, ó en hacer prospectos, ó en hacer de dragón en los autos y de muerto en las tragedias, y en zurcir las vestimentas en ratos desocupados. Y si se le ofrece, es poeta, compositor de romances menos inspirados que ingeniosos, ó aprendiz de barbero que se lleva me-

dia oreja á la menor rozadura de la navaja, á pesar de haberse desbastado en este oficio con miserables y pacientes mendigos. Cuando le toca ser mozo de vajilla, cocinero ó mayordomo, no le faltan expedientes ingeniosos para hacer su agosto. Y hasta médico es que camina gravemente en su mula, diciendo á la gente lo que ya la gente conoce, pero con lenguaje estirado y enfático. Tiene gran afinidad con diferentes castas de pícaros, con los Dacios que mutilan á niños de que se sirven para mendigar; con «corredores de lana», esto es, ladrones que le despojan á uno de la capa, validos de la oscuridad, y se llagan con úlceras pintadas implorando la caridad á las puertas de las iglesias. Se hace ermitaño, lucrando con su reputación de santo y con la venta de objetos robados, ó parodia á los santos en medio de las calles clamando al «Bendito y Santísimo Sacramento», y pidiendo sufragio para los pobres encarcelados, mientras sus cómplices roban sábanas y almohadas de los hospitales. Pero llega la noche, y á puerta cerrada ¡es de verlos entregados á alborozadas francachelas! Cuando están en plena vagancia, tienen los mesones para ellos irresistible fascinación, y allí se pasan la mitad de su vida. Aunque resulte que el mozo de taberna tiene más mala fortuna que el de ciego, sin embargo, en los grandes mesones tiene probabilidad de llegar á serlo todo, desde hostelero á propietario. Está dispuesto á disfrazarse ó meterse en un baúl, como los más consumados intrigantes italianos. Tiene trazas para chasquear á los maridos celosos, aprendidas en la escuela de la experiencia y tomadas de las *novelle* italianas. Por obra del más estupendo azar, se les confían reciennacidos absolutamente desconocidos, y cuando menos se espera, no les faltan cestillos misteriosos, llenos de joyas y dejados al alcance de su mano. No es frecuente que estos personajes se lancen á aventuras por el Mediterráneo; mas sí sucede que de improviso les coge una fiesta morisca que se los lleva á Argel, donde indefectiblemente la hija de algún su señor mahometano se enamora de ellos y consigue facilitar su evasión. En el Atlántico se describen tormentas y

encuentros con piratas, y aquellos trances en que unos á otros se confiesan en alta voz sus pecados. Visita también el pícaro las Indias, y como ocurre en *El Soldado Píndaro*, el protagonista declara que todo cuanto ha visto en el mundo no vale lo que un melón de Guadix, ó navega, como Sagredo, por aguas incógnitas hasta arribar á una isla de nuevos cíclopes. De Polonia á Holanda y la costa de Kent, son sus viajes incesantes. Anda errante, como Guzmán, por toda la Península, describiendo sus ciudades y santuarios. Encuentra, por último, su asiento definitivo por Italia, en Nápoles, Roma y Milán, y aun cuando sea robado por Sayavedra en Siena, ó engañado por doña Camila en Venecia, no pierde el tiempo, pues en todas partes está atento y observa.

En todas sus aventuras, el pícaro es juguete del destino, como barca sacudida de acá para allá por las olas del acaso. Ora sube, ora desciende; empujado de una banda, es atraído hacia la opuesta, atrás ó adelante, pero sin nunca lograr encaminarse por la derecha vía. No es dueño de su carrera ni pasó nunca por su imaginación la idea de la voluntad venciendo al destino. Semejante pasajero, lo único que puede apetecer es un buen viento que le lleve tarde ó temprano á su puerto: todo dependerá de esto, nada de él. El pícaro es, pues, por su parte, no más que un pretexto, un eje alrededor del cual gira la descripción de la sociedad y sus maneras; y por lo que toca á las novelas picarescas más antiguas de España, más que considerar al pícaro, se ha de tratar de considerar la realidad por instrumento de sus ojos.

Así, pues, la sociedad en que el pícaro vive es el asunto dominante; y aunque su tendencia satírica le encamine alguna vez hacia la caricatura, la descripción de la vida contemporánea es en conjunto fiel, porque su mérito estriba en la apreciación de su verosimilitud, como si fuera un verdadero retrato. Pero en esta pintura no se establece otro orden que el impuesto por el de las aventuras del héroe. Y por más que conserve algunos rasgos de la sátira medioeval, es más bien su reverso

que su verdadera continuación. En vez de pasar revista á las clases sociales, empezando por las más altas y acabando por las ínfimas, como sucedía en *La Danza de la Muerte*, la novela picaresca tiende más bien á empezar por las inferiores y terminar con las más elevadas cuando se sigue en ellas un plan definido. Así, Lazarillo comienza su carrera como acompañante de un mendigo ciego, bribón redomado; sirve luego á un clérigo avariento, y después á un pobre escudero, cuya única falta es cierto orgullo romántico. Guzmán de Alfarache, que es primero criado de un mesonero y de un cocinero, llega á servir de paje á un cardenal y á ser el favorito mimado de un embajador antes de caer en desgracia. Otros, sin embargo, y son los más, cambian de condición, sin que exista un orden motivado y como á la aventura. En la *Desordenada Comedia*, el héroe entra en escena de aprendiz de herrero; se torna luego pícaro profesional, y acaba su vida condenado á galeras en Marsella. El Bachiller Trapaza, asimismo, boga en el servicio del rey, á lo que le llevan los celos de su querida, tras de haber hecho el caballero en Salamanca, en combinación con un hidalgo tan pobre como las ratas, y con él traza una cábala fraudulenta. Estebanillo González, en toda su vida de variedad caótica, acepta cuanto se le ofrece, y sus atropelladas aventuras se desarrollan en la confusión más perfecta. Es rapista, ratero, cocinero de barco, cocinero en tierra, cirujano de hospital, mozo de fregadero, alguacil, salteador y falso peregrino. Hace de charlatán, buhonero y soldado. Es vivandero en una compañía, bufón de corte, falso médico y dentista, y legado diplomático. En toda su larga vida, la única adquisición que hace es la de cierta familiaridad con los grandes, que le ha valido su oficio de bufón. Alonso, el donado hablador, mozo de muchos amos, como le intitula la novela con tan poca razón, recorre una serie de vicisitudes semejantes. Sirve en la milicia, es criado de un sacristán y de un caballero; actúa de secretario de un juez y es ayudante de un médico; en Méjico se hace rico mercader, y en su patria no es más que

un pobre comediante. Es ganapán de convento, cómplice de gitanos, escudero de una doncella enamorada, aprendiz de pintor y cardador de lana; y cogido prisionero en Berbería, después de haber representado una tragedia ante los moros principales, es rescatado por los PP. de la Santísima Trinidad, y termina sus días como ermitaño. Nada más voltario que la fortuna del pícaro conducido sin rumbo sobre las ondas caprichosas del azar; mas la contextura y materia de la sociedad descrita es en realidad uniforme.

Estas novelas picarescas de arte rudimentario, ha de notarse como caso singular que fueron compuestas por personas que no pertenecían á la casta de los pícaros, ni eran tampoco espíritus reformadores. En Inglaterra, durante los siglos xvii y xviii, al contrario, los autores por excelencia de libros picarescos, eran de suyo gente perdida, ó bien personas que trataban de precaver á los demás contra la picardía y corregir el mal. Tomás Nash, en su *Jacke Wilton*, compuso un relato de mero entretenimiento; pero la mayor parte de los escritores fueron impulsados por consideraciones prácticas desde Harman, que termina su «Libro de desvergonzados mendigos», con el voto de que su personaje pueda «corregir sus malas acciones, y así vivir tranquilo», hasta Daniel Defoe, amonestando á los condenados á destierro á que se arrepientan para poder por este medio ser venturosos. Autobiografías de pícaros, escritas por aquellos que en los rigores de la ley se arrepintieron y procuraron conducir á los otros por el buen camino, hay innumerables en Inglaterra, desde *La vida y muerte de Gamaliel Ratsey* publicada en 1605, hasta las *Memorias de James Hardy Vaux* de 1819. En España, en cambio, las novelas picarescas fueron señaladamente *Libros de entretenimiento*; éste fué su fin, y sus autores, que gozaban de lugar preeminente por su posición, cargo ó la misma categoría literaria, tomaban la vida del pícaro como otro asunto cualquiera. Los relatos españoles, seguros de alcanzar mayor perfección literaria que los ingleses, consideran la enmienda de las costumbres

sólo de modo indirecto, y por aquello de que la sátira siempre corrige. A pesar de esto, desde los principios, el autor de libros picarescos, como si tuviera miedo de que pudiera confundírsele con su antihéroe y estuviera obligado á sustentar su buen nombre, anuncia un propósito moral que apenas puede percibirse en su obra. Mateo Alemán tuvo este cuidado de declarar que había escrito el *Guzmán de Alfarache* para el aprovechamiento común, y Alfonso de Barros, camarero de Felipe III, en su elogio del autor, dice intencionadamente que Alemán en su vida era la antítesis de su personaje. Espinel anunciaba de su *Marcos de Obregón* que no se encontraría en él ni una hoja que no tuviera algún sentido especial fuera del que superficialmente se viere. El Dr. Carlos García dice de su *Desordenada Codicia*: «Este libro, no tanto se preocupa de referir la antigüedad y hazañas de los ladrones, como de enseñar la manera de precaverlas.» Solorzano, en el prefacio de la *Garduña de Sevilla*, afirmaba que á los grandes príncipes debían ser ofrecidos estos libros, menos por lo que manifiestan que por lo que quieren dar á entender, que es mejorar las costumbres y avisar á los incautos. Quevedo justifica este género de literatura en las observaciones con que prologa el *Don Raimundo el entremetido*, de Tovar y Valderrama, basándose en que los vicios vistos en otros causan mayor aborrecimiento que los examinados en uno mismo; idea expresada también por Ben Jonson en sus versos para la traducción inglesa del *Guzmán de Alfarache*, hecha por Mabbe.

Por lo demás, este alarde de intención virtuosa bien puede conciliarse con la progresión moral del antihéroe. Los libros jocosos y de ingeniosidades nada tenían que ver con la moralidad, que ha de inculcarse forzosamente en las personas. Y cuando, por ejemplo, una persona empieza á mostrarse como superior á su obra, tiene poco en sí esta acción que contribuya á elevar el sentido moral. En la novela picaresca española pueden encontrarse diseminadas las reflexiones morales, pero nunca incorporadas á su verdadera substancia. Alemán reco-

no sabía el plan moralizador de otros, cuando admitía que «no había impropiedad, ni era fuera de propósito escribir en esta primera parte alguna cosa de doctrina». Después de él, ya los lectores no tenían más remedio que tomar lo útil juntamente con lo agradable, no siendo los de Lesage, que preparó una edición de esta obra «*purgée des moralités superflües*». Andrés Pérez, más tarde, en la *Pícara Justina*, no contento con las moralidades que pudo distribuir por todo el texto, añadió observaciones provechosas al fin de cada capítulo, dando así á la novela picaresca un tono moral y retórico. El apogeo de la confusión se consuma en el *Donado hablador*; pero así como el *Lazarillo* se había librado de este pecado dominante, los libros que de él derivan muestran esta ventaja, y el *Buscón*, que pertenece á esta serie, se hace recomendable por su falta de pretensiones edificadoras.

En la novela picaresca es imposible la aparición de lo sentimental, como no sea en episodios interpolados, que nada tienen que ver con lo picaresco, ni tampoco lo licencioso que imprimió su sello en la *novella* italiana deja vestigios en la española. A veces, como en Quevedo y en la *Pícara Justina*, se acusan torpezas y groserías del mismo género que las porquerías no inmorales de los *Eulenspiegel* alemanes, pero nunca incurren en la verdadera obscenidad. El condimento de las salsas gálicas se ve añadido en *Francion*, pero únicamente al Norte de los Pirineos, y aun allí no fué tampoco salsa acreditada para este género de ficciones. La ausencia de lo sentimental, por una parte, y por otra de elementos eróticos, hace que la manera de tratar el amor y el matrimonio tenga en los libros picarescos carácter especialísimo. Lo que constituye, pues, en la novela moderna, hija de la picaresca, rasgo tan importante, falta en su predecesora. De lo que se llama amor no hay en ella nada. Guzmán de Alfarache, con pasar las noches sin dormir y los días soñoliento en Alcalá, cree haberse matriculado en la escuela de Cupido, pero él mismo se da cuenta de que es hechura de un instinto ciego. El credo ver-

dad de los amantes pícaros se resume en aquellos dos versos de Justina:

*«Tanto crece el amor quanto la pecunia crece,
Que hoy día todo á él se rinde y todo le obedece.»*

El amor está en razón directa de la riqueza, y sólo hay tres motivos, dice la Pícara, para que una mujer se enamore. Primero y principal, el interés; segundo, la alegría de ver á un hombre hecho su esclavo; y tercero, el hecho de que ceder es el remedio más pronto á la impertinencia. Por ironía, sin embargo, el matrimonio, en los más de los casos, se ve defraudado en sus miras interesadas, dejando al amante peor si se casa ó enviuda de lo que antes estaba. Guzmán proclama: «Caséme rico, casado estoy pobre, alegres fueron los días de mi boda para mis amigos y tristes los de mi matrimonio para mí; ellos tuviéronlos buenos y se fueron á sus casas, yo quedé padeciendo los malos en la mía.» Pierde la mujer y la dote con su muerte, y luego otra que le enriquece, vendiendo sus gracias á generosos admiradores, se le marcha de casa con su caudal y con un capitán de barco; no por esto se corrige, declarando que toda mujer le parece la diosa Venus. Alonso no tiene mejor fortuna; casado con una comadrona rica, con hijos ya crecidos, le obliga á llevar los vestidos de su primer marido, ayudarle en su profesión, para que anuncie á los clientes el sexo de la criatura recién nacida, y cuando su mujer fallece se encuentra en la miseria para siempre, pues sus hijastros le despojan de todo su patrimonio. El galanteo para el pícaro rara vez es cómodo, de que es lastimoso ejemplo Marcos de Obregón, que, concertado con una vizcaína á estar de palique por la noche á través de una gatera, se encuentra, en lugar de ella, con un gato efectivo, y es blanco de papirotos; y cuando por segunda vez trata de hablarla, le cogen cuatro hombres, que le obligan á dar vueltas á un molino. En sus amoríos con otra, también sale burlado, pues le encierran en un aposento, y sus progresos en

este punto son todos tan desdichados, que continúa soltero hasta el fin de su vida.

Las mujeres son todas ventaneras y tan mudables como la luna. La primera amiga de Estebanillo, á quien hace merced de una habitación sin vistas á la calle, le cobra por esta causa aborrecimiento; y otra, sospechada de infidelidad, le roba cuanto posee y le deja. Rufina, casada con un mercader indiano, á los ocho días de galanteo, se cansa luego de él por su mucha edad, economía y estrechez. Concede sus favores á otros, entre los cuales hay un galán que la da un vestido, tomado de una vecina, y vestido como criado, le obliga á devolverlo en presencia de su marido (1). Con sus embustes chasquea á un avaro, á un alquimista y á un ermitaño que sabe más que ella, y hasta inventa trazas para casarse con otro pícaro. A Lazarillo le toca en suerte, mientras su viaje por el mar, una mujer de fama no muy limpia, y ya en tierra, hace el papel de marido resignado de la querida de un eclesiástico. El ermitaño tunante, de la segunda parte del *Lazarillo*, escrita por Luna, es recibido en matrimonio á condición de consentir en seis artículos, uno de los cuales es que no éntre en casa cuando vea un jarro ó vaso á la ventana, señal de estar ella citada con otro; otro, el de comprometerse á esconderse cuando algún otro viniere á su casa, sin que nadie le viese, y otro, que había de traer dos veces á la semana algunos amigos que hiciesen la costa de un buen *gaudeamus*. La formalidad de llamar al cura podía excusarse, pues lo esencial del matrimonio consiste en la conformidad de las voluntades. Las monjas aparecen en estos libros como objeto de una pasión fútil y extendida. Guzmán censura á un su amigo por esta necesidad, hallándole en disputa con una monja sobre si en amor es preferible la esperanza ó la posesión. El necio afortunado oye que de él se murmura más de la cuenta de ser demasiadamente devoto de

(1) Tomado este episodio del Decamerón, segundo cuento del día 8.º, y de un *fabliau*, Barbazán et Meon. T. 4, 181.

las monjas, y Pablos el Buscón inspecciona por entre las rejas del coro, tosiendo de cuando en cuando para llamar la atención de su amada. Paséase por las capillas sin esperanza, y en el patio del convento encuentra á otros tan majaderos como él, que se pasan la vida contemplando á una mujer á través de unas verjas, como si se tratara de una reliquia de santo.

Pero el fuerte del pícaro en materia de amores está, sin embargo, en la procura de matrimonios que él á su antojo guisa y compone. Pablos el Buscón es particularmente hábil en este juego. Hace la corte á la hija de la señora en cuya casa está intentando pasar por riquísimo, contando y recontando los únicos cincuenta escudos que posee muchas veces, en sitio donde el sonido de las monedas pueda ser percibido por la señora. Escribe cartas muy tiernas, y tiene avisado de que vayan á preguntar por él, nombrándole el señor de tal y cual. Tras esto, y con la esperanza de alcanzar á una mujer rica, alquila un caballo y ricas galas, y hace la corte á una heredera hablando de sus cuantiosas rentas, de sus ilustres parientes y declarando que nunca se casaría por ambición de riqueza. Para acercarse más, la invita á una merienda, pidiendo á unos y otros, y todo va caminando favorablemente hasta que á lo último le desenmascaran. Y el desenlace de toda esta comedia termina en una tanda de azotes. El Bachiller Trapaza ensaya idénticas mañas con una hermosa heredera. Por la noche la obsequia con serenatas; mas como no entiende de música, alquila á otro que toque por él, mas desgraciadamente es ya suplantado por otro rival. En otra ocasión emplea una trata más elaborada con una señora de quien ha llegado á su poder un retrato. Quiere hacer creer que le han robado cerca de la casa de ella en donde le acogen, y encontrándole el retrato y papeles apócrifos, refiere una relación acerca de su nacimiento ilustre y sus grandes riquezas, y cómo, habiéndose enamorado de aquella miniatura, ha dejado todo lo demás en poder de los ladrones, consintiendo esto antes que abandonar aquella pintura. Esto conmueve á la dama, que está pronta á galardo-

narle con su mano, cuando, descubierta la treta, termina apaleado por los criados de la casa. Estas palizas son desenlace frecuente de estos embustes de amor, como Ceñudo descubre bien á costa suya; pues siendo paje, finge ser un rico caballero con extensos dominios, y llega á hacer creer á una dama que la coronará por reina de las Indias. Cuando llega á averiguar algo de lo que en realidad hay, atrae á Ceñudo al prado, donde le obsequian con una carga de garrotazos por su desvergüenza. Periquín se libra de castigo, aunque bien lo merece, pues, al enamorar á la hija de un boticario, pretende ser de Mondragón, ciudad donde todos son nobles, y sobrino además del médico de Su Majestad. Escribe una carta recomendaria referente á sus propias calidades; pero, por desgracia, se descubre el engaño, y el boticario, cuyos sueños quedan fallidos, se desconsuela no menos que el propio Periquín. La sabia Flora Malsabidilla se afana ante todo por amañar un casamiento de engaño con uno de sus antiguos amantes que la conoció de gitana; y Teresa de Manzanares, la comedianta, emboba á un *perulero*, llegado de Lima, haciéndose pasar por la hija de un hidalgo de Castilla. Más tarde, y ya viuda de su tercer marido, viste á una esclava en términos que la tengan por sobrina suya, estafando á dos galanes en competencia, á quienes mantiene á respetable distancia, dando por resultado que entrambos á porfía manden regalos á la presunta sobrina. Cervantes, en el *Casamiento engañoso*, describe admirablemente uno de estos fraudulentos enlaces en que los dos se chasquean; pues Estefanía, doncella de servicio que remeda una gran señora, enamora al teniente Campuzano, que, por su parte, quiere pasar por rico engalanado con joyas falsas. Ya casados, se descubre el engaño mutuo, y Estefanía busca su consuelo escapándose de casa con las alhajas, todo lo cual refiere Campuzano, como cosa de broma, á un amigo que come con él. En la *Guía y avisos de forasteros*, el pícaro Bonillo, engaña á un rico labrador y á su hija, prometiendo casarse con la muchacha y dar la administración de la hacienda á su cuñado. El labrador, gozoso, les

otorga una dote de la mitad de su fortuna, y al irse á acostar Sancho á secas piensa en levantarse D. Sancho. A la hija le ha prometido llevarla en coche, y cuando se cansa del coche, litera de damasco en oro y azul, con dos esclavas berberiscas para llevarla. La chica se atonta con estas cosas, pero todo ello termina con que al muchacho le condenan á galeras, y D. Sancho vuelve á ser meramente Sancho, y D.^{na} María la pobre Mari-Hernández. Un viudo se casa con ella adoptando al hijo fruto de las engañosas relaciones, por suyo. Este matrimonio tampoco sale muy próspero, pues á cada vuelta de esquina, la muchacha fija sus ojos en cualquier galán forastero que pasa por el pueblo. Este amor, desprovisto de sentimentalismo, es el que ofrece la novela picaresca, abundando en cambio, el elemento humorístico, que es su dote necesaria. Cuando el afecto serio aparece, como en muchos episodios interpolados en diversas novelas, siendo el principal ejemplo el *Soldado Píndaro*, ya el pícaro queda en segundo término ó más bien desaparece de la escena; esta manera de tratar el amor es sencillamente el ejemplo más comprensivo de la pasión ó emoción.

Estos relatos de la literatura española fueron estudios de costumbres, no de carácter, y las aventuras servían de base juntamente con ellas, no para describir situaciones potentes del corazón ó de la conciencia, sino más bien para la observación y pintura de los hechos externos. Por esto, casi exclusivamente prevaleció la forma narrativa, y aun cuando se empleara el diálogo para producir algún movimiento dramático—pues hay novelas en esta forma,—no contribuyó grandemente á sacar á luz el carácter. El antihéroe que tenía toda atención proyectada hacia el mundo exterior inmoral é insensible, se daba cuenta perfecta de lo que él representaba, esto es, de su misión de antihéroe. Berganza, en el *Coloquio de los perros*, puede señalar la diferencia que hay entre los pastores de la bucólica y los de la realidad, que gastan el día en espulgarse ó remendar las abarcas y no en entonar canciones á sus pastoras; pero la novela picaresca no ataca directamente las novelas

pastorales ni caballerescas. *Don Quijote* es el único ataque organizado contra ellos; pero el antihéroe que está representado más bien por Sancho que por Don Quijote, que no es sino héroe frustrado, ofrece en suma el reverso de la vida, dejando al lector el cuidado de inferir consecuencias sobre lo absurdo de los caballeros andantes anacrónicos ya, y los pastores de la poesía pasados de moda. Además, los autores españoles de la novela picaresca no sintieron devoción tan exclusiva por lo picaresco y realista que les impidiera alguna vez lanzarse en pos de los héroes del idealismo. Cristóbal Suárez de Figueroa, autor del *Passagero*, lo es también de la *Constante Amarilis*, novela grave y más famosa; Alonso Castillo Solórzano, no descuidó en manera alguna la ficción romántica, por más que también le inspirase la musa de los rateros y vagabundos; Cervantes mismo compuso la *Galatea* y el *Persiles*; y Espinel es autor de las *Diversas rimas*, que nada tienen de común con los *Romances de germanía* ó con las andanzas de Obregón.

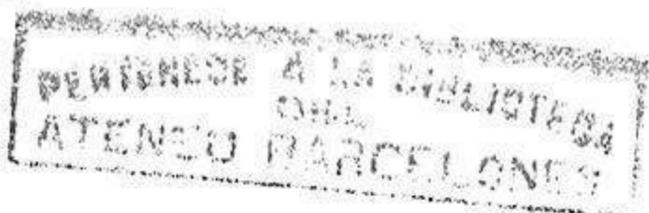
En Francia, en cambio, el antihéroe se elevó á la plena conciencia de sí mismo; pues aun cuando Barclay, autor del *Euphormio*, engendrara también el *Argenis*, y Sorel, al lado de sus cuentos picarescos compusiera las *Nouvelles choisies* de antigua cepa erótica y heroica, con todo, los que abrazaron el partido de la realidad fueron consecuentes por su mayor parte en mantener sus tendencias. *Don Quijote* asumió la dirección dando amplio ejemplo de ataque directo, que fué fielmente seguido cuando salieron á la luz nuevas ficciones exageradas comenzando por *L'Astrée*.

A pesar de su buen éxito, los herederos de las novelas griegas y del Amadís se encontraron con oposición poderosa, que no escatimaba palabras para declarar su antagonismo, según se ve en obras tales como *Le Gascon extravagant*, *Le chevalier hipocondriaque*, ó el *Berger extravagant*, cuyo título en compendio era *L'Anti-roman*. La antinovela y el antihéroe tuvieron, pues, su época de favor en Francia, pues las imitaciones alemana y holandesa no hicieron sino valerse de la manera fran-

cesa; y en Inglaterra el perfeccionamiento gradual del anti-héroe, que acaba por redimirle, anula este tipo, sin volverse á acordar ya del verdadero héroe que al principio se le opone. Empieza este género de literatura por ser: en España, una revista de meras actualidades; en Francia, un principio de reconocimiento propio del antihéroe, y en Inglaterra, germen de estudio del carácter antiheroico. De semejante manera, las novelas picarescas inglesas concentran el interés en los actores individuales, las francesas en el aspecto formal y literario de la obra, mientras que la novela picaresca española converge su atención en la sociedad de esta manera crítica observada.

FRANK WADLEIGH CHANDLER

LA AMÉRICA MODERNA



Las condiciones de la investigación sociológica. La Argentina á través de la crítica europea. La literatura francesa. Un libro de Jules Huret. Juicios tendenciosos para alemanes y españoles. Política colonial comparada. Debilidad comercial francesa en América.—La revolución mejicana de 1911. Sus causas. La obra de Porfirio Díaz. De 1876 á 1910. La opinión europea.

El lanzar un libro dedicado á un país, con la pretensión de reflejar una imagen viva de las tierras y de las gentes, en toda su vida íntegra, desde los pormenores geográficos hasta las consideraciones antropológicas, espirituales y sociales del pueblo que viva sobre el país que se describa, exige una preparación personal del investigador rigurosamente sociológica, y un acopio y clasificación de materiales suficientes y bien seleccionados. Cuando faltan estas condiciones, el producto será una figura contrahecha, una obra coja que muere al nacer. He aquí por qué muchas veces es preferible el estudio monográfico (artístico, económico, religioso, jurídico, etc., etc.) de un país, á esas obras en las que se pretende sistematizar la vida entera, y quedan, sin embargo, por falta de perspectiva mental y de amplitud en el campo de visión del investigador, fuera de examen círculos extensos de la vida que se quiere escrutar. El antropólogo, que sólo sea antropólogo y pretenda dar una síntesis sociológica de un pueblo, estirará todo lo que pueda las descripciones étnicas, dará á conocer los caracteres somáticos

de la estirpe, llegará á las disquisiciones psicológicas, tal vez; pero la vida social y su mundo imponderable, que incluso á la estadística escapa, quedará fuera del cuadro que componga. Añádase á todo esto una exigencia más fundamental todavía que la cultura integral que ha de poseer el investigador, cual es la serenidad de juicio, la ausencia de toda inclinación tendenciosa, y se comprenderá el cuidado que hay que poner en el estudio de todo libro que acometa la magna labor de ofrecernos la imagen y la vida íntegra, parlante, de un pueblo.

Pero la audacia suele ser cualidad más extendida entre los escritores que la prudencia y la modestia; de aquí, que no es extraño el que tropecemos con libros de impresión con pretensiones de investigación integral. Esas cosas que se encuentran en la superficie de un cerebro medianamente culto, no pueden ser nunca materia de un libro.

Y digo todo esto á manera de introducción á la crítica de la literatura europea, que ha tomado como objeto de estudio á algunos países americanos, sobre todo á la República Argentina. Confieso que cuando leí el libro de Santiago Rusiñol, *Un viaje al Plata* (1), encontré en él una obra perfecta, á pesar de que el autor declara, entusiasmado, que bailar el tango argentino equivale á hacer nación argentina. Rusiñol es un artista, hondamente romántico con visos de humorismo; en su retina, la mancha amarilla está reemplazada por una mancha azul, en la cual se dibuja frecuentemente el contorno cómico de algunas figuras. ¿Cómo ha de resultar una visión de Rusiñol sobre la Argentina? Necesariamente, como su temperamento la refleja en la cámara obscura; y si á esto se añade que el autor declara su aversión á la estadística y á todo lo que signifique disciplina sociológica, la obra nacerá sin pecado original. Ya se sabe de antemano quién la escribe y lo que se propone describir. Lo terrible es encontrarnos con libros de los llamados sugestivos, que intentan abarcarlo todo en sus

(1) Santiago Rusiñol: *Un viaje al Plata*. Traducido del catalán por G. Martínez Sierra. Madrid, 1911.

juicios, y aprietan, sin embargo, bien poco. ¿Ejemplo de esto? Ahí está el libro de Guillermo Ferrero, *L'Europa Giovane*, verdadero preciosismo literario, de algún que otro atisbo genial, pero de verdaderas caídas mortales al formular leyes sociológicas, y llamar versátil á Bismark. ¿Otro ejemplo? El libro reciente de Jules Huret sobre la Argentina (1).

Jules Huret es un pensador fácil, escritor brillante y claro, superficial y pintoresco, genial á ratitos y laborioso siempre, que ha compilado en un tomito de la *Bibliothèque Charpentier* las impresiones que sobre la Argentina publicara en *Le Figaro*.

Por Mr. Huret me enteré yo de que los médicos españoles hacen las disecciones vistiendo grandes batas rojas, si bien no he podido toparme con ninguno de ellos, ni á pesar de mi empeño en saber la dirección de tales anatomistas desconocedores de la asepsia (2). No me sorprenden las cosas de este escritor, desde que aprendí de Maurice Barrés, y bajo el espeluznante título «Du sang de la volupté et de la mort», que Toledo era muy sensual, y Gautier contó á los franceses que el Cirio Pascual de la Catedral de Toledo era como un mástil, y la cantidad de vino que se consumía diariamente en misas se contaba por toneles.

De esta inexactitud y tendenciosidad de la crítica francesa, que ha traído su descrédito en el mundo científico, hay, desgraciadamente, muchas muestras en la obra de Huret sobre la Argentina. De los alemanes habla como pudiera hacerlo Julio Verne. Para Huret, la equivocación de un alemán envuelve el descrédito de todo lo que sea alemanismo. El alemán Burmeister se equivocó al hablar del porvenir agrícola en la Argentina (como se suelen equivocar todos los que se dedican á ser profetas), y, á pesar de esto, «continuó—dice Huret—siendo director del Museo Nacional, y los sabios alemanes como profe-

(1) Jules Huret: *En Argentine. De Buenos Aires au Gran Chaco*. París, 1911.

(2) Véanse sus publicaciones *En Allemagne*, Bibliothèque Charpentier. París.

sores en la Universidad». El escritor no sabe que el mejor estudio sobre la potencialidad agrícola y pecuaria de los Estados del Plata es debido al doctor alemán Kärger, y que la influencia legítima de la cultura alemana, que imparcialmente describe Aníbal Latino (Los factores del progreso de la República Argentina), llega hasta colocar el casco prusiano en las cabezas de los soldados argentinos. Si en vez de los sabios alemanes, Mr. Huret hubiese explicado agricultura en una cátedra argentina, habría preconizado el cultivo intensivo en vez del extensivo, como lo hace en su libro, y afirmado que las labores profundas en las tierras vírgenes matan la planta por exceso de nutrición... Los economistas y los agrónomos, sin embargo, sostienen que el cultivo extensivo es el preferible cuando hay mucha tierra libre y el más rentable, y que es la falta de meteorización de las tierras vírgenes lo que mata la planta cuando la semilla se arroja después de una labor de treinta ó cuarenta centímetros de profundidad.

El retardo del desenvolvimiento de la Argentina lo atribuye Huret á la política colonial de España. Para él no hubo un Carlos III que declaró libre el comercio de la América española bastante antes de la emancipación de 1810, y aunque las luchas civiles que siguieron á la emancipación de las colonias españolas desbastaron el suelo americano, el escritor francés no se pára en barras y acomete sin rubor á la influencia española, á la que no atribuye el diluvio universal por ser la Biblia un libro bastante conocido. Siempre que de política colonial se trate, á nadie es lícito olvidar ó desconocer que la política asimilista española no era sino un reflejo del sistema colonial imperante en la política colonial europea, y que aún tiene hondos vestigios en la política colonial holandesa actual y en la alemana, contra la cual la sátira canta hasta en los últimos *cabarets* alemanes.

¿No oyó nunca Mr. Huret, en Alemania, una copla llamada de von Puttkammer?

*Willst du meinem Cousinchen sein?
Später wirst du meine Frau...*

El que invita á una mujer á que se presente como primita, y la ofrece más tarde hacerla su mujer, es un alto empleado de la administración colonial alemana que convierte la tierra colonial en paraíso de delicias... propias. Y esto en el siglo xx. Los errores de la política colonial española fueron los mismos que cometió Inglaterra y le ocasionaron la pérdida del Canadá. De todos modos, lo imperdonable es que de errores españoles ya pasados se haga un argumento contra la España actual, y se pase en silencio el error y la corrupción administrativa colonial de potencias de nuestros días, rebosantes de dinero y de cultura. Hoy, que se siente Francia débil comercialmente, pretende valerse del protectorado político en Marruecos para monopolizar el comercio de todo el Sultanato; hacer lo que las potencias coloniales asimilistas han hecho siempre, y Mr. Huret critica en España. Pero la espada germánica se encarga de abrir las puertas que cierra ó pretende cerrar la orientación imperialista francesa. Para no recargar más la crítica, permítaseme recordar que, en materia colonial, alguna gratitud debieran guardar los franceses á España, puesto que no siendo capaces los franceses de fundar colonias de establecimiento, han recibido de manos españolas, de alicantinos y almerienses, montes descuajados y tierras roturadas en Argelia, un magno trabajo de *défrichage*, para el cual es impotente el labrador francés, acostumbrado á la tierra blanda y jugosa de las llanuras francesas.

Pero los franceses son así. Se llevaron el Cid de Guillén de Castro, y le presentaron como hijo legítimo de Corneille; explotan la tierra colonial santificada por el trabajo español, y nos declaran fanáticos, mientras Max Régis y Rochefort predicaban el odio de raza en Argelia.

Convendría colocar una apostilla en las descripciones del escritor francés, cuando roza un aspecto de la vida moral ar-

gentina y no se cura de buscar las raíces. Describe así la hora del paseo en el Parque de Palermo de Buenos-Aires.

«Las tardes de verano, de Noviembre á Enero, antes de partir para la playa de Mar del Plata, ó á la estancia en el interior, se vuelve á Palermo, pues no hay más que un solo lugar para respirar, y, sobre todo, para encontrarse unos con otros. Entonces se descende de los coches.

»Las jóvenes, sentadas en los bancos y sillas bajo altas palmeras, parecen devorar con las miradas á los hombres que pasan; pero los jóvenes sobre todo, les miran con una impertinencia sin par. El brillo de los ojos virginales resplandecen más fuertes que los rayos de las luces eléctricas que allí se proyectan. Es necesario haber visto esa ringlera de grandes ojos negros que os siguen en la obscuridad, como si quisieran hablaros sin volverse ni bajarse, y que no dicen más que curiosidad, para formarse una idea del fósforo que puede contener una mirada de virgen. Y, hecho curioso: entre aquella gente joven no hay nada de equívoco ni de malsano. Unos y otros saben perfectamente lo que pueden esperar recíprocamente. Visiblemente juegan á mirarse, porque éste es el único juego que les es permitido y que ellos se permitirían...

»El lujo de las mujeres es notable; su belleza, sin igual. Ciertamente que se puede preferir la sencilla elegancia natural de las americanas del Norte á la gracia coquetona de las francesas; pero es imposible ver figuras más hermosas que las de los trenes de Palermo. Mujeres jóvenes de tintes mates, de grandes y brillantes ojos, de trazos regulares y finos, inmóviles y de expresión grave; jóvenes puras de mirada sin timidez, de discreta sonrisa, que hacen pensar en las bellezas escogidas y enclaustradas en los misteriosos harems de los reyes árabes y que milagrosamente, y para perdición vuestra, se descubriesen de repente. Su gracia ardiente, la pasión contenida y temerosa de sus gestos, y, sobre todo, el fuego profundo de esas miradas en las fisonomías serias y concentradas, infunden en el corazón del extranjero que llega á la hora del paseo en Pa-

lermo, unos sueños de voluptuosidad intensa y religiosa que conviene extinguir bien pronto.»

Pues aunque Mr. Huret no lo crea, esto es español, muy español. Tal vez sea el pueblo español el único pueblo de Europa en donde puede encontrarse pasión, porque pasión supone continencia y freno moral, cosas bien difíciles de encontrar más allá de los Pirineos. El español, al fundirse con los elementos indígenas coloniales, no hundió en el mestizaje las prendas morales.

Si Mr. Jules Huret hubiese ponderado serena é inteligentemente la vida económica de la Argentina, habría hecho una labor patriótica para Francia, pues habría enterado á los franceses de la continuada derrota comercial que sufren, comparados con ingleses, norteamericanos, alemanes é italianos en la Argentina. A propósito de esto, dice un escritor argentino que «la exportación de productos argentinos á Francia, que en 1903 daba la proporción de 15,5 por 100 de la exportación total, bajó en 1908 á menos del 10 por 100. Mientras el valor de la exportación á Francia fué de 37.762.040 pesos oro en 1907, sólo fué de 28.913.730 en 1908, y 38.996.005 en 1909. En 1910 se acentúa nuevamente la disminución. Este hecho debe llamar la atención de los gobernantes y estadistas argentinos para combatir, si es posible, las causas que le producen.» Pero el escritor francés parece obsesionado por la idea de la hispanofobia, y al describir algunos tipos de empleados inactivos de la Administración nacional argentina, escribe: «Estos son los andaluces, en los cuales predomina la sangre mora. Pululan en las oficinas donde los demás trabajan; ellos no hacen nada; están provistos de un título que les dispensa de todo trabajo (jefe, subjefe, inspector, subinspector, ¡qué se yo!)... Esta es la impresión que he sacado al visitar, entre otros establecimientos, el Banco Municipal, el Banco de Préstamos, el Monte de Piedad y la Caja de Ahorros.» Bien es verdad que se podía retorcer el argumento trayendo á colación los ejemplos que Edmundo Demolin ofrece en su estudio sobre latinos y

anglo-sajones, poniendo en parangón algunos casos de la Administración inglesa y francesa.

Por lo demás, el libro de Huret contiene impresiones artísticas, atisbos felices de sus excursiones por tierra argentina, que serían de indudable utilidad si el conjunto de su obra no estuviese manchado por algo tendencioso que pugna con las exigencias de la seriedad científica. Tanto el primer tomo como el segundo que se anuncia (*De La Plata a la cordillière des Andes*), y cuyo índice ya conozco, no constituyen una obra de conjunto, pues deja fuera de consideración el magno factor del derecho americano, cuya influencia en la América moderna es de todo punto innegable. Si el escritor francés hubiese anunciado su obra como impresiones de un periodista sagaz que sabe desparramar pintorescamente las estadísticas hechas por B. Martínez sobre la Argentina, en una serie de capítulos de género narrativo, la obra habría ganado en respeto para la crítica.

He aquí un ejemplo de las observaciones puramente periodístico-retóricas de Mr. Jules Huret, al describir los grandes latifundios argentinos que reciben el nombre de *estancias*:

«Después de la estación de Pereyra, y más allá del edificio destinado á habitación que ocupa el centro, el parque de la estancia de San Juan, de los Sres. Leonardo y Martín Pereyra, se extiende, inmenso, sobre una superficie de 350 hectáreas. Fué plantado por el padre de los propietarios actuales, hace unos cuarenta ó cincuenta años. En la actualidad, los eucaliptus, cuyo crecimiento es rápido, ofrecen el aspecto majestuoso de los árboles más viejos de nuestros bosques. Sus pelados fustes de un verde gris, lisos como un satén, se elevan enhiestos hacia el cielo azulado, y su corteza cuelga á jirones de las ramas superiores.

»Este parque es gloria de la familia Pereyra, gloria unánimemente envidiada por todos los propietarios de la República, y porque en este país los árboles son considerados como un lujo señorial. Los señores Pereyra no los cederían por un título de

nobleza. Para ellos constituyen, aparte de su fortuna considerable, una especie de título de nobleza.

»Se pregunta el origen de este amor que se tiene por los árboles en la Argentina entre muchas gentes. Tal vez por la falta de ellos. Ya se sabe que la Pampa está completamente desnuda. Los indios, ancestralmente habituados á esta desnudez de la tierra, acomodaron á ella su sombrío humor; los españoles, que vinieron aquí á una cosa distinta, no se cuidaron de plantarlos (1). Pero en los argentinos de hoy, en los de origen basco ó italiano, sobre todo el amor al follaje, se exaspera con esta privación. Por esto el plantar árboles resulta entre ellos una ocupación obligatoria, como acompañamiento necesario de un nuevo ó de un zarzo de choza pampera.

»En medio del parque, una corriente de aguas casi inmóviles se abriga á la sombra de grandes sauces, que lloran sobre las márgenes. Avenidas de palmeras y cocoteros, de magnolias y cipreses lindan con horizontes de pastos naturales, que se encierran entre cortinas de eucaliptus.

»La estancia propiamente dicha comienza allí. Las vacas *durham* y *hereford*, rodeadas de sus crías, se apacientan entre altas hierbas que tiemblan al tibio soplo del viento. Desde lejos parece un lago rizado por pequeñas ondas, en donde floreciesen gruesos matorrales de cardos de Castilla, rígidos y de grandes flores violáceas.

»Los olmos, los eucaliptus, las palmeras, los cipreses, los castaños, los matorrales de bambúes, los álamos blancos, las acacias y los abetos, los sauces y las tuyas alternan formando apretados *bouquets*. Algunos helechos raros, que se os enseñan como una curiosidad, se ocultan á vuestro pies.

»Cierta día, un comerciante quiso comprarle al propietario de este parque 200.000 eucaliptus, á razón de 6 piastras cada

(1) ¡Otra vez los españoles! Por lo visto, Mr. Huret cree cosa fácil llenar de alamedas el continente desde el cabo de Hornos hasta el Norte de Méjico.

mo. La compra representaba una suma de dos millones y medio de francos. No fué aceptada.

»La casa destinada á habitación, rodeada de todo este verdor, tiene delante de ella una vasta alfombra de hierba espesa. Es muy sencilla, sin pretensión ni ambición arquitectónica. Está pintada de rosa pálido y adornada por ventanas enrejadas, de verdes postigos, y no tiene más que un piso, y la línea de su terraza se proyecta netamente sobre el cielo azuladísimo. Parterres de geranios rosas y rojos se extienden ante su fachada, y dos grandes palmeras hacen guardia á su entrada. A lo lejos, los rebaños de carneros pacen á la sombra de los álamos, que limitan la alfombra verde, y una Virgen blanca, en su nicho de piedra, hace una mancha de luz en el verde sombrío de los árboles. Bocanadas de aire tibio, cargadas de sanos olores balsámicos, llegan desde el bosque vecino.

»La hospitalidad argentina os invita á almorzar cuando visitáis una estancia.

»Los muros del comedor están cubiertos de medallas y de objetos de arte de oro y de plata, ganados en los concursos agrícolas. Una ingeniosa distribución les ha incrustado en las tablas del muro, de suerte que forman parte del inmueble. En un gran *hall* admiramos las fotografías de los animales premiados, gigantes imponentes, antepasados de colosos que después han de verse. Al lado de estos retratos están las muestras de la lana de los carneros con el peso correspondiente.

»Durante el copioso almuerzo, *dont le puchero* familiar y el sabroso asado nacional fueron lo esencial, y se habló de San Juan.

» Encontraré aquí—me dijo mi huésped—una estancia muy diferente de la de Manuel Lobos, que usted ha visitado ya. Él se ha especializado en la cría de toros y vacas durham y de los carneros lincoln. Es imposible encontrar en su estancia una gota de sangre de otro origen. Por esto no hay en la Argentina, ni aun en la misma Inglaterra, los ganados de durhams y de lincolns comparables á los suyos. Mi padre se

propuso aquí otro objeto. Quería reunir en su cabaña los ejemplares de las principales razas seleccionadas de los diferentes países.

»La estancia de San Juan tiene fama de poseer el mayor número de vacas seleccionadas. Tiene de éstas 642 y 272 toros, de los cuales una parte no sirve aún para la reproducción. En los confortables establos se pueden ver 542 vacas y toros durham de origen, 465 hereford, también de origen, y 4.500 de otra raza pura sin cruzamiento alguno; en total, 5.500 cabezas.

»Los potreros están igualmente bien provistos: 17 sementales de pura sangre árabe, importados de Arabia, y 24 yeguas del mismo origen; 12 sementales shire y 33 yeguas; 14 sementales percherones y 34 yeguas; 52 sementales yorkshire y 93 yeguas; 51 brockennen alemanes y 76 yeguas, más 367 potros y yeguas mestizos.

»El eclecticismo de los Sres. Pereyra se muestra también en la cabaña de carneros, que cuenta con 702 oxford down, pura sangre, de cabeza y pies negros; 23 lincolns puros; 98 rambouillets puros; en conjunto, 1.244 puros y mestizos escogidos.

»Tal carácter se afirma igualmente por el número y diversidad de sus estancias esparcidas por doquier en la planicie argentina.

»¿Queréis formaros una idea de la fortuna territorial de una rica familia bonaerense?

»He aquí lo que á su muerte deja Leonardo Pereyra á sus cuatro hijas y dos varones:

»La estancia San Juan, de 12.500 hectáreas, en donde nos encontramos, con su parque de 250 hectáreas y cinco bosquecillos de 30 hectáreas, pertenece á los dos hermanos Leonardo y Martín. De esto se han deducido, en diferentes puntos, 600 hectáreas dadas á cada uno de los cuatro hijos para instalación suya, su jardín y su parque; en conjunto, 3.000 hectáreas improductivas. Esta es la estancia de recreo y lujo. Las 9.500 hectáreas restantes están ocupadas por 4.500 animales de raza,

de los que ya se ha hecho mención y están en los establos. Una parte de las tierras bajas están reservadas á los caballos salvajes. No se cultiva más de lo que se necesita para llenar las necesidades de la estancia: 150 hectáreas de alfalfa, 180 de cebada, de avena y de maíz.

»La estancia San Simón, situada en Ramos Otero, en la región de Taudil, cerca de Ayacucho, de 23.000 hectáreas, enteramente consagradas á la cría de ganados, propiedad de los dos hermanos; la estancia Tandil Leofu, situada en Iraola, en la misma región, de 14.000 hectáreas, de prados cubiertos de ganados; en la estancia San Leonardo, cerca de Tres Arroyos, sobre la línea de Bahía Blanca, se cultiva el trigo, la avena, sobre 17.000 hectáreas. En la estancia Navas, cerca de Labarden, en el Sur, que pertenece á las hermanas, se cultiva la ganadería en 25.000 hectáreas; en Dehuajo, estancia Indiano, de 15.000 hectáreas, que en propiedad indivisa pertenece á las dos hermanas, se cría ganado bovino y caballar. Las 10.000 hectáreas de la estancia San Rafael, situada en Wáshington, sobre el camino de hierro del Pacífico, están sembradas de alfalfa, y también allí se cultiva la ganadería.

»He aquí una familia de seis personas, que posee, ya separadamente, ya indiviso, 116.500 hectáreas de las mejores tierras argentinas. Yo no sé el número de toros que allí se crían, pero sé el de los carneros: 200.000.

»Después de almorzar con la amable familia del estanciero, nos sentamos bajo los grandes árboles para asistir al desfile de los más hermosos sementales, de los animales premiados y de los candidatos para los próximos concursos. Cualquiera que haya visitado las estancias argentinas conoce esta ceremonia que acompaña á la digestión, llena de asombro para el profano, de gozo, iba á decir, de emoción para el estanciero.

»Os presenta sus durhams y sus herefords, sus shires y sus percherones, con el orgullo de un artista que levanta el velo de una de sus obras queridas. Les llama cariñosamente, les mira complacido, sonrío, se frota las manos, acaricia y alisa

las ropas lustrosas de los toros y vacas. Ansioso de aprobación, escucha la crítica de éste, la admiración de aquél, aprobando ó discutiendo su opinión. Conoce la historia de cada animal, de los padres y de las madres, y en su cabeza recapitula las genealogías.

»—Créame usted—me decía uno de nuestros acompañantes, abogado de profesión, pero estanciero al mismo tiempo, como se acostumbra en este país:—yo reconocería mis animales entre otros mil. Quiero hacer la prueba. Que metan ciento cincuenta vacas de las mías en un rebaño de catorce mil ajenas, y al primer golpe de vista le diría: Allá está la *Manon Lescaut*, he aquí la *Safo I*, la *IV* ó la *V*; allá abajo la *Bella Otero*... Estoy seguro de no equivocarme ni una sola vez. Nuestra mirada está ejercitada así desde la infancia. Con la misma rapidez le calcularía cabezas de un rebaño desparramado en un campo de 100 hectáreas ó agrupado en un corral. El error, si lo cometiere, no sería más que de dos ó tres cabezas, á lo sumo.

»Las vacas premiadas en el último concurso estaban alineadas, encabestradas y con la nariz atravesada por un troncha-anillas:

»—¡He aquí el primer animal del mundo, según el parecer del mismo presidente del jurado inglés!—dijo el abogado.—¡El campeón de los campeones!

»—¿Y por qué?

»—¿Por qué? Porque posee todas las cualidades requeridas desde el punto de vista estético y práctico, la proporción y la armonía de línea que hacen la belleza, la cualidad de la piel y su tacto. Tóquela usted. ¿No es una carne perfecta? Ni muy dura ni muy blanda. Además, fíjese usted en la distribución de sus carnes. (Y su mano trazaba sobre los flancos del animal figuras geométricas.) Apóyese en esta paletilla, sobre este lomo... ¿Y estas ancas? ¿Y este pecho? ¿Y el cuello?

»Iba palpando las pelotas de grasa y la carne elástica.

»—Y esta piel fina...

»—Pero esta otra vaca me parece tan perfecta!...»

.....

Y Mr. Jules Huret sigue su profusa descripción de inútil detallismo, pasando revista á los toros y á los caballos, y aprovecha su paso para dar un toque de erudición, recordando á Pegaso ante un caballo árabe; dedica un recuerdo emocionante á los primeros y cornudos padres de los ejemplares examinados, y así acaba la descripción de la *estancia* argentina, sin que ni por asomo arañe el lado positivo y el negativo del problema de la estancia argentina las cuestiones técnicas, económicas, políticas y sociales que desde Plinio acá han preocupado á todos los pensadores de verdad. Después de la descripción del escritor francés, un cúmulo de representaciones de veterinaria y de *croniqueur* quedan en la memoria atiborrada del lector.

Tal vez argüiría el autor, que no se ha propuesto hacer una obra crítica; excusa que sería aceptable si no se atreviese á intercalar en la prosa de cronista, juicios que sólo se permiten después de concienzudas investigaciones á los técnicos en la materia.

Limpiando la obra de Huret de las caídas de teorizante sin preparación, puede aceptarse como tejido de crónicas sugestivas. De este peligro escapó Santiago Rusiñol, el cual, por lo visto, no olvidó la sentencia más profunda del *folklore*: «Zapatero, á tus zapatos», y por eso se contentó con sorprender el lado estético y humorista de las cosas argentinas, adorando la estatua de Sarmiento del parque de Palermo, hecha por Rodin, y filosofando graciosamente ante los elefantes de la colección del parque que se pasan moviendo la trompa todo el santo día.

Por haber publicado *Le Figaro*, como folletín, los artículos de J. Huret, extendiendo con esto su lectura, es por lo que yo le dedico bastantes líneas después de haber repasado su libro.

*
* *

¿Cómo hay que juzgar la reciente revolución mejicana?
¿Qué significación tiene en ella la obra del ex-Presidente Por-

firio Díaz? Por no haber creído fácil el hacer esta investigación, he dejado pasar deliberadamente algún tiempo que me permitiese hacer acopio de material, y ver con mayor serenidad los hechos y las opiniones. Recuerdo que al día siguiente de haber dejado la Presidencia el General Díaz, una serie de artículos aparecieron, resolviendo de plano el problema de la revolución mejicana. Hasta nuestro Benavente (de sobremesa, claro está) dijo que el pueblo mejicano había llegado á su mayor edad, dando á entender con esto que se trataba de un cambio de régimen político. Los hechos, sin embargo, no confluían á opiniones así orientadas.

Los mismos mejicanos necesitarán algún tiempo para cobrar serenidad, alejarse de los días de lucha para juzgar al General Díaz y la revolución mejicana, y, aun con todo esto, no serán ellos precisamente los que se encuentren en mejor disposición para hacer esta labor de crítica histórica, así como no son los alemanes los más indicados para juzgar la obra de Bismark, amado por unos, odiado por otros y por todos juzgado con apasionamiento.

Yo me encuentro en la labor inductiva que se puede hacer en la historia de Méjico desde 1876 á 1910, con un hecho que influye grandemente en el desenvolvimiento de Méjico: el gobierno personal de Porfirio Díaz. ¿Qué fué Méjico antes de la Presidencia del General Díaz, y qué fué después?

Veámoslo, dejando hablar las cifras:

EXPLOTACIÓN MINERA

<u>Años.</u>	<i>Oro.</i>	<u>Pesos.</u>
1878.....		1.473.912
1883.....		1.886.513
1888.....		1.311.514
1893.....		2.506.907
1898.....		14.971.835
1903.....		19.872.147
1908.....		40.527.185

Plata.

1878.....	24.836.903
1883.....	29.568.576
1888.....	39.367.982
1893.....	55.245.434
1898.....	70.149.605
1903.....	82.808.782
1908.....	85.366.904

Bancos.

En 1897 había 10 Bancos, con un capital de 146.746.108,36 pesos.

En 1908 había establecidos 34 Bancos, con un capital de 756.522.309,50 pesos.

Capital extranjero invertido de 1886 á 1907.

	<u>Pesos oro.</u>
Americano.....	336.991.000
Inglés.....	253.544.824
Alemán.....	25.204.375
Francés.....	16.751.500
Español.....	2.466.860
Austro-Húngaro.....	400.000
Italiano.....	60.000

Este capital es tan sólo el invertido en empresas mineras é industriales.

Correos.

En 1876 había 820 oficinas de correos, que tuvieron un movimiento de 4.703.750 cartas ó paquetes.

En 1909 había 2.964 oficinas de correos, que tuvieron un movimiento de 184.000.000 de cartas ó paquetes.

Telegrafía sin hilos.

Estaciones en Santa Rosalía, San José del Cabo, Guaymas, Cabo Haro, Mazatlán, Payo Obispo y Xcalac, además de las pertenecientes á empresas particulares.

Líneas telegráficas.

En 1876 había en explotación 4.430 millas.

En 1909 había en explotación 40.640 millas.

Exportaciones é importaciones.

	<u>Pesos.</u>
En 1876.—Importaciones.....	37.586.987
Exportaciones.....	27.318.188
Diferencia en contra.....	<u>10.268.799</u>
En 1909.—Exportaciones.....	231.101.795
Importaciones.....	156.504.447
Diferencia á favor... ..	<u>74.597.348</u>

Número de propiedades mineras.

En 1889 había en explotación 10.376 minas.

En 1908 había en explotación 31.194 minas.

Ferrocarriles.

En 1876 se explotaban 359 millas.

En 1909 se explotaban 15.004 millas.

Rentas públicas federales.

	<u>Pesos.</u>
En 1877-78.....	19.772.638
En 1909-10.....	97.871.750
Aumento.....	<u>78.099.112</u>

Tesoro Nacional: 1909.

	<u>Pesos.</u>
Sobrante total.....	136.000.000
Gastos de obras públicas.....	61.000.000
Sobrante líquido en caja.....	<u>75.000.000</u>

La suprema razón pitagórica que ofrecen estos números, demuestra que desde la gestión pública y administrativa del General Díaz, una marcha ascensional marca la historia de Méjico. Primeramente se propone, como problema para Méjico, el de la pacificación en 1876, y este problema se resuelve; después es el problema financiero que amenaza con la bancarrota, en 1884, y es dominado; más tarde, en 1892, la reforma de la Hacienda nacional se reclama para la buena marcha del Estado, y la reforma se cumple; y desde esta fecha á 1910, una buena política de fomento nacional da á Méjico un vigor extraordinario.

De 1810 á 1910, tres grandes figuras descuellan en la historia de Méjico: Hidalgo, iniciador de la emancipación; Juárez, el libertador; Díaz, el constructor.

Si el Gobierno personal de Díaz hubiese sido funesto, por fuerte que hubiese sido la espontaneidad creadora del país mejicano, éste habría ido al desastre. Tal vez se hará contra la política personal de Díaz un argumento: el de creer que con otras prácticas democráticas y con la sucesión regular de otros Presidentes, la República habría ganado más. No lo sé; pero sí sé que de hipótesis no se puede hacer fundamento de una crítica. El resultado real ha sido eminentemente positivo para Méjico.

Por otra parte, no hay que juzgar el ejemplo de la política personal del General Díaz desde el punto de vista teórico. Cuando el *self-governement* no es posible en un pueblo anárquico y de heterogéneas razas, sólo un robusto poder del Estado puede gobernar con éxito. Y esto fué Díaz.

Entonces, ¿por qué la revolución? Esta fué mi pregunta. Yo no podía suponer el que la causa fuese una ingratitud por parte de elementos levantiscos mejicanos confabulados contra el Presidente Díaz. Un joven diplomático mejicano confirmó mi sospecha y aclaró la cuestión.

—El General Díaz—me decía—no ha sido combatido en Méjico, sino la camarilla de amigos suyos, que, intitulándose

partido científico, habían acaparado con importantes explotaciones mejicanas, aprovechando toda empresa de Estado. El general Díaz hubiese podido abandonar tal partido, y hubiese quedado en la misma situación en Méjico; pero no lo hizo así, y como, por otra parte, el General no quiso llevar la lucha adelante ni resucitar nuestras antiguas guerras civiles, dejó la Presidencia y se fué. La despedida que se le hizo en Veracruz era algo que evocaba el adiós de Fontainebleau...

En Europa, hay que reconocer que la opinión es favorable á la gestión del General Díaz. En Francia se le ha tributado un gran homenaje simbólico ante la tumba de Napoleón.

El guardián de la tumba de Napoleón entregó las llaves al General Díaz, y éste abrió por sí mismo la puerta de bronce, y después de descender algunos pasos, se inclina durante algunos instantes ante el monumental sarcófago. Después pasa al relicario de Napoleón, y el General Niox toma la espada de Napoleón, llamada de Austerlitz, la más grande de sus victorias, y la tiende al viejo General mejicano, diciéndole:

—Mi General: en nombre del Ejército francés os ruego que tengáis un momento esta espada; no podría estar puesta en manos más nobles.

El General Díaz toma la espada, que besa respetuosamente, y contesta emocionado:

—Os quedo hondamente reconocido por haberme permitido tener en mis manos la espada de este gran hombre que supo adquirir la veneración del pueblo francés y el respeto y la admiración del mundo entero.

Dicen los cronistas que los mejicanos presentes lloraban.

Algo parecido nos ocurre á los que, desde lejos, sabemos algo de estas escenas, al ver á una gran voluntad ibero-americana que de un campamento militar desorganizado hizo la gran República mejicana actual.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO:—FILOLOGÍA: La palabra *felibre*.—BELLAS ARTES: La antigua pintura española.—COSTUMBRES: La *Camorra* napolitana.—COREOGRAFÍA: El nuevo arte mímico ruso.—IMPRESIONES Y NOTAS: Para defenderse del rayo.—Las gallardías de la señora de Sevigné.—La verdadera Margarita del *Fausto*.—El arte de dormir.—La amistad en Byron.—Recuerdos sobre Verlaine.—Estudios sobre la prostitución.

FILOLOGÍA

LA PALABRA «FELIBRE».—Sabido es que se designa con el nombre de *felibres* á los poetas modernos que han resucitado la tradición de la lengua provenzal y de sus hermanas españolas, italianas y rumanas, y más especialmente á los cultivadores en verso del provenzal, cuyos más ilustres representantes han sido Mistral, en Francia, y Balaguer, en España.

¿Cómo nació esta palabra? Mistral cuenta en sus Memorias la reunión celebrada en la quinta de Fontsegugne, en la que propuso á sus seis amigos la adopción de la palabra *felibre*. «Los siete de Fontsegugne deliberaron, resolviendo, unánimes, formar bando aparte.—Puesto que formamos cuerpo nuevo—observó Glaup,—necesitamos un nombre nuevo. Entre rima-dores, como veis, aunque no encuentren absolutamente nada, todos se llaman *troveros* (hallazgueros); y, por otra parte, tenemos también la palabra *trovador*. Pero, usado para designar los poetas de una época, este nombre ha periclitado por el uso que se ha hecho de él. ¡A retoño, nombre nuevo!—Amigos míos—dijo Mistral,—en Maillane existe en el pueblo una an-

tigua relación, transmitida de boca en boca, y que contiene, á mi parecer, la palabra predestinada.—Y entonces empezó la cita: «El cuarto dolor que sufrí por vos,—¡oh precioso hijo mío!—es cuando os perdí,—y en tres días y en tres noches no os pude encontrar—porque estábais en el templo,—donde disputábais con los escribas de la ley,—con los siete *felibres* de la ley.»—¡Los siete felibres de la ley! Pues somos nosotros, exclamó el grupo. ¡Vaya por felibre!—Y Glaup, habiendo echado en los vasos tallados una botella de chateauneuf que tenía siete años, dijo solemnemente: «¡A la salud de los felibres!» Así nació la palabra.

Y aquí entra ahora la Filología: ¿Qué quiere decir *felibre*? El texto de la relación de Maillane no se ha encontrado, por la sencilla razón de que no existe de él sino la versión impresa por Mistral en el *Tesoro del Felibrige* y en sus *Memorias*; pero el estudio atento de esa misma versión ha permitido reconstituir á los eruditos la lección primitiva del verso de donde ha salido la palabra *felibre*. El bibliotecario de Aix de Provenza, Pablo Román, es el primero que ha dado la explicación de la palabra á José Aurouze, que la ha consignado en su *Historia crítica del renacimiento meridional en el siglo XIX*.

«Examinando de cerca—dice,—en la versión misma citada por Mistral en su *Tesoro del Felibrige*, la copla de la *Oración de San Anselmo* (otro nombre del *Cántico de los Siete Dolores*), de donde ha salido la palabra, se observa al primer golpe de vista que el último verso no es más que la reproducción del penúltimo, con la particularidad notable de que, con la misma palabra en la rima, tiene, sin ninguna razón, dos pies más que el anterior:

Emè li tiroun de la Lei
Emè li sét felibre de la Lei.

»Un día que hablábamos de felibrismo, uno de nuestros amigos, Pablo Román, nos preguntó cómo se traduce en hebreo la palabra *libro*. A nuestra respuesta exclamó, como hombre que

encuentra un recuerdo:—Eso es lo que me habían dicho: *Sepher, libro*, de donde *Sét félibre*.—No pudo decirnos más. A pesar del deseo sincero que tendríamos de dar á cada uno lo que le corresponde, no hemos podido lograr descubrir al autor primero de esta interesante observación. Reflexionando sobre esta pista, y estudiando el texto citado, hemos hecho las observaciones siguientes:

»En hebreo, *sepher*, en efecto, significa *libro*, en provenzal, *libre*. La repetición en el verso indicado de la palabra hebrea y de su traducción provenzal, explica muy bien el exceso de las dos sílabas sobrantes: *Emé li sepher (libre) de la Lei*. Es más, *sepher*, privado de la pronunciación masorética, puede leerse *sopher*, que significa *escriba*, el cual puede traducirse bastante bien en latín por *tiro*, que explicaría el *tiroun* del verso precedente.

»¿Cómo justificar, sin embargo, la introducción en una pieza provenzal de esa palabra hebrea? Mistral mismo nos decía un día que en Maillane había habido muchos judíos, algunos de cuyos descendientes eran todavía designados con el nombre hebreo de su profesión; por ejemplo, *li cohen*, los sacerdotes. ¿Qué de sorprendente, entonces, que el autor de la pieza indicada haya introducido la palabra hebrea que designa el escriba ó el libro de la Ley, ó, mejor aún, que se haya hecho la adición por un copista, ganoso de alardear de ciencia, y que para indicar la significación de la palabra haya puesto sencillamente á continuación su traducción?»

Pablo Román, por su parte, se ha dignado comunicar á Pablo Souchon las conclusiones de un trabajo sobre la misma cuestión: «Es de notar, dice, que los etimologistas no han examinado la palabra sino separada, y ninguno ha pensado en estudiar el puesto que ocupa en el texto de la famosa *Oración de San Anselmo*, recitada en Maillane, único que la contiene. Este texto, salvado por Mistral, hay que reconocer que es un retazo muy irregular, un trozo informe, mal modelado por el vulgo, que se lo ha pasado de boca en boca, tradicional-

mente, de generación en generación. Parece que se encuentran otras dos versiones de esta *Oración*, una en Cataluña y otra en Castilla. La versión provenzal se compone de nueve estrofas, con un número variable de versos irregulares. La palabra *felibre* se encuentra en la quinta estrofa, inmediatamente antes del estribillo:

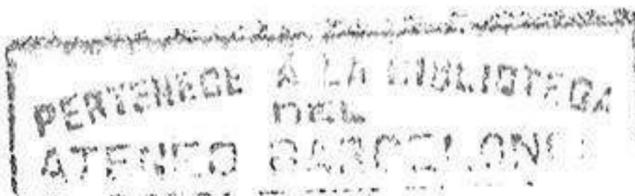
Emè li tiroun de la Lei.

Emè li sèt felibre de la Lei.

«Notemos en estos dos versos, ante todo, que el primero es de ocho sílabas ó pies, mientras que el segundo es de diez. Notemos, igualmente, que el primero dice sólo simplemente *li tiroun*, cuando el segundo da el número de felibres: *li sèt felibre*. Otra cosa digna de atención es que las palabras *tiroun* y *felibre*, tan misteriosa una como otra, no se encuentran más que en la versión de Maillane, y no en las demás. La versión catalana, en el sitio correspondiente, dice *sabuts*, sabios, y la versión castellana dice *príncipes y doctores*. De todo esto podemos ya sacar, como conclusión, que las palabras *tiroun* y *felibre* (si hay felibre) pertenecen ambas á una lengua extranjera, y tienen el sentido de *sabios, doctores, príncipes de la Escritura*. En lengua hebraica (y sabido es que los judíos eran numerosos en Provenza, y particularmente en el Condado, donde habían venido á abrigarse, á la sombra del castillo de los Papas), en lengua hebraica, *tiroun* tiene la significación de doctores; pero *felibre* no tiene ninguna, no existe, lo que nos induce á creer que es una palabra deformada. Si observamos todavía en los dos versos que son semejantes en todo, salvo que en el segundo, *sèt felibre* reemplaza á *tiroun*, podemos considerar que primitivamente los dos versos tenían el mismo número de sílabas ó pies, y entonces podríamos leer: *Emè li sèt fe de la Lei*, ó bien *Emè li libre de la Lei*, pues en hebreo *sephe* (*sepher*), correspondiente á *sèt fe*, significa *libro*. Este nuevo descubrimiento nos confirma en la idea de que en la

Oración, los dos versos que nos ocupan eran iguales en cuanto al número de sílabas, y eran realmente:

Emè li tiroun de la Lei
Emè li sephe de la Lei.



«De ahí, probablemente, que un copista de la *Oración de San Anselmo* habrá escrito, para acordarse, al lado de *sephe*, su traducción *libro*, y los que hayan venido más tarde habrán leído naturalmente:

Emè li sephe libre de la Lei,

y sin pararse en barras, habrán hecho de esta lectura la versión de donde ha salido la palabra de Mistral:

Emè li sèt felibre de la Lei.»

Las etimologías que otros se han entretenido en buscar, y que Pablo Marieton cita en su *Tierra provenzal*, como la del bajo latín *fellibris*, discípulo, mamón; del griego φίλαβρες, amigo de lo bello, ó φιλεβραιος, hebraizante, ó del irlandés, *faliber*, rey, cantor, y otras, son completamente fantásticas, como se ve, quedando plenamente demostrado que la palabra *felibre* ha nacido de un error fonético y carece realmente de sentido. Es, sin embargo, una palabra consagrada ya por el uso, con acepción perfectamente fija y sentido bien definido, y no hay razón para desecharla ni alterarla. Después de todo, es una palabra bonita, que designa una novedad, y tanto monta esa como otra cualquiera que quizá fuera de peor gusto.

BELLAS ARTES

LA ANTIGUA PINTURA ESPAÑOLA.—En la revista quincenal de Leipzig, *Der Cicerone*, consagrada especialmente á los investigadores y coleccionistas de arte, encontramos un artículo dedicado á la exposición de la antigua pintura española en la

galería Heinemann, de Munich, firmado por Augusto L. Mayer.

Para muchos aficionados, dice el autor, toda la pintura española antigua se reduce á los nombres de Velázquez, Murillo, Zurbarán y Ribera, á los que hace poco se han agregado los del Greco y Goya. Los nombres de Carreño y Ribera les son poco conocidos, y los de Gallegos, Cerezo, Ruelas, Rizo, Valdés Leal, Vicente López y Gutiérrez de la Vega no les suenan á españoles sino por la fonalidad. Por eso hay que agradecer á la galería Heinemann el esfuerzo para reunir unos sesenta cuadros, en general de propietarios españoles, que enseñan al público inteligente la evolución, á grandes rasgos, de la pintura española, principalmente en lo relativo á los dos maestros favoritos en la actualidad: el Greco y Goya.

La obra más antigua de las expuestas representa una *Virgen sedente*; data de 1430 próximamente, pertenece á la escuela aragonesa y revela un parentesco muy estrecho con las madonas del Instituto Staedel de Francfort, con la de la colección Lázaro, de Madrid, y con el ejemplar adquirido recientemente por el Louvre. La escuela de Sevilla del Cuatrocientos está representada por un *San Antón* que recuerda el altar de las Órdenes militares del Museo de Sevilla.

Un *San Miguel*, que el autor tenía por aragonés, y creía ser del 1465, podría pertenecer á la escuela castellana y provenir de la región de Valladolid, como recientes investigaciones lo han demostrado. El tríptico de la *Coronación de la Virgen*, con la *Anunciación* y la *Cena*, en que el Cristo excede en altura á sus discípulos en una cabeza, es muy característico y de color agradable, y debe ser de la región burgalesa ó palentina. Las dos obras revelan reminiscencias flamencas, y recuerdan más particularmente el arte de Bouts. Fernando Gallegos se ha distinguido especialmente en este sentido, en la región NO de Castilla, y se acercó más tarde al arte de Memling, como lo atestigua el *Redentor* de la galería; esta obra, que formó en otro tiempo la parte central del altar mayor de la iglesia de San Lorenzo, de Toro, ejecutado hacia el 1490, puede, en efec-

to, serle atribuída, si no de un modo definitivo, por lo menos con mucha probabilidad.

La *Virgen con el Niño Jesus*, firmada por Carrillo, es quizá anterior en algunos años al lienzo citado; este maestro es casi desconocido: no existe de su mano más que otra pintura análoga, también firmada, que se encuentra en una galería particular de Inglaterra. Una cabeza atribuída por su propietario á Berruguete el Joven, pero que más bien es de Berruguete el Viejo, discípulo de Guirlandajo, es de principios del siglo xvi, siendo muy aparente en ella la influencia del maestro florentino. Un tríptico, cuya parte central es una *Dolorosa*, y cuyos costados representan la familia del donador con sus armas al exterior, lleva la fecha de 1564; tiene por autor un maestro sevillano, Antonio de Alfian, que puede colocarse entre Pedro de Campaña y Luis de Vargas; el tipo de María revela cierto parentesco con las obras de Vargas, aunque la concepción del retrato y el modo de tratar los fondos permitan reconocer sin trabajo la mano del que colaboró largos años con Campaña.

El Greco está representado en la galería por obras de todas sus maneras. *El proverbio español* ha sufrido, desgraciadamente, mucho por una restauración que se le hizo en 1850 en Madrid; esta pintura muestra todavía el parentesco del artista con Bassani. Se aprende á conocer el Greco español en el *San Francisco*, excesivamente decorativo, y en los dos ejemplares del *Cristo con la Cruz*, obras que se colocan entre 1586 y 1598; el ejemplar de Beruete está hecho con profundo sentimiento y comparándolo con el ejemplar número 30, mucho más realista, aunque igualmente de su mano, nos muestra cómo todo aquí, hasta los dedos, está concebido de un modo idealista. La copia de Kœnig de la *Resurrección de Cristo*, del Prado, es también característica de la misma manera. La copia del *San Ildefonso*, de Illescas, de rara perfección y muy seguro sentimiento, enseña una de las mejores creaciones del Greco, de 1604 próximamente, y nos hace ver al maestro en el apogeo de su carrera. Un *Fragmento de Angel*, procedente

probablemente de alguna *Coronación de María*, es también de la mejor época del artista. Este fragmento, como pintura decorativa, es de gran encanto, pero hará sacudir la cabeza á los que no estén familiarizados con las notaciones del Greco. La *Concepción* adquirida muy recientemente por la galería Heine-mann, es también sumamente interesante: sin duda ninguna, puede identificarse con la *Concepción* que el hijo de Greco apuntó como inacabada, en la herencia de su padre (es erróneo el nombre de *Asunción* que le da Cossío); prescindiendo de su valor artístico, ofrece el interés de ser la única *Concepción* que se conozca del Greco, que tenía la costumbre de hacer réplicas de casi todos sus temas de composición.

La *Naturaleza muerta de frutos y flores con un perro*, atribuída por su propietario al Greco, no es del maestro; debe ser de un flamenco que trabajaba en Sevilla hacia 1630 ó después. Otra *Naturaleza muerta*, es también de Sevilla, de 1620, y no tiene nada de común con Velázquez. *El retrato de Felipe IV*, que se ve en la Exposición, tampoco es de mano del maestro. Es muy dudoso el origen español de *La buena ventura*, que su propietario atribuye á Herrera el Viejo; el color es mucho más luminoso que el que suelen tener las pinturas españolas. El amarillo especialmente, en el vestido de la mujer de la izquierda, apenas tiene apariencia española; habría que buscar al autor, probablemente, entre los maestros de la Italia del Sur ó de Sicilia.

Mayer piensa que debe estimarse como obra capital de Herrera el Joven, el *Pequeño comedor de ostras*, que debe datar del 1656, y corresponde á esos bodegones que valieron al artista en Roma el apodo de *Lo spagnuolo degli peschi*; el parentesco con los lienzos de género de Murillo es grande; sin embargo, este cuadro es de otro tono, y está pintado con más atrevimiento.

Un cuadrito vaporoso, que parece representar una escena de la historia de José, se relaciona con los cuadritos de Murillo, especialmente con los del ciclo del *Hijo pródigo*, del Prado.

La *Cabeza de joven* se acerca también mucho á la escuela de Murillo; en cuanto al *San Jerónimo*, es obra muy floja, de taller. Una pequeña Virgen debe ser, por su cohesión y colorido, del alumno de Murillo, Sebastián Gómez, y debió servirle de modelo la célebre *Virgen de la servilleta*, del maestro. Valdés Leal, el rival de Murillo, está representado en la galería, de modo poco brillante, por una *Visión de San Antonio*. Más notable es la *Cabeza de obispo muerto*, firmada por Sebastián Llano y Valdés.

El *San Ignacio*, de Zurbarán, es del mejor período del maestro: el paisaje, de tonalidad gris verdosa, con reflejos de plata, es de gran delicadeza. Esta obra formaba parte en el siglo XVIII de la célebre colección del conde del Aguila en Sevilla. El otro cuadro de Zurbarán, un *San Francisco*, pertenece á las obras de mayor éxito del maestro; esta obra, así como la *Santa Familia*, del Museo de Budapest, ambas de 1659, revelan la influencia de Murillo. La *Coronación de la Virgen*, atribuida á Zurbarán, no es suya, pero pertenece seguramente al grupo de su maestro Ruelas.

Ribera está representado por un *San Jerónimo* de 1637, mayor que el natural, pero, desgraciadamente, mal conservado. De Carreño puede verse un retrato, lleno de distinción, de la reina viuda *María Ana*, y otro de *Carlos II*. El gran retrato del Padre Antonio Martín, da á conocer á Juan Rizi, el mayor pintor de retratos, con Zurbarán, de España. Cerezo está representado por una *Magdalena arrepentida*, réplica de su obra maestra del Mauritshuis.

Entre las obras de Goya hay que citar el retrato de Joaquín Peralta, obra de juventud; el de la Condesa de Altamira, de 1789, magistral por el traje y el colorido; pero, desgraciadamente, un poco estropeado en la cabeza; el de la Reina María Luisa, con sus bellas tonalidades amarillas y grises, y sobre todo, el retrato en busto del Conde de Tepas, de la colección Lázaro, pintado hacia 1802, extraordinariamente poderoso, de expresión viva y de técnica incomparable. El retrato

tardío de una *Dama desconocida*, es, por decirlo así, el precursor de los pasteles de Manet; la *Procesión* es de aspecto completamente moderno, y el combate de toros está estrechamente emparentado con el cuadro de la Galería Nacional de Berlín.

Eugenio Lucas imitó, como se sabe, las *Capeas* de Goya, y en la exposición se ven dos de estas imitaciones. Viendo la *Escena de combate*, compilación del *Fusilamiento* y de *La sorpresa de Tetuán*, de Goya, se piensa en Eugenio Lucas el Joven, que imitó á Goya con tanta habilidad, por lo menos, como su padre. Otra fase de la individualidad de Lucas el Viejo, la da á conocer el interesante nocturno de la *Escena popular aragonesa*, y, sobre todo, el *Retrato de su mujer*, la *Romeña de San Isidro*, de 1856, que interpreta el mismo asunto que la célebre tela de Goya del Prado, es mucho más claro de tonó que las demás obras del pintor.

De Vicente López, que es con Goya el retratista español más buscado en la primera mitad del siglo XIX, hay en la Galería tres retratos, siendo el mejor, indisputablemente, el de Alcántara Navarro. El último maestro sevillano, digno de atención, Gutiérrez de la Vega, está representado por dos retratos: el de D. Mariano Lidon, hace el efecto de un Lawrence, cuando el retrato del Rey Fernando (sic), fechado en 1849, muy pictórico en el traje, muestra en la cabeza un procedimiento de alisado que recuerda la porcelana. La misma observación puede hacerse al retrato de la Reina Cristina por Madrazo. Por último, el fecundo Villaamil, que pintó más de 8.000 cuadros y ejecutó más de 10.000 dibujos, está representado en la galería Heinemann, por una *Escena de calle en Africa* (1846), muy acabada, muy pictórica y muy sentida.

COSTUMBRES

LA CAMORRA NAPOLITANA.—Cuando el 6 de Junio de 1906, supieron los napolitanos que cierto Cuocolo y su mujer María

Cutinelli, llamada la Sorrentina, habían sido asesinados la víspera, uno en la encantadora playa de Torre del Greco, y otra en su cuarto de la calle de Nardones, en plena ciudad, el grito general en Nápoles fué éste: «¡Son cosas de la Camorra!» A pesar de esta opinión unánime, desde los *lazzaroni* hasta el fiscal, y desde los carabineros hasta los agentes de policía, se necesitaron cinco años para que aquel doble crimen pasara á vista pública, pues hasta el 11 de Marzo de 1911 no pudo empezar á verse el proceso en Viterbo. ¿Por qué los jurados de Viterbo, pequeña ciudad del Lacio, fueron llamados á juzgar á los reos de un crimen cometido en Nápoles? Porque los acusados pertenecían á la Camorra, y en Nápoles no se hubieran encontrado dos ciudadanos con bastante valor para sentenciar á los miembros de la temible asociación. ¿Qué es, pues, la Camorra, y qué debe entenderse por un asunto de la Camorra? Eso es lo que nos dice Mauricio Lauzel en *La Revue*.

En la mañana del 6 de Junio, en Torre del Greco, en el sitio llamado Cupa Calastro, no lejos de la hostería de Mimi del Mar, se encontró en un charco de sangre, con cuarenta y siete puñaladas, el cadáver de Jenaro Cuocolo, de unos cuarenta y cinco años de edad; su reloj y su cadena colgaban del bolsillo del chaleco, y en su mano derecha tenía un enorme cuchillo de cocina, con la hoja vuelta hacia el antebrazo y llena de sangre. El asesinato remontaba á la tarde precedente. El mismo día, á las ocho y media de la mañana, se descubría muerta, en su casa de la vía Nardones, á María Cutinelli, mujer de Cuocolo; su cuerpo, cubierto sólo con una camisa y una enagua, estaba tendido en una cama y acribillado de puñaladas; desparramados y vacíos, yacían en el suelo varios estuches de alhajas; el asesinato remontaba también á la tarde anterior.

La información abierta dió en seguida algunas indicaciones preciosas: Cuocolo era un organizador de robos muy conocido de la policía; pocos días antes había presidido el robo de alhajas de la artista de café-concierto Emma Perrillo; en cuan-

to á la Cutinelli, era una mujer de malas costumbres. El día del crimen habían comido juntos en la hostería de Mimí del Mar, Enrique Alfano, apodado Erricone (Enricón), su hermano Ciro, Jenaro Ivello, Juan Rapi y el cochero Jacobitti; todos camorristas notorios, pues Enricón pasaba por ser el jefe reconocido de la Camorra. Los magistrados pensaron que el doble asesinato significaba una *vendetta* contra los traidores; Enricón, Ivello y Rapi fueron encarcelados; pero poco tiempo después recobraron la libertad. En Febrero del año siguiente, los carabinieri de Nápoles prendieron toda una pandilla camorrista, y declararon con pruebas que la pista abandonada era la buena: uno de los presos, el joven Jenaro Abbatemaggio, había confesado sus crímenes y denunciado á sus cómplices, contando que el asesinato de Cuocolo y de la Sorrentina había sido pedido por el afiliado Luis Arena, que había acusado á Cuocolo de dar informes á la policía; la ejecución de los traidores había sido votada por el tribunal secreto de la Camorra. Del relato de Abbatemaggio resultó la culpabilidad de Enricón y de unos cuarenta camorristas, que comparecieron por las causas dichas ante el jurado de Viterbo cuatro años después. La constitución de este jurado tropezó con dificultades extraordinarias, pues en la primera audiencia, la mayor parte de los cincuenta jurados presentaron certificados de enfermedad; el presidente del tribunal mandó citar otros cincuenta ciudadanos, pero el ujier no pudo encontrar á ninguno, pues todos se habían marchado á Viterbo; sólo á la cuarta tentativa pudo completarse el jurado, y aun así todavía quiso librarse un viterbino de sesenta y cuatro años, alegando que á los sesenta y cinco estaba exento por la ley.—Tranquilícese usted, le respondió el presidente, el proceso no durará más de un año.—¿Por qué este terror?

La Camorra es, propiamente, una masonería popular, cuyo fin es el bandidaje en las aglomeraciones urbanas. Sus víctimas ordinarias son las gentes del pueblo, sometidas por sus vicios ó su cobardía á la asquerosa explotación de la Camorra,

lo que no la impide ser muy popular. Hoy ha perdido la asociación su antigua importancia. Marc-Monnier, de vuelta de Nápoles en 1863, hizo observaciones curiosas. «Desembarcáis en el puerto, dice, y el barquero entrega dos cuartos á un individuo que rondaba por el muelle:—es el camorrista. El mozo que lleva al hotel vuestros equipajes, da otra pieza á un prójimo que vigilaba en la acera:—es el camorrista. Al término de una carrera en coche, el cochero paga su tributo á un *lazzarone*:—es el camorrista.» La administración italiana ha concluído con estas prácticas; pero si la Camorra no trabaja ya tan á la vista del público, sigue cobrando el barato en todo lo que puede, especialmente en el vicio.

¿Cómo se hace camorrista un napolitano? Por la vocación, nacida de una educación bien ordenada. En cuanto deja de mamar (en Nápoles maman hasta los tres años), el chiquillo empieza su aprendizaje: mendiga y roba pañuelos. Después de algunos años de ejercicio, un día lo cogen y lo meten en la cárcel, y entonces es cuando tiene que optar entre dejarse explotar por la Camorra, que es la que reina en las prisiones, ó ser hombre de bien; es muy raro que el vicio no triunfe. Pero no se hace uno camorrista como si se hiciera bachiller; las pruebas son más difíciles, aun hoy, que se ha abierto mucho la mano. ¡Todo degenera en el mundo!

Para ser consagrado camorrista, basta probar bravura, discreción absoluta y habilidad en el manejo del cuchillo. El aspirante empieza por ser *garzone di mala vita*, categoría modestísima en la que sirven de criados á los camorristas. Si su bravura satisface, puede aspirar al grado de *picciutto e sgarro*, no sin haber antes pasado por los grados de *tamurro* y *picciutto d'onore*. Por supuesto, que todas estas tradiciones camorristas son puramente verbales, pues no hay reglamento ninguno por escrito, por la sencilla razón de que apenas ningún camorrista sabe leer ni escribir. El aspirante al grado de *picciutto e sgarro*, se ofrece para acuchillar ó para matar á la persona designada por la Camorra; si la sociedad no tiene nin-

guna venganza entre manos, el aspirante sale del paso con la *tirata* ó asalto á cuchillo. Reunida la asamblea de los camorristas, el jefe toma tres puñales; el futuro socio elige el *hermano* con quien quiere batirse, jurando que no tiene ningún resentimiento con él; entonces, el jefe entrega un puñal á cada dueloista, y se queda con el tercero. Los campeones designan cuatro testigos, y se quitan la chaqueta y la camisa, pues tienen que batirse con el torso desnudo, comprometiéndose á tirar al brazo y no al pecho. El jefe vigila el combate, y tiene el derecho de matar al combatiente que hiere al otro en el cuerpo, ó que no se detiene después de haber herido á su adversario. El vencedor chupa la sangre de la herida, y los dos adversarios se abrazan. Si es el aspirante el herido, puede pedir otro duelo, y si también en éste resulta herido, otro. Pero si le tocan por tercera vez, no puede ser admitido en la Camorra; pierde la carrera, y no le queda más recurso que ser hombre honrado.

Así se comprende que los aspirantes se ejerciten seriamente en esta esgrima de la punta, empleando cuchillos de madera, bastante peligrosos y capaces de dar un golpe mortal. En otro tiempo, la *tirata* podía sustituirse por una prueba todavía peor: los camorristas formaban círculo en torno de una moneda de cobre colocada en el centro; dada la señal, todos se bajaban al mismo tiempo para picar la pieza con la punta de su puñal, y el aspirante tenía que coger la moneda con la mano antes que la tocaran los puñales, siendo difícil que no saliera acribillado.

El *picciutto* no es todavía un verdadero camorrista. Trabaja por su propia cuenta y no para la sociedad; ésta percibe el *sbruffo* (tanto por ciento) de sus rapiñas, pero no le entrega nada de los robos de los afiliados. Si el *picciutto* va á la cárcel, lo que no tiene nada de raro, sirve de criado á los camorristas, les hace la cama y les atiende como si fueran sus señores. Sólo en el caso de que no haya en un dormitorio tres camorristas, por lo menos, para formar tribunal, el *picciutto* es admitido

para completarlo á título de suplente. Esta situación, que antes duraba de dos á ocho años, es hoy más corta. El *picciutto* tiene que hacer lo que le mande un camorrista, entregándole todo lo que robe, sin recibir, en cambio, más que un puñado de calderilla de cuando en cuando.

Al fin, un buen asesinato le proporciona el título envidiado, llegando el día en que la Camorra le entrega sus cartas de nobleza. La ceremonia no deja de ser impresionante: los camorristas aparecen sentados con solemnidad en torno de una larga mesa; en ella se ven un puñal, un revólver cargado, un vaso de agua envenenada y una lanceta. Antiguamente, un barbero, afiliado á la secta, sangraba al *picciutto*, y éste se embadurnaba la cara con su sangre antes de pronunciar su juramento. El aspirante coge el puñal y lo clava en la mesa, se apunta vivamente con el revólver y lleva el vaso á la boca, mostrando así que está dispuesto al suicidio. Pero el jefe le dice á cada momento: «¡Detente!», y le hace poner de rodillas; descarga el revólver, rompe el vaso, arranca el puñal de la mesa y, metiéndolo en una vaina, lo entrega al nuevo camorrista diciendo: «Reconoced al hombre.» Entonces éste pronuncia sobre dos puñales en cruz la fórmula consagrada: «Conozco mi deber, que es hacer la *tirata* en toda ocasión, ser fiel á los camorristas y enemigo de las autoridades y de la policía; no denunciar nunca á los camorristas, suceda lo que quiera, y quererlos más que á todos los demás.» Tras esto, hace una *tirata* con uno de sus compañeros, todos le abrazan, y la Camorra cuenta con un miembro más.

Una vez recibido el camorrista, queda bajo la autoridad inmediata del *capo'ntine* ó jefe de barrio, dependiente á su vez del *capo in testa* ó jefe supremo. Practicará las virtudes camorristas, y ni aun muriendo á los golpes de un hermano, revelará nunca los secretos de la secta ni el nombre de su asesino, so pena de muerte, ejecutada por el camorrista que al efecto se designe. Sabe que si comete una infidelidad será juzgado por los tribunales de sus compañeros, en la ciudad, en la cárcel ó en

el presidio, y que nada podrá librarle de la sentencia que contra él se pronuncia, y que, en caso de ser la de muerte, tiene que ser votada por unanimidad. Sabe, en cambio, que cuando sus crímenes le hayan valido el *summum* del prestigio, será nombrado *Treintatrés*, categoría de donde salen los jefes.

Y ahí tenemos al camorrista lanzado como conquistador entre las heces napolitanas. Flaco, bigotudo, con mirada viciosa y sombrero atravesado, busca aventuras infames, y si se libra del presidio ó del patíbulo, educará á su familia á la moda camorrista, cohabitando juntos padres, hijos, hermanos, hermanas, primos y sobrinos. La inmoralidad resultante de esta promiscuidad explica la degeneración de esos tristes vástagos de tan tristes familias, podridos en la suciedad y encenagados en todos los vicios.

Si la desgracia le lleva á la cárcel, entrará en ella en medio de las aclamaciones de los demás presos, y desde su entrada pagará su escote para el aceite de la lámpara que arde en cada cuadra ante las imágenes de la Madona, de Santa Ana y de San Vicente, porque no por ser camorrista se deja de ser napolitano, y, por lo tanto, afecto á la religión. Falta saber lo que la Virgen y los santos piensan de tales homenajes.

Preso ó en libertad, el camorrista se muestra orgulloso de su profesión, como lo demuestran sus numerosos tatuajes, y desprecia al *guapo* que obra aisladamente, y al *basista*, que es encubridor de los robos. Para *trabajar* emplea el revólver y el puñal, mejor dicho, los puñales, pues los hay de muchas clases: el *settesoldi* (siete perras), hoja de nueve á doce centímetros, en forma de espolón de acorazado, empleado para el *sfregio* (cuchillada no honrosa); el *zompafosso*, que sirve para el duelo grave; el *triángulo*, arma de los asesinos profesionales, y el *sfarziglia*, daga encorvada, de muelle, que produce heridas horribles.

De asesinato en cuchillada y de cuchillada en asesinato, se pasa la vida el camorrista, hasta que le llega, como á todos, su fin. El camorrista está seguro de no carecer nunca de nada;

nunca será pobre, puesto que disfruta de los beneficios de la banda; si está enfermo, irá á un hospital público, donde sus amigos le llevarán su parte; si se inutiliza por vejez ó enfermedad, será siempre socorrido, y si muere, su familia no será abandonada. ¡Lástima que entre las personas honradas no haya sociedades que lleguen, para el bien, á los extremos de compañerismo á que los camorristas llegan para el mal!

COREOGRAFÍA

EL NUEVO ARTE MÍMICO.—Miguel Fokin, joven coreógrafo, atrevido y genial, puso en escena en San Petersburgo, en 1905, con artistas de la compañía Imperial, un antiguo baile de Antonio Rubinstein, *El Racimo de uvas*, iniciando así una época nueva en el arte mímico ruso, según dice Zabughin en la *Nueva Antología*. Por entonces, el coreógrafo Gorski, con sus ediciones del *Don Quijote* y de *La Esmeralda* andaba en guerra con el antiguo baile académico, en nombre del verismo, pretendiendo para el drama mímico poco menos de lo que pretendían para el musical Dargomyjski y Mussorgski; buscaba, sobre todo, el espectáculo, la fusión violenta de colores, la acción escénica exagerada, tumultuosa, irrupciones estruendosas de caballos, de multitudes exasperadas ó feroces, de torturas y estragos como en *La Esmeralda*, y de danzas vertiginosas de carácter como en *Don Quijote*. El conjunto era atrevido y bello, pero olvidaba el elemento poético de la danza pura. Fokin eligió otro camino: la música de sus bailes puede ser vieja ó nueva, conocida ó ignorada; el asunto, el dinamismo plástico, la figuración mímica, están siempre creadas expresamente. La partitura del *Racimo de uvas*, yacía casi olvidada en los archivos del teatro María, de donde Fokin la exhumó, como en 1907 hizo lo mismo con el exquisito de las *Noches egipcias* de Arenski, partitura dispuesta para un espectáculo de corte, que luego no se verificó. Al lado de estas obras, Fokin rendía tri-

buto á la música sinfónica, á la música pura, y así nacieron la *Chopiniana*, *Carnaval* y *Scherazada*.

La paráfrasis mímica de los trozos sinfónicos, y en particular de las danzas líricas de Chopin, había sido ya intentada por la Duncan, como hoy por la Sacchetto, pero en ambiente reducido, con acompañamiento de piano. Fokin conserva el carácter íntimo (íntimo á la manera con que Wagner llamaba escena íntima al teatro de Bayreuth) de estas reproducciones mímicas; pero las agrega el elemento escenográfico, haciendo entrar la orquesta. Estos actos de atrevimiento hicieron titubear hasta en Roma á los críticos de arte, y á parte del público, y, sin embargo, tienen legítima razón de ser. Se puede disputar sobre la concomitancia psicológica del dinamismo musical y del mímico, sobre las asociaciones naturales que, desde el fenómeno del *oído coloreado*, tan discutido y tan discutible, llegan hasta las *sinfonías visivas*, balbuceadas por ciertos psicólogos, intentadas por algún compositor como Scriabin, y muy discutibles científica y artísticamente; pero hay que admitir que el querer revestir la palabra, especialmente la rítmica de notas, y el canto ó sonido, siempre rítmico, de gestos ó posturas plásticas, es una necesidad elemental del arte y del artista.

No todas las personas dotadas de intuición musical experimentan imaginaciones visivas en el acto de oír la música, ni todo género de composición puede ser reproducido en mímica; pero ambas virtudes latentes del arte de los sonidos crecen notablemente cuando se trata de trozos que sacan de la danza el título y la inspiración, ó de trozos sinfónicos marcados por sugestivos diseños métricos y rítmicos, pues el ritmo, más que la melodía y la armonía, es el anillo de conjunción entre la poesía, la música y la mímica. Recuérdese cómo Chopin tocaba su propia música, y cómo la enseñó á tocar á Mikuli y á su escuela, de un modo diametralmente opuesto al histerismo antirrítmico de los actuales ejecutores. La orquestación de trozos eminentemente pianísticos, es un atrevimiento todavía mayor.

que la misma traducción plástica; es la pintura en fresco, en proporciones grandiosas de asuntos íntimos de acuarela. Y, sin embargo, la cosa resultó inmejorablemente respecto al *Carnaval*, ya que Schumann pensaba orquestalmente, aun sentado al piano, y tocaba mal este último por haberse estropeado una mano, con exagerados ejercicios técnicos, y no resultó tan bien para las *Silfides*, vista la mágica pianística de Chopin, y su absoluta ingenuidad frente á la orquesta.

¿En qué consiste la verdadera novedad del arte nómico ruso? Los que han visto el *Pabellón de Armida*, el *Carnaval* y la *Scherazada*, pueden darse clara cuenta de las fases de esta evolución coreográfica. El *Pabellón de Armida* lleva todavía todas las huellas del estilo antiguo: separación neta de las escenas mímicas y de las partes bailables; *variaciones* y *pasos* simétricos y distintos que corresponden á las *arias* y á los *trozos de conjunto* del antiguo melodrama; predominio de la postura decorativa, eminentemente estática, sobre la mímica dramática, y por ende dinámica de los bailes más recientes. Y, sin embargo, el ojo experto encuentra en este espectáculo grandes y verdaderas novedades: el encanto de los grupos concéntricos ó rectilíneos ha desaparecido; Fokin prefiere las agrupaciones diagonales, largas filas de bailarinas que se presentan al público en escorzo inesperado y pintoresco; gusta de unir á sus artistas en grupitos asimétricos y excéntricos de caleidoscopio; le agrada el movimiento continuo y elegante, sostenido, inspirado en sus detalles más delicados, en las tenues bellezas del arte barroco. El baile es francamente romántico, su nota dominante es la fantástica irrupción del pasado, en el sueño y en la realidad del presente, siendo quizá Hofmann quien sugirió al autor el tipo del marqués que hace pasar á un viajero, obligado por la violencia del temporal, en el pabellón de Armida, una noche de sueños amorosos, matándolo después con la banda tejida de plata que Armida le regaló en sueños. Los esponsales del pasado y el presente, de la irrealidad y de la vida verdadera, están simbolizados por la contraposición,

junto á un viejo y rico reloj, de las figuras doradas de Saturno y del Amor, que se animan también, uniéndose á las Horas danzantes á la corte de Armida y á los cruzados prisioneros. Armida aparece transfigurada conforme á los cánones del arte barroco, circundada por extraña corte de odaliscas, de negros, de damas y caballeros, de una corte, en fin, donde no faltan bufones francamente rusos; no es la del Tasso, ni menos la de Gluck: el llanto por la marcha de Reinaldo, con que se abre la escena del encantamiento, las seducciones amorosas, los esponsales místicos, revelan una Armida nórdica, pensativa, sentimental; una Armida que, quizá contra la voluntad del mismo Alejandro Benois, tiene leves puntos de contacto con la Brunilde, pura y santa.

El *Carnaval* es muy diferente: es una traducción en mímica de un trozo musical, en que Schumann había traducido á su vez las alegrías y dolores de su vida. De aquí Florestán y Eusebio, las dos personificaciones de los estados psicológicos dominantes del mismo Schumann, puestos de acuerdo por el maestro Raro, personificación también del alma del gran romántico. De aquí Clarina y Estrella, símbolos de la mujer del músico, Clara Arriek, su fiel compañera, ejecutora y editora de sus obras. De aquí los ridículos y pedantes *filisteos* y las dos figuras carnavalescas Pantalón y Pierrot, con la inevitable Colombina. Todo eso, nótese bien, sin escenario. El baile viene creado por una velada satírica en una sala de conciertos, donde las parejas danzantes se confundían con la multitud. La mímica sigue las ondas del pensamiento musical; ni un gesto decorativo ni una postura inútil; todo está subordinado á la férrea ley de la unidad, en las varias manifestaciones del arte, tal cual la concibió Wagner.

Otro paso adelante fué dado en *Scherazada*. También aquí la mímica procede de una obra musical no destinada á la escena. El baile es un cuadro rápido, un violento conjunto de colores verdes, azules y violados; de movimientos vertiginosos, de escenas de terror. Presa de los celos, el gran Sha quiere

probar la fidelidad de las mujeres y finge marchar á una partida de caza; con mimos y con amenazas, las sultanas obligan al jefe de los eunucos á abrir una tras otra las tres puertas misteriosas que se destacan sobre el fondo verde del palco escénico: de bronce la primera, de plata la segunda y de oro la tercera; la ansiosa espera de la primera sultana ante la puerta de oro, es de un efecto singular, semejante al de la impaciencia de Salomé ante el pozo de Jocanhán. Al fin la puerta se abre, y de ella salen, cautelosos, prisioneros negros, que emprenden con las sultanas una danza voluptuosa, orgiástica, en la que se prescinde completamente de los cánones del baile clásico: nada de las convencionales *ocho posiciones*, de las que salen mecánicamente las no menos artificiosas *setenta y dos posturas derivadas*; el cuerpo es libre en todos sus movimientos, reconquistando una elasticidad admirable; la técnica del baile clásico se reconcentraba en la resistencia de las piernas; éstas pierden su supremacía, y el coreógrafo atiende al máximo de expresividad de todos los movimientos de un cuerpo bello y sano. La orgía acaba trágicamente: vuelve el soberano trémulo de celos, y acompañado por guerreros armados de pies á cabeza. A una señal suya, comienza un degüello feroz, sin cuartel; sola, impasible, permanece cobijada por unos cojines la primera sultana, la favorita. Amor y celos luchan en el alma del gran Sha; la sultana goza con salvaje voluptuosidad esta lucha, y luego, asaltada por loco miedo, pide en vano merced, huyendo de las manos de los guerreros, y cae muerta á los pies de su señor.

Hermana mayor de *Scherazada* es la *Cleopatra*, en que se ve la primera tentativa para amalgamar la antigua sucesión de pasos y variaciones en un continuo desenvolvimiento del drama, así como el primer ejemplo de la nueva técnica del baile, inspirada directamente en los monumentos egipcios, de los que reproduce la plástica dura y escultórica. En *El Rey de los mares*, de Sadko, aparece una danza de fantásticos seres submarinos, que es todo un himno á la belleza de la naturaleza y

á la poesía del mar, degenerando al fin en tempestad. El *Pájaro de fuego* es la última palabra del arte de Fokin, en el que el genial compositor Ygor Stravinski trata de resolver el problema de la armonía entre la música y la plástica.

¿Podrá matar este nuevo arte el drama musical? No, ciertamente, como el automóvil no ha matado al ferrocarril, ni el velívolo matará al automóvil: es un arte nuevo que viene á agregarse á los ya existentes, no á combatirlos.

IMPRESIONES Y NOTAS

PARA DEFENDERSE DEL RAYO.—Aunque se ha adelantado mucho en esta materia, la estadística demuestra que todos los años mueren muchas personas víctimas del rayo, y los hechos prueban que el peligro de ser fulminado subsiste siempre, y es hoy más frecuente que antiguamente, por el desarrollo de los ferrocarriles, tranvías y establecimientos eléctricos de todas clases y por el empleo del hierro en las grandes construcciones. Por eso importa recoger los consejos que Ernesto de Schwarza da en el *Siiddeutsche Monatshefte*.

A campo raso es donde, dice, existe mayor peligro. Por eso durante un temporal, conviene, ante todo, evitar los árboles altos y aislados, y buscar un espacio en el centro de un grupo de árboles que no exceda en altura á los circundantes. Si se encuentra uno en un bosque, conviene internarse en la espesura, no quedarse nunca en los bordes, y huir de los espacios libres y de los árboles más altos. El árbol más peligroso, porque atrae más el rayo, es la encina, á la que siguen el álamo, el sauce y el olmo; los más seguros son el tilo y el laurel. En los caminos debe irse por el centro, ó, por lo menos, por el lado en que haya árboles más bajos. En las calles debe evitarse el lado en que se encuentran los hilos telegráficos y telefónicos.

En las montañas, el peligro es menor, porque los rayos son casi siempre atraídos por las rocas altas; por eso basta hallar-

se en un punto bajo, no demasiado expuesto. Una de las precauciones más importantes es la de dejar, á cincuenta ó cien metros de distancia de un punto peligroso, todos los objetos que puedan hacer de pararrayos, sobre todo, el paraguas, que, abierto, es peligrosísimo, y luego los bastones, picos, hoces, azadones, guadañas, escopetas, espadas, lanzas y hasta los objetos de metal que se llevan en los bolsillos, como llaves, navajas etc.

En las llanuras sin árboles crece el peligro, porque el hombre en ellas, como punto más alto, es el que atrae el rayo; el único medio de defensa en una llanura abierta, es extenderse en cualquier cavidad del terreno en un foso, ó aguardar á que pase el temporal bajo un puente. Correr ó caminar de prisa, especialmente si se está mojado, es muy peligroso. Los pajares y los heniles deben evitarse siempre, así como las orillas de los ríos y de los pequeños lagos, siendo, en cambio, seguras las playas arenosas del mar, así como el mar y los lagos mismos.

En las ciudades, debé á todo trance huirse de toda reunión numerosa al aire libre ó en local cerrado, y hasta de la vecindad de los teatros, cafés y cervecerías; las escuelas están también expuestas al peligro, como lo demuestra el hecho de que en quince años, de 1892 á 1906, cayeron en las escuelas de Alemania cuatrocientos setenta y ocho rayos, cerca de treinta y dos al año. Las casas ofrecen refugio casi seguro, siempre que no estén aisladas; y las habitaciones más seguras son las situadas en piso bajo y en el centro del edificio, con tal de que estén libres de fuertes corrientes.

*
* *

LA GALLARDÍA DE LA SEÑORA DE SEVIGNÉ. — En la *Nouvelle Revue* nos pinta Pablo Lacour á la señora de Sevigné, tal como es, afirmando que el atrevimiento de sus bromas pasa frecuentemente de los límites en que la alegría cambia de tono

y la libertad de nombre. Es verdad, que á veces choca su lenguaje; pero hay que explicar sus audacias, viendo en ella una señora de estirpe franca y emparentada con Rabelais. No escandalizó á sus contemporáneos; pero su primer editor, el caballero Perrin, asustado, no dió más que una edición espurgada de sus cartas. Se complacía muchísimo con la lectura de Rabelais, y la repugnaba la gazmoñería. Hay que acordarse además, para dispensarla, del tiempo en que vivía y de su carácter alegre y bromista.

La importaba poco la maledicencia; amada por muchos hombres, tuvo el talento de convertir á todos sus adoradores en amigos; poco reservada en sus palabras, era de hecho muy virtuosa. Las historias más picantes la divertían locamente, y no pierden nada de su sal ni de su pimienta cuando las cuenta ella misma. Las historias escandalosas de los grandes, y de los príncipes, sobre todo, la encantan, y el relato de una noche de bodas la entusiasma. Y es que en la corte no se habla más que de amor. Cuando se trata especialmente de embarazos ó de partos, su risa es inagotable. Sólo el de su hija la atormenta, y aconseja imperiosamente á su yerno que se reserve. Le gusta ver y describir los bailes inconvenientes de las auvernesas, que parecen bacantes. Se desnuda con gusto á nuestros ojos, y nos previene que cuando suda se ve obligada á cambiar de camisa, y no se cuida de las conveniencias más que del pudor. Acoge, alienta y comenta de un modo extraño las confidencias de su hijo, y cuenta sus aventuras á su hija en términos de extraordinaria crudeza. Así nos aparece viva, maliciosa, franca, original, pero más expansiva que tierna, sin tacto y sin el sentido de la medida.

*
* *

LA VERDADERA MARGARITA DEL «FAUSTO».—Ernesto Seilliere cuenta en la *Revue des Deux Mondes* el amor de Goethe á Federica Brion, hija de un pastor protestante de los alrededores de Strasburgo, donde nació en 1751. Cuando Goethe hacía sus

estudios de Derecho en Alsacia, conoció á la familia Brion, en Octubre de 1770. En Agosto de 1771, el idilio terminó con la retirada de Goethe, que no podía resignarse á un matrimonio tan modesto; pero las relaciones por carta persistieron. Jacobo Lenz quiso reemplazar á Goethe en el cariño de Federica, y la aventura terminó, en 1777, con una crisis de locura de Lenz. Dos años después, en 1779, en uno de sus viajes, Goethe pasó por Alsacia, y fué á visitar á su antigua amiga, que le acogió cariñosamente y sin reconvenciones. Tras esta entrevista, que fué breve, la vida de Federica es menos conocida, hasta que murió en Abril de 1813.

Poco antes de esta muerte, en Octubre de 1812, es cuando Goethe, en la segunda parte de sus *Memorias*, celebró el recuerdo de aquella amiga de su juventud. Allí cuenta su idilio alsaciano de un modo algo fantástico. Después de abandonar á su amiga había pasado un período de amargura, y para curarse había hecho literatura con sus recuerdos. Por aquel tiempo componía el primer *Fausto*, que quedó casi acabado hacia 1775; Gretchen fué considerada, desde la publicación de aquellas *Memorias*, como representación de Federica. Pero como en su relato Goethe no hablaba de las relaciones amistosas que había conservado con Federica después de 1771, se creyó que el destino de la joven había sido exactamente igual al de Gretchen, y corrió el rumor de que el poeta no sólo había abandonado á su querida, sino también á un hijo que había tenido de ella; por otra parte, se declaró que Federica había tenido un hijo, pero no de Goethe. Estos diversos rumores dejaron al poeta indiferente, y de aquí se dedujo su culpabilidad, entablándose con tal motivo, en 1840, vivas polémicas en la prensa alemana. Los partidarios de la virtud de Federica hicieron poner en 1879 un medallón conmemorativo en su honor; pero en 1892 se publicaron las *Memorias inéditas* de un pastor alsaciano, llamado Gams, poco favorables á la virtud de Federica. Generosos campeones salieron á su defensa, resultando en definitiva que nada puede afirmarse con seguridad.

EL ARTE DE DORMIR.—Si queréis dormir, dice Fernando Mazade en los *Documents du progrès*, esté vuestro dormitorio alejado de todo ruido, desprovisto de aparatos de calefacción, de luz artificial, de animales, de flores, de muebles y de cortinajes, y ampliamente aireado hasta en invierno. Ocupad el medio de la cama, para que cada músculo tenga un apoyo seguro y pueda extenderse á su gusto. No levantéis los brazos sobre vuestra cabeza, porque esta postura fatiga los músculos de los brazos y los del tórax, contrae el cuello y hace la respiración fatigosa y corta. Tened la cabeza lo más baja posible, á fin de que la sangre afluya regularmente al cerebro. Renunciad, sin sentirlo, á la posición encorvada. Alargad completamente el cuerpo; no dobléis las piernas; no las crucéis tampoco; no levantéis las rodillas.

De espaldas se está mal, y es una situación forzada y más especialmente femenina; algunos médicos afirman que es terrible dormir de espaldas, y que de ahí vienen á veces las enfermedades de la médula espinal. Es una exageración; pero no hay duda que la posición dorsal ocasiona frecuentemente estados de vigilia angustiosos, pesadillas, alucinaciones. Los inconvenientes de la postura sobre el lado izquierdo son más graves todavía. Acostándose sobre el lado izquierdo, se paraliza la digestión, y se está expuesto á opresión, sofocación, paralizaciones súbitas del corazón, demasiado oprimido. No durmáis tampoco boca abajo. En esta posición, la espalda se abomba, el pecho se hunde, el tórax se estrecha. La postura sobre el lado derecho es, pues, la única normal, la que únicamente no perturba función alguna esencial de nuestros órganos; y sobre el lado derecho es como el Dios coronado de amapolas debe encontrarnos preparados para los sueños.

La higiene del sueño se inspira en dos principios esenciales. *Primero*: Hacer de modo que el espíritu, llegado el momento de dormirse, pueda concentrarse lo bastante para sugerirse sin trabajo el sueño. Evitar, por consiguiente, las causas de atonía y las de sobreexcitación exagerada, porque ambas,

por mecanismos opuestos, producen el mismo resultado: dificultad ó imposibilidad de la concentración psíquica. Dada una misma causa, obrará en bien ó en mal, según los temperamentos. Así, el té y el café, que pasan generalmente, y con razón, por provocar el insomnio, pueden, sin embargo, en dosis moderadas, ejercer influencia favorable sobre el sueño, en sujetos de espíritu algo muelle y flotante.

Segundo: Arreglarse para que la idea ó impresión dominante en el espíritu, en el momento de entrar en sueño, no sea triste, desagradable ni penosa. Se acaba de ejecutar una marcha, una carrera prolongada; se cede á la fatiga sin esperar, y se despierta uno más fatigado que en el momento de dormirse; se aguarda uno, por lo contrario, unos instantes, descansando antes de entregarse al sueño, y se disfruta entonces de un reposo perfecto. Hay sujetos á quienes les convienen las distracciones (tertulias, teatros, etc.); en otros, esas mismas distracciones, aun proporcionándoles vivo placer, y por eso mismo precisamente, son causa de fatiga, de enervamiento exagerado, que repercute lastimosamente en el sueño; en ese caso se adoptarán placeres menos agudos, más tranquilos (lectura, conversaciones, etc.), que darán simultáneamente al espíritu la sedación y el ligero estimulante que necesita. Si la neurastenia se atraviesa en el asunto, es cosa de entenderse con el Dr. Lemesle, y de llamar á una de las puertas del Somnario de Loches.

*
* *

LA AMISTAD EN BYRON.—En una de las cartas de Byron, publicadas por *La Revue*, de París, encontramos estas confidencias dirigidas á una señora, que revelan el concepto que Byron tenía de la amistad: «En cuanto á la amistad, es un sentimiento hacia el cual está muy poco inclinado mi espíritu. No conozco sér humano *macho*, hacia el cual sienta yo nada de lo que merece ese nombre; excepto lord Clare, mi amigo de infancia. Fuera de él, no tengo más que amistades

de hombre de mundo. No la he sentido verdadera, ni por Shelley, por grandes que hayan sido mi admiración y mi estima hacia él. Ya veis que ni aun la vanidad ha podido corromperme, pues, de todos los hombres, Shelley era quien tenía más alta opinión de mis talentos y acaso de mi carácter.

»Cumpliré mi deber para con mis íntimos, conforme al principio de hacer á los demás lo que queremos que hagan con nosotros (y creo haber obrado así en la mayor parte de los casos). Puedo complacerme con las conversaciones de mis semejantes, regocijarme con sus éxitos, tener gusto en servirles y en recibir, en cambio, sus consejos ó su ayuda. Pero en cuanto á los amigos y á la amistad, antes he nombrado el único hombre por quien siento algo de esa especie, fuera quizá de Tomás Moore.

»He tenido, y tengo quizá todavía, un millar de amigos, puesto que se llaman así en la vida á nuestras parejas del vals de este mundo, de quienes apenas nos acordamos, una vez terminado el baile, aunque hayan sido muy agradables por un instante. El hábito, los negocios y el compañerismo del placer son lazos del mismo género, y las mismas creencias en política, son otros.»

*
* *

RECUERDOS SOBRE VERLAINE.—La primera noche que comió conmigo, escribe Frank Harris en *The Academy*, Verlaine me contó una aventura bastante típica. Salido de la cárcel de Bélgica, marchó á Inglaterra, donde, acosado por la miseria, se vió obligado á enseñar francés con un pastor de Bournemouth. El estipendio eran quince libras esterlinas al año, *no comprendida* la comida; «esta última cláusula, decía sonriendo el poeta, me parecía superflua, porque ¡es tan poco lo que como!»

Cuando Verlaine se encontró por primera vez con el párroco inglés, éste le saludó en francés, pero ¡con qué acento! «Lo comprendía mucho mejor cuando hablaba inglés, aunque sólo conocía de esta lengua media docena de palabras. Me condujo

á la escuela, me presentó á su mujer, que me acogió con mucha gentileza, y luego comimos juntos.» Verlaine quería empezar en seguida sus lecciones; pero el párroco le aconsejó que descansara y se acostumbrara un poco á la nueva vida y al nuevo ambiente.—«Vuestra primera enseñanza, me dijo al día siguiente el párroco, la daréis en la escuela de dibujo.—¡De dibujo!, exclamé estupefacto; pero ¡si jamás he tenido un lápiz en la mano! No, no; yo he venido aquí para enseñar francés y no dibujo.—Todos los franceses saben dibujar, añadió con calma el párroco, y luego, conocéis demasiado poco el inglés todavía, y hasta que lo conozcáis mejor, continuaré yo dando lecciones de francés.»

Y no hubo medio: por más que Verlaine insistió, tuvo que resignarse á dar lecciones de dibujo, sin saberlo. El párroco colocó en una mesa un objeto de madera. Los alumnos debían dibujarlo, y Verlaine corregirio; se puso á estudiar con ardor febril los juegos de sombra y de luz, y consiguió, naturalmente, dibujar un poco mejor que sus alumnos, logrando ponerse en dibujo á la misma altura que el pastor de francés.

Verlaine aprendió pronto el inglés, y pudo leer las obras de Shakespeare. «¡Qué divino poeta!, exclamaba; no puedo comprender cómo aquel pastor y Shakespeare son de la misma raza.» Harris tuvo gran curiosidad por saber hasta qué punto conocía Verlaine al trágico inglés, y si lo había realmente comprendido; pero, por más que hizo, nunca pudo conseguirlo. En la *Fortnightly Review*, hizo Harris admitir con grandísima dificultad, algunas poesías de Verlaine, y gracias á eso pudo el poeta recibir algún cheque extraordinario; pero, al fin del mes, escribía á Harris diciéndole que esperaba que sus poesías le hubieran agradado, y que hiciera el favor de enviarle una retribución. Harris le respondía que la cuenta estaba saldada, y Verlaine entonces contestaba excusándose y diciendo que estaba tan falto de dinero, que prefería creer que no le habían pagado por completo; con esto ponía á Harris en el compromiso de enviarle algún socorro.

En los últimos años de su vida, narra Nemi en la *Nuova Antología*, siempre con referencia á Harris, Verlaine se pasaba largas horas por la noche en un restaurant del Bul Mich. Se sentaba en un ángulo, bebiendo y discutiendo, rodeado de un pequeño círculo de admiradores, cuyos homenajes acogía Verlaine con entusiasmo, como recompensa debida á sus muchos y duros sufrimientos. Una noche le rogaron que recitase una de sus poesías más características, *El pobre Gaspar*. Verlaine la recitó haciendo resaltar el ritmo con un gesto de la mano izquierda. La poesía terminaba diciendo:

¿He nacido demasiado pronto ó demasiado tarde?
 ¿Qué hago yo en este mundo?
 ¡Oh, mi pena es profunda!
 ¡Rogad todos vosotros por el pobre Gaspar!

Verlaine, que recitaba con perfección, dijo esta estrofa admirablemente; después siguió un silencio angustioso, y tras él, repitió la misma estrofa; pero entonces, en lugar de «¡Rogad por el pobre Gaspar!», dijo maliciosamente: «¡Pagad por el pobre Gaspar!»

*
 * *

ESTUDIOS SOBRE LA PROSTITUCIÓN.—Son interesantes las cartas de Carlos Luis Philippe á Vandepute que publica la *Nouvelle Revue Française*. En algunas de ellas habla el novelista de sus «Estudios sobre la prostitución», que le enseñan cosas horribles, haciéndole sentir la más profunda compasión hacia las miserables que trafican con sus encantos. De ellas entresacamos los párrafos siguientes:

«Una prostituta, amigo mío, es frecuentemente una pobre criatura casta que el Destino ha escogido para hacer el mal. No es ya ella misma, sino una parte del Destino. *Todas las prostitutas tienen la sífilis*, y la adquieren, en general, al principio de su profesión. Entonces, ella se pasea por la noche riendo, para atraer á los hombres y comunicarles su mal. Ya comprendes,

querido: es el fin del mes, y ese empleado que acaba de cobrar su paga, come, bebe, se alegra y se siente con alma infantil. La Naturaleza nos hace chiquillos cuando quiere tentarnos. Ese hombre pasa por una calle, ríe como un ángel y encuentra á esa mujer. Se acabó, están juntos, y hay el hombre y el Destino, y el hombre va á tener la sífilis.

»Mi amiguita María es casta y buena y la veo marcada con esa señal imborrable de las prostitutas. Me cuenta sus historias y es un tesoro de documentación. Ha perdido á su padre hará unos quince días; le ha llorado; pero la víspera del entierro ha tenido que *trabajar* en los grandes boulevares hasta las cuatro de la mañana. Para tener un sombrero de luto y pan.

»¡Y esas pobres familias parisienses! El padre de esa muchacha era un obrero pintor; deja siete hijos: tres de corta edad, doce, diez, y siete años. La hermana mayor casada con un plomero, que tiene ya un hijo y va á tener otro, ha tomado uno de los menores. El hermano segundo, obrero florista, que tiene veinte años, que está amancebado y que va á ser padre, se ha quedado con los otros dos, y tendrá que ir al servicio el año próximo. ¿Qué será de esta mujer y de estos tres niños? La chica más joven, que tiene diez y siete años, y que es sifilítica desde hace uno, se halla en este momento en San Lázaro. Compañero, á la edad en que nuestras hermanas son lindas jovencitas delicadas, ésta es ya una vieja prostituta. ¿Es esto bastante triste? La agonía del pobre padre debió ser horrorosa. Yo he pasado tres días negros pensando en estas cosas; sufro todavía, y cuando pienso en ellas, me digo que así se ven millares de familias en París.»

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>En la Argentina: Ante el socialismo</i> , por Adolfo Posada.....	5
<i>La construcción del material de guerra en España</i> , por Leandro Cubillo	31
<i>Las Cortes de la Revolución</i> , por Carlos Cambronero	62
<i>Itálica: Dolorosas vicisitudes de sus ruinas</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.....	92
<i>Los ahorcados</i> , por Leónidas Andreief.....	111
<i>La novela picaresca en España</i> , por Frank Wadleigh Chandler....	137
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay.	158
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	177